

GASTÓN GARCÍA CANTÚ & GABRIEL CAREAGA

Los intelectuales y el poder



Contrapuntos



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

LOS INTELLECTUALES
Y EL PODER

GASTÓN GARCÍA CANTÚ & GABRIEL CAREAGA

Los intelectuales y el poder

(CONVERSACIONES)

CONTRAPUNTOS



Primera edición, septiembre de 1993

© Gastón García Cantú, 1993

Gabriel Careaga, 1993

D.R. © Editorial Joaquín Mortiz, S.A. de C.V.

Grupo Editorial Planeta

Insurgentes Sur 1162-3o., Col. del Valle

Deleg. Benito Juárez, 03100, D. F.

ISBN 968-27-0579-7

Ilustración de la portada: Ramón Marín

Qué quiere usted, este país nuestro no quiere saber de espejos que lo reflejen, de ciencias que lo hagan apto. Tiene necesidad de vivir en un presente indefinido, en un hoy amorfo, informe, incoloro e imprevisible. Al intelectual, que normalmente representa la conciencia del pasado y la preocupación por el porvenir, precisamente por esto lo rechazan, lo desechan, lo exilian.

Leonardo Sciascia

Advertencia al lector

En estas conversaciones la parte de Gastón García Cantú va en redondas y la de Gabriel Careaga en cursivas, precedida la primera por las iniciales GGC y la segunda GC.

INTRODUCCIÓN

Los intelectuales, ha escrito C. Wright Mills, se ocupan de ideas, de reminiscencias del pasado, de definiciones del presente y de imágenes de posibles futuros. Los intelectuales son los científicos y artistas, sacerdotes y catedráticos, aquellos que representan el pensamiento intelectual humano. Son los que forman parte del gran discurso de la razón y la indagación de la sensibilidad y la imaginación, que en Occidente comenzó en Jerusalén, Atenas y Roma y se ha desarrollado de forma continua desde entonces. Son la memoria organizada de la humanidad y tal aparato cultural ha sido creado y sostenido por ellos.

Desde su surgimiento en la sociedad moderna, los intelectuales han tratado de influir en la sociedad, en la estructura del poder, en la organización política y en los poderosos. Existe esta tradición desde los griegos; es necesario, brevemente, recordar la experiencia de Platón en Siracusa, las relaciones de Aristóteles con Alejandro Magno; posteriormente, a Hobbes y Carlos II ante la restauración de Milton y Cromwell; a Heine, cuando fue ministro de Hacienda; al equipo de cerebros que alimentaron al presidente Roosevelt; más recientemente, la época de Kennedy. . . son éstos sólo algunos de los numerosos casos en los estados —antiguos, modernos, orientales y occidentales— de intelectuales que formaban parte de los analistas y de los ideólogos, de gobernantes quienes buscaban su consejo, su ayuda y valoraban su aprobación. Pero hay muchos estados superiores de la historia en que no ocurrió así, la corte de Guillermo II, episodios de la historia de China, incluyendo los actuales, la historia política administrativa norteamericana de la época de MacCarthy —que inclusive persigue a intelectuales—, el periodo estalinista, que los ve como enemigos del gobierno. Son los periodos negros de la historia reciente, para no hablar de los intelectuales que apoyaron al fascismo, al

nazismo, al franquismo o al peronismo.

Los intelectuales han planteado una utopía: la necesidad de una sociedad mejor, no solamente en términos económicos y sociales sino, sobre todo, humanos. La utopía no solamente es la versión ilusoria de la sociedad sino el planteamiento de una organización más racional; en este sentido, los intelectuales mexicanos, desde el siglo XIX, apoyaron las ideas de transformación del país. Los intelectuales más brillantes de esa época, José María Luis Mora, Ignacio Ramírez, Ponciano Arriaga, Melchor Ocampo, soñaron con el triunfo del liberalismo que iba a llevar a la sociedad mexicana a su primera modernidad, a una sociedad laica. A la cabeza de los intelectuales se encontraba un político obstinado y brillante: Benito Juárez.

Los intelectuales se apoyan en un conjunto de teorías que transmiten de grupo en grupo, de tradición en tradición a partir de las revistas, de las instituciones culturales como la Universidad, del ámbito del trabajo intelectual donde se expresa la reflexión y la enseñanza. Los más brillantes intelectuales mexicanos han sido profesores. También críticos como los del Ateneo de la Juventud: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, José Vasconcelos, Antonio Caso. . . quienes hicieron la crítica del positivismo en la Preparatoria, y luego, aliados o críticos en la Revolución Mexicana.

G.C.

LA GENERACIÓN DE 1910

G.C. Precisamente tú, Gastón, el año pasado publicaste en seis tomos tu obra ensayística sobre la sociedad y la política mexicana del siglo XIX y del XX. Allí destacan algunas páginas sobre el socialismo y el liberalismo, pero también sobre intelectuales que, sin embargo, es necesario retomar para darle continuidad histórica al tema; por ejemplo, sería interesante que explicaras tu relación con Alfonso Reyes, la de él con su padre, Bernardo Reyes y sus ligas con la dictadura durante la época de Victoriano Huerta. ¿Cómo se explica esta relación de Reyes, como timidez, como participación en el golpe de Estado, como muchos pensaron? Se afirma que las páginas de Reyes sobre México son inferiores al resto de su obra. ¿Esto es prejuicio y en realidad su participación como embajador y creador de instituciones como el Colegio de México niega la teoría de que Reyes no estaba interesado en México?

G.G.C. Reyes representa en las letras la apertura de nuestro país a la cultura universal en un momento en que la Revolución lo mantuviera cerrado y turbio por la violencia.

No quiero decir que los escritores de entonces, y de épocas anteriores, desconocieran la universalidad del conocimiento ni que en sus obras predominara la ingenuidad provinciana sino que Alfonso Reyes se propuso difundir los temas fundamentales y los relevantes de su hora. Él tuvo conciencia de la significación de su obra, circunscrita a un imperativo ético de la cultura nacional. Decir que México no fue tema suyo es ignorarlo. Él no pudo, aunque se lo hubiera propuesto, ser escritor español. Fue siempre de esta tierra, con sus leves conquistas y sus desdichas. El olvido de su obra proviene de la barbarie que hoy domina la cultura mexicana.

El poder, en un escritor de raza como él, no tuvo más signo que el socialmente inevitable, pero no fue móvil de dominio ni de codicia. Nada más opuesto al destino de don Alfonso que el de Vasconcelos, para quien el poder fuera el sentido mismo de su vida. Entre uno y otro pueden verse los extremos que agobian la conciencia de muchos escritores. Sin embargo, la actitud de Vasconcelos se conserva como un tesoro de ira por sus imprecaciones contra un medio injusto, primitivo y sometido. Vasconcelos ejerce un poder literario, renovado en cada generación, por la cólera de la protesta. Reyes, ante él, aparece como un conciliador sin moral política sin que jamás lo fuera. El suyo fue el mundo del saber y del entendimiento, lo que supone una ética estricta, sin declamaciones ni alardes. Si Reyes hubiera padecido la ambición del poder la literatura mexicana carecería de rumbo. Este fue su empeño, alentar el espíritu nacional con amplitud de miras.

El Ateneo de la Juventud tuvo relación estrecha con Justo Sierra; es importante señalarlo porque Sierra fue el puente cultural de fines del porfiriato al principio del maderismo. Fundaciones como la de la Universidad Nacional y la Facultad de Filosofía, hicieron de don Justo un precursor por su inteligencia abierta ante las inquietudes y las diferencias de la nueva generación. Don Justo fue para los ateneístas el signo cultural del antiguo régimen y para Madero el porfirista rescatable. Del Ateneo, Alfonso Reyes por sus páginas autobiográficas, notas dispersas y pláticas personales, rechazó la política al ver lo que había hecho de un ser imaginativo y noble como él juzgó a su padre.

Al envejecer don Bernardo parecía que su destino se hubiera dividido en las dos instancias que representaban sus hijos, Rodolfo y Alfonso; el mayor procuraba que su padre destacara en la política, como sucesor de Porfirio Díaz. Alfonso, por su parte, discrepó de ese destino. "Mi padre — me dijo — no podía hacerme caso, porque de sus dos hijos yo era el hijo novelero". Él le propuso, sin embargo, que dedicara sus días a escribir sus memorias de soldado. Ciertamente, Alfonso tenía razón: don

Bernardo no era hombre de letras pero sí devoto de ellas. *Parentalia* puede leerse como la memoria no escrita por don Bernardo.

Amigo de algunos escritores de su época, particularmente de Manuel José Othón, a quien don Alfonso trató en su casa siendo adolescente y en cuya poesía reconoció el paisaje de las soledades mexicanas; uno de sus primeros ensayos sería *El paisaje mexicano en la obra de Manuel José Othón*. Bernardo Reyes estaba dotado para recrear los episodios de la intervención francesa y el porfiriato.

G.C. *¿Alfonso Reyes nunca tuvo una idea, digamos política y social sobre México?*

G.G.C. Don Alfonso tuvo una perspicacia política mayor de la que se piensa dada la oposición entre él y Rodolfo. Ante el destino de su padre, Alfonso quería que don Bernardo escribiera y Rodolfo que acaudillara la nueva política.

En las cartas de Reyes a Henríquez Ureña aparece su temprano repudio de la política y su vocación de escritor. No obstante, Reyes dejó en *Parentalia* o en el análisis de los Diálogos de Platón, sabias observaciones políticas. Son innumerables los temas mexicanos en su obra; no se diga en su diario, aún inédito, y en su epistolario. En cierta ocasión, hablando con don Alfonso sobre la expresión de Ramón Gaya al ver un ejemplar de *La crítica en la edad ateniense*, dijo: *¿Y México, cuándo, don Alfonso?*, Reyes apuntó en cinco cuartillas los temas mexicanos en los seis primeros volúmenes de sus Obras Completas con un título también inédito: *Horizontes mexicanos* que di a Ernesto Mejía Sánchez, quien cuidaba y anotaba esas obras; pero el leal Ernesto no lo tuvo en cuenta.

De su obra podría desprenderse no una teoría política, pero sí sabias observaciones sobre la realidad mexicana.

G.C. *¿Cuál fue la actitud de Reyes?*

G.G.C. Reyes fue un liberal. Fiel al signo que le diera su padre; el novelero salvó la memoria familiar. La memoria de don Bernardo y de los episodios de la Reforma en Occidente, así como los de la guerra patria contra la intervención y el “imperio”, se salvaron en la prosa inigualable de don Alfonso. Sus reflexiones políticas ante aquellos hechos son actuales.

G.C. *Su obra intelectual y creativa está ligada también a la fundación de instituciones como partes de una política, sin aspirar al poder.*

G.G.C. Don Alfonso, desde muy joven —véase la fecha de sus primeros ensayos en *Cuestiones estéticas*, su participación en las sesiones del Ateneo y su entrañable amistad con Pedro Henríquez Ureña— tuvo conciencia de su vocación de escritor. Quizá reconoció, además, el valor de la amistad con su sombra amiga, Henríquez Ureña.

G.C. *Con el que tuvo afinidad desde el punto de vista de la escritura.*

G.G.C. De las letras y la vida amorosa. El poder aparecía, desde entonces, distante; fuerza a la que había que entender pero no aproximarse. Una tarde, en la capilla alfonsina, tenía un libro cerca de su escritorio; lo abrió; extendió unas hojas manuscritas y las leyó en voz alta; en la última parte se entrecortó su voz y me dio las hojas; era la *Oración del 9 de febrero*. Después, agregó que en la tarde de aquel 1913 llevó el uniforme ensangrentado de su padre, como si cargara su memoria, y lo puso en las piernas de su madre. Como sentencia íntima, dijo: Para mí, la política es un hecho de sangre.

Cuarenta años después, Reyes escribió a Martín Luis una carta “muy confidencial”, inquiriéndole por un hecho trascendente: su participación en el mensaje que le enviara Madero para liberar de la cárcel de Tlatelolco a don Bernardo si éste estaba dispuesto a retirarse de la política. Reyes pregunta a Martín Luis, lo que a su vez le había contestado en 1913: él no era influencia familiar

dominante, porque era tenido por un joven que “picado de araña” vivía en las nubes y no cabía esperar la aceptación de su padre por mediación suya; lo había intentado y sólo merecido represiones por “meterse en lo que no entendía”.

¿Por qué don Alfonso pregunta a Martín Luis cuarenta años después respecto de la exactitud de ese episodio? Sin duda porque le ardía en la memoria. Martín Luis le contestó diciéndole que había conversado con él por encargo de Arturo J. Pani —ya que éste y el Presidente Madero sabían que Rodolfo no era una buena influencia al lado de don Bernardo— confirmando la puntual memoria de don Alfonso, acaso movido —seis años antes de morir— por su tranquilidad moral ante su participación en los hechos previos a la muerte de su padre.

También es reveladora su carta a Henríquez, en mayo de 1911. A sus 22 años, Reyes había definido su quehacer de escritor apartado de toda propensión política.

Si algún escritor mexicano ejemplifica cómo su vida se aparta del poder, no sin los riesgos que esto conlleva en países de poder absoluto como el nuestro, es don Alfonso.

G.C. Pasando al papel intelectual, Alfonso Reyes sabiamente se margina de la política porque la ve como un hecho de violencia, pero pudo también marginarse del poder por la crítica de otros intelectuales. ¿En su época Alfonso Reyes era reconocido o también ninguneado como ha sido tradición en la cultura mexicana?

G.G.C. Es la envidia: tradición mexicana por herencia española más el sutil odio de esta tierra. Se niegan la identidad y la obra; se borra el ser ante los demás; práctica que ha llegado a extremos de barbarie en este tiempo. Los del Ateneo no parecen haberla padecido.

G.C. *¿Cuál fue, entonces, el tono de esa generación?*

G.G.C. En una reunión del Ateneo, leyendo a Eurípides, Pedro Henríquez Ureña advirtió que Martín Luis Guzmán no conocía

el griego. A la mañana siguiente se presentó Henríquez Ureña en su casa; Martín Luis abre la puerta y Pedro le dice: “Vengo a nuestra primera clase de griego”.

Esa anécdota revela que el magisterio es, fundamentalmente, una actitud moral. Henríquez Ureña lo impuso como valor entre los escritores que concurrían a las sesiones libres del Ateneo. Es un ejemplo — no conozco otro semejante — de lo que fue ese grupo donde unos a otros se apoyaron, lo cual no quiere decir que sólo hubiera afinidades; había también diferencias y oposiciones pero no el recelo obsesivo de la envidia. No sólo fue una idea moral de la vida, sino la guía espiritual que representara Henríquez Ureña, cuyas ideas constan en su conferencia al inaugurar los cursos en la Escuela de Altos Estudios en 1914.

La cultura de las humanidades, como la tituló, es el primer capítulo de la historia intelectual de México en el tránsito a la edad moderna. Es, en parte, el testamento del antiguo régimen simbolizado en la muerte de Porfirio Parra y la lección inaugural de Antonio Caso. Henríquez señala la importancia del primer núcleo de la nueva generación en *Savia moderna* en 1906, precisamente el año de las huelgas obreras. Se dio, así, la ruptura social e intelectual contra el régimen. Un año después tuvieron lugar las conferencias que dieran origen al Ateneo; más tarde, Justo Sierra, en su oración por Gabino Barreda acoge a la nueva generación. El nuevo derecho de la filosofía, obra de Antonio Caso, surgió con el nuevo derecho de los trabajadores. En ese tiempo Madero, en San Pedro de las Colonias, escribía sobre la sucesión presidencial y los nuevos derechos —en verdad reconquista del pasado liberal— mexicanos, los de la democracia. Así concluyó la rebelión espiritual, la lucha de los obreros y la demanda política. 1909 es el año en que las tres corrientes anticiparon la Revolución.

Si la disciplina moral, inseparable de las humanidades, hubiera perdurado en la enseñanza mexicana, el derecho del trabajo y la democracia habrían fundado un Estado afín a las mejores tradiciones de la cultura universal en el país.

La cultura de las humanidades inspiraría a Vicente Lombardo.

Toledano uno de sus mejores ensayos, *El sentido humanista de la Revolución Mexicana*, en 1933, donde reconoce dos de las vertientes previas a 1910: la demanda de los campesinos y la rebeldía intelectual.

G.C. *Diferencias tan notables como la reflexión primero y luego la militancia política de Martín Luis Guzmán. Él se acerca a los revolucionarios, es un ideólogo, incluso describe la epopeya de la Revolución Mexicana en la versión de Villa y después la crítica del caudillo en la sombra de Obregón sobre Calles. La novela forma parte de la cultura política mexicana. Martín Luis se transforma después en justificador del sistema autoritario de Díaz Ordaz y legitima una revista que era básicamente de apoyo al gobierno a pesar de que se prohibiera la película de La sombra del caudillo hasta hace dos años. Lo que no invalida su obra, espléndidamente creativa, que los jóvenes, por desgracia, no conocen, lo que vela su conocimiento de lo que ha sido el poder en México. Primero el crítico, luego el legitimador a tal grado de convertirse en ideólogo o en mistificador. ¿Qué piensas de ese proceso?*

G.G.C. Tomemos algunos episodios de la vida de Martín Luis Guzmán. Él hizo, como todos los ateneístas, una excelente preparatoria y los primeros cursos en la Facultad de Leyes; derivó al periodismo desde muy joven. Puede decirse que con Martín Luis Guzmán la cultura mexicana llega a las páginas de los diarios en la contrarrevolución y así lo sostuvo hasta el día de su muerte en la revista *Tiempo*, que no fue la mejor revista pero sí, inequívocamente, la mejor escrita. Martín Luis sostuvo una discreta preocupación por la limpieza del idioma. No es verdad que hubiera adquirido su riguroso castellano en España. Cuando llega a Madrid era un escritor formado. El estilo de Martín provenía de su vocación y de la Escuela preparatoria.

A diferencia de Reyes él compartió su vocación de escritor con la afición política. Su vida parece una contradicción jamás resuelta: salían de su imaginación obras excelentes y ensayos como *A orillas del Hudson*, claramente porfirianos por conservadores.

Su proximidad con Villa no ocultó su admiración por la barbarie mexicana. Los episodios de *El águila y la serpiente*, notables por la perfección de sus descripciones, son también estampas del horror criminal de los revolucionarios, de su sórdida embriaguez, de su demencial emoción. Martín Luis estuvo a la sombra de Adolfo de la Huerta y reveló como periodista lo que debió callar como protegido. Después vino su exilio y su apego a Manuel Azaña hasta el principio del fin de la República. Cuando Ermilo Abreu Gómez escribe su biografía, Martín Luis le da una serie de fotografías para ilustrar la edición; imágenes insólitas que develan un acto fallido: todas corresponden al itinerario de las antesalas oficiales en las que aguardara Martín Luis, desde su encuentro como estudiante con el Presidente Díaz, hasta su fin con Díaz Ordaz.

El poder, en Martín Luis, parece una fascinación que sublima en su obra. El poder lo atrajo hasta empequeñecerlo; las letras fueron el ejercicio privado de su verdadera libertad, libertad por la que perdura su memoria; lo demás, un itinerario de deslealtades, se lo ha llevado la desmemoria.

Martín Luis Guzmán, en *Querrela de México*, publicada en 1915, escribió — acaso el único ateneísta — un breve texto, *La política mexicana*, en el que a tajos revela lo que para esa generación fue la política: dominio de la barbarie, indefesión de los cultos y una condición que puede ser imagen de los ateneístas: “No hacer política equivale, a sus ojos, a practicar una virtud. . .” Creo que esta idea ha penetrado en la conciencia colectiva de nuestra cultura. La política es vista como la fuerza de la inmoralidad para arribar a la fuente del mal, el poder, que por eso mismo gratifica a quienes se le rinden.

G.C. *Martín Luis Guzmán reveló en ese texto una constante mexicana.*

G.G.C. Si bien las diferencias entre algunos de ellos no deben omitirse; es conocida la de Vasconcelos con Henríquez Ureña y el adjetivo despectivo que le lanzara: negroide, pero así era la furia de Vasconcelos; no obstante debemos reconocer que

aquellos intelectuales fueron distintos a la ordinariez posterior.

G.C. Sería cuestión de discutirlo, porque hay que pasar al otro ejemplo de esta conversación. José Vasconcelos escribe una autobiografía deslumbrante y al verse defraudado por los revolucionarios acepta su candidatura para Presidente, lo apoya la élite de la clase media, pero básicamente sale dañado y hasta el final de su vida vive entre el rencor y la furia no solamente en contra de la Revolución Mexicana sino en contra de todos los intelectuales mexicanos. En la Breve historia de México se lanza contra lo que el había defendido, por ejemplo, la tradición indígena. Dice que solamente —y tú lo citas ampliamente en tu libro sobre el pensamiento de la reacción— se lanza en contra de la cultura liberal porque, para él, solo hay una cultura en la historia de México, la que trajeron los españoles, con el idioma y la religión, para fundar la patria. Al final de su vida, en algunos de sus artículos, habla de que lo que necesita el país es una lluvia de fuego para acabar con la corrupción y la vileza; llamas en las que vio a los escritores socialistas.

G.G.C. Hay varias respuestas. No creo que debamos dar un salto de Reyes y Martín Luis a Vasconcelos sin tratar el último episodio que explica las cosas de don Alfonso. No es exactamente que don Alfonso hubiera tenido vinculación con Victoriano Huerta. Muerto el padre y en un México en abierta lucha civil, asesinados el Presidente y Vicepresidente, Huerta en el poder, los diputados prisioneros, el inicio del levantamiento de Venustiano Carranza, en fin, el tránsito doloroso que fue el fin del antiguo régimen, en el que Porfirio Díaz estuvo al tanto del asalto al poder, según Enrique Krauze. . .

G.C. *¿Apoyaba el golpe militar?*

G.G.C. Lo apoyó, sin duda.

G.C. *¿Con la esperanza de regresar?*

G.G.C. Si no de regresar sí por lo menos de que se instaurara un gobierno que vindicara el suyo. Esto da un aspecto diferente al Porfirio Díaz apartado para siempre de la política mexicana. En ese momento Alfonso Reyes, acosado por su hermano y por el propio Huerta — para Victoriano era importante que don Alfonso participara en su gobierno, porque significaba legitimar el aspecto que le faltaba: la corriente moral de los Reyes — no lo acepta y sí, acaso, alguna comisión para salir hacia España, donde rompe absolutamente con esas ligas a tal punto que se prolongó durante la vida de Rodolfo Reyes. Don Alfonso no le perdonó a Rodolfo el haber llevado a la muerte a su padre en la aventura de febrero de 1913.

Don Alfonso tuvo una vida muy difícil en España, vivió como periodista y de su labor en la institución de Menéndez Pidal. Don Alfonso, años después, y seguramente al llegar a la Secretaría de Relaciones Aarón Sáenz, en el obregonato, se incorpora al cuerpo diplomático donde hizo una excelente obra, la cual consta en sus informes sobre España, Francia, Brasil, Argentina; particularmente los informes de España. Él observó el fermento de la República en el desequilibrio moral que advirtió en la literatura de Valle Inclán. La creación del esperpento fue un signo de esa época; visión anticipada del fascismo. Franco sería el mayor esperpento de Valle.

Creo que don Alfonso tuvo una relación estrictamente diplomática, en manera alguna la relación que algunos infieren en su *Discurso por Virgilio*, del cual hay dos versiones: en la primera, que se publica en un libro de la época, Reyes dice que en la terraza del Castillo de Chapultepec habla con el Presidente de la Conmemoración de Virgilio y de su poesía, que difundida entre los niños mexicanos podía embellecer su concepto del campo. Ese Presidente debió ser Pascual Ortiz Rubio, no Calles. De lo referido por Reyes, no puede inducirse ninguna indignidad ante el poder. Don Alfonso tuvo la distancia intelectual suficiente para hablar de Virgilio con ese hombre de Estado y no salirse de lo suyo. Años después Octavio Paz escribió de ese episodio, y ve en Reyes una vinculación censurable, a propósito de Virgilio, como cortesano; analogía exagerada a partir de una conversación.

G.C. *¿Alfonso Reyes renuncia al servicio exterior?*

G.G.C. Se jubiló. Al regresar a México pensó levantar su tienda, poner sus libros en los anaqueles y, por fin, escribir.

G.C. *Y se dedicó al Colegio de México.*

G.G.C. Una cosa ha sido deformada: don Alfonso, en *Vísperas de España*, dice a sus amigos españoles que él desea ser como un puente en lo que se avecinaba; lo dice en 1937 y advierte que la guerra civil terminaría en el éxodo de los españoles hacia América. Así ocurrió dos años después. Cuando Reyes regresa de Argentina, el General Cárdenas le encomienda fundar la Casa de España en México. De esa institución provino el Colegio de México. Primero, la preocupación de don Alfonso porque los maestros españoles tuvieran acomodo en la Universidad Nacional; otros, en el Politécnico y algunos más en la Nicolaíta; en fin, donde él pudo y vio que podía ayudarse a esos irremplazables maestros. A Reyes no se le ha reconocido esa obra, una de las más generosas de la inteligencia mexicana.

G.C. *Muchos la han reconocido, incluyendo los españoles.*

G.G.C. No, los españoles sí, pero no como se debiera de parte de los mexicanos. Cuando se funda el Colegio de México su presidente y fundador es Alfonso Reyes; cuando renuncia, por considerar concluida su labor, piensa en Daniel Cosío Villegas, hombre de pertinaces exclusiones.

G.C. *¿Hubo un enfrentamiento entre Alfonso Reyes y Cosío?*

G.G.C. Don Alfonso sólo dijo: si Daniel tiene contra mí ese encono. . .

G.C. *¿Piensas que Cosío Villegas tenía furia por no poseer la prosa deslumbrante de Reyes?*

G.G.C. Es probable que padeciera esa tristeza. Los ejemplos sobre la envidia a Reyes ocuparían un capítulo.

G.C. *¿Sobre la envidia en Cosío Villegas?*

G.G.C. Contra Reyes, porque en la envidia que Manuelita me relató un día —ejemplos atroces— estaban involucrados Antonio Castro Leal, José Rubén Romero y Cosío. Una tarde llegan unos amigos de don Alfonso a su casa, y le dicen: Alfonso... que vas a dejar la presidencia del Colegio a Cosío... ¿Cómo es posible si tú sabes lo que habla de ti?... ¿Cómo es posible? A lo que Reyes les contestó: A ver si se calma. Muere don Alfonso en diciembre de 1959; tiempo después Manuelita descubre, en el volumen que don Alfonso me mostrara, el manuscrito de la *Oración del 9 de febrero* y, entusiasmada, la envía a Cosío Villegas para que fuera la primera edición póstuma de Reyes, publicada por el Colegio de México. Nueve meses después Cosío le devolvió el manuscrito, diciéndole que el Colegio no tenía ninguna colección en la que pudiera editarse ese texto. Mi respuesta fue decirle que conocía la *Oración* y me autorizara para proponerla a unos amigos editores. Hablé con Vicente Rojo y ese libro, la *Oración del 9 de febrero*, fundó la Colección Alacena de la editorial Era en 1962.

LA PASIÓN DEL PODER

G.C. Regresando a José Vasconcelos y la tesis de su violencia casi enfermiza. . .

G.G.C. La vida de Vasconcelos ejemplifica la diversidad de su pasión: civilizador, brillante expositor, cómplice del Plan de Agua Prieta, con Enrique González Martínez, Jesús Urueta, Bernardo G. Gastelum. . . en el asesinato moral de Venustiano Carranza. Ese grupo de intelectuales sirvió de avanzada periodística contra Carranza, lo que explica que Vasconcelos llegara a la rectoría de la Universidad para fundar la Secretaría de Educación Pública con Obregón y Calles. Su obra prestigiaba al gobierno y su personalidad sobresalía entre los mediocres secretarios; sin duda alguna su temperamento le provocó dificultades en la Escuela Preparatoria lo que influyó en la trama preelectoral del gobierno. Recordemos que el periodo del Ejecutivo, en ese entonces, era de cuatro años. Vasconcelos atribuyó a Vicente Lombardo Toledano, director de la Preparatoria, buena parte de la agitación universitaria contra él y lo mismo a los que consideraba amigos de Lombardo, como Alfonso Caso, quien cesado por José Vasconcelos causó la renuncia de don Antonio a la Universidad. Cuando Vasconcelos le pide que no renuncie, Antonio Caso, por toda argumentación, le repite: "José, se trata de mi hermano". La salida de don Antonio de la Universidad representó la ruptura de Vasconcelos con sus antiguos amigos pero también su separación de los aguaprietistas, lo que le obligó a dimitir su cargo.

G.C. O sea, que repentinamente el poder político advierte que ya no se prestigia con Vasconcelos, sino que Vasconcelos se encaramaba y podía ser un candidato. . .

G.G.C. La precandidatura de Vasconcelos no surgió en su exilio de 1929, sino como Secretario de Educación, porque el país no había presenciado obra semejante: construcción de edificios, ediciones, regulación de clases en el magisterio, mejoría en las normales, inicio de la pintura mural, los cantos, los orfeones, las lecciones a los niños. . . además del inicio del deporte como complemento de la formación educativa. La primera gran fiesta, en el primer estadio que hubo en la ciudad de México. . . Vasconcelos llevó a su inauguración al Presidente y a su gobierno. Por vez primera se vio de lo que eran capaces los niños en una fiesta desconocida en México. Obviamente la personalidad de Vasconcelos se convirtió en un punto sensible de la política mexicana, donde los precandidatos, siempre varios dentro del gobierno, deben tener el rasero común del silencio y la obediencia. Nadie debe sobresalir. Condición a la que puede aplicarse lo dicho por Jaime Torres Bodet: "México es un llano, al que asoma la cabeza se la cortan". Vasconcelos fue una de las víctimas más señaladas de ese estigma.

Lo trascendente de Vasconcelos no es su obra educativa; en cuanto programa será olvidado en dos o tres generaciones. De Vasconcelos quedan sus memorias y el testimonio de su repudio del poder. Calles, a pesar de su tumba en el monumento a la Revolución, se agita en el fuego del *Proconsulado*.

Otros escritores, Ricardo Palma, el peruano, se enorgullecieron de matar a un tirano con su pluma; no Vasconcelos, cuya vida es como una curva que termina en el arrepentimiento y la derrota política ante Calles. En el último volumen de sus memorias, *La flama*, su diálogo con Calles, en Los Angeles, revela su desesperada ambición de poder: pacta con su enemigo el levantamiento armado para derrocar a Cárdenas. De los diálogos que ilustran la política mexicana, el de Vasconcelos con Calles es el del fin de quien tuvo el poder del país con el escritor que deseó matarlo como representante del mal sobre México, y cómo los dos protagonistas, envejecidos, concilian sus amarguras y sus odios en el sueño imposible de otra revolución.

Vasconcelos pasó del fuego liberal a las llamas de la contrarreforma. Ese tránsito, decisivo en su vida, lo hizo Vasconcelos con dolor íntimo, desgarrado en cada acto de la pasión dominante de su vida: el poder.

G.C. Martha Robles analizó la figura atormentada de Vasconcelos en sus memorias. Hasta la publicación de su libro, se había escrito de la época, de su obra educativa, de su campaña electoral contra Pascual Ortiz Rubio, que en verdad fue enfrentarse al maximato de Calles. No hay duda de que en la posrevolución esa lucha anticipó las que vendrían después: en aquel 1929 la primera oposición al PNR y al poder de los militares. La clase media dio después de Madero, su primera lucha electoral. Este aspecto de Vasconcelos lo hace un precursor de la democracia.

G.G.C. Martha en ese libro, Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias, obra intensa, ajustada al propósito de entender "la extraña comunión de la política y las letras", ha deslindado los ascensos y las caídas de Vasconcelos; sus verdades y cobardías; su afán de absoluto para purificarse de odios y venganzas, sin lograrlo porque el poder fue el demonio que lo impulsara a vivir en la desesperación y en la furia. El poder, desde su exilio, se convirtió en poder demonizado. Su soberbia fue contraparte de la intolerable humildad y sumisión de los mexicanos. Es verdad lo que Antonieta Rivas Mercado, ser excepcional, destruida por el menosprecio masculino, escribió de Vasconcelos al final de su Diario: "Pobre alma solitaria; de ahora en adelante, por donde vaya lo seguirá el fracaso. Tal es su destino, despertar inquietudes sin llegar a poner la mano en el timón de la nave que lo arrastra al garete".

No hay destino semejante al de Vasconcelos en la lucha de un intelectual por el poder. A partir de entonces padeció un doble exilio, el interior de saberse excluido de su país, y el externo para sobrevivir en los Estados Unidos. El fuego que creó en sus memorias para condenar a sus enemigos descendía, literalmente, de las llamas del *Infierno* de Dante, otro exiliado, según lo advirtiera Martha Robles.

G.C. *Su pasión política, inclusive su anticomunismo, ¿surge por su religión?*

G.G.C. No exactamente. Vasconcelos fue un hombre religioso. Es falso que se hubiera transformado en el exilio y que por rencor político llegara a recobrar su antigua creencia, aprendida de su madre; no, Vasconcelos siempre fue cristiano. Alfonso Reyes me dijo alguna vez que tenía cartas donde constaban las creencias religiosas de Vasconcelos mucho antes de que ocupara el sitio de Justo Sierra.

En Vasconcelos, las desdichas, las adversidades del exilio, la soledad y la conciencia del pecado lo hicieron un ser atormentado.

G.C. *¿Fue rencoroso con otros intelectuales?*

G.G.C. Vasconcelos tuvo rencores en una medida nacional o acaso cósmica; en particular por ningún intelectual. A todos los vio inferiores a él.

G.C. *Le tocó ya ver el surgimiento de jóvenes escritores como Carlos Fuentes.*

G.G.C. Sí, pero no creo que le provocara interés. La curiosidad última de Vasconcelos consta en su diálogo con Emmanuel Carballo. Carballo fue el último escritor que conversó con Vasconcelos y a quien le confió cosas importantes de su vida y de su obra, pero no recuerdo que tuviera ningún reconocimiento por otros escritores. No le importaban. En las letras, sólo él; en la vida, los hombres en el poder.

Vasconcelos fue el último intelectual en el poder. A partir de su prestigio, que desbordara al gobierno, y después por sus memorias, los gobernantes han sostenido con los intelectuales el juego de oírlos, verlos y olvidarlos.

Recordemos a Genaro Estrada, calumniado de obsecuente, quien no sirvió a Emilio Portes Gil o a Pascual Ortiz Rubio sino al Estado, en la Secretaría de Relaciones, desde 1923. En ella

trabajó por su país en una época de brutalidad y de locura, como lo fuera la diarquía Obregón-Calles y el maximato de éste. Estrada fue un civilizador en gobiernos de criminales. Para un hombre de juicios sumarios como Vasconcelos, Estrada era un cómplice de Calles; pero en verdad, no hubo en su labor un acto, un discurso o una torcedura diplomática.

Estrada, en cuya obra, varia, escrita con saludable ironía, como su *Pero Galín*, fundó el *Archivo histórico diplomático mexicano*, más de cincuenta volúmenes imprescindibles para conocer nuestra política exterior.

Lo que se conoció como Doctrina Ortiz Rubio, en 1931, es la Doctrina Estrada; a veces el tiempo camina con los fines de la justicia. Estrada le dio al país y a su diplomacia el medio de defender su soberanía frente a la teoría del reconocimiento de gobiernos, que los Estados Unidos emplean como forma de sumisión. Estrada presenció la humillante conducta de Álvaro Obregón, en 1922, al “legitimar” su gobierno con el reconocimiento de los Estados Unidos; su Doctrina — hoy principio de la política exterior mexicana — ha preservado al país de actos vergonzosos.

G.C. ¿Y Torres Bodet y José Gorostiza y Agustín Yáñez y Octavio Paz?

G.G.C. Torres Bodet ocupó dos secretarías bajo la condición implícita de abdicar su ambición política. Torres Bodet fungió como secretario, si bien en Educación habló como escritor lo hizo con la prudencia requerida; más aún, con cierta proclividad pasiva, amorfa, indiferente, ante el poder. Por eso le confió López Mateos otra secretaría. Gorostiza fue un funcionario menor y por su personalidad, ajeno al poder. Él cumplió lo que de un intelectual se espera en el servicio de su país: persistencia en su vocación, honradez y limpieza en la conducta. Escribió *Muerte sin fin* en las horas previas a los asuntos diplomáticos, por la necesidad indolegable de crear. Cumplió como los buenos su deber en Relaciones. Recordemos la respuesta oficial al interpelarse al gobierno por mantener relaciones con Cuba en 1959 ó 1960;

es un texto ejemplar por la concisión de su estilo. . . Gorostiza fue un funcionario marginal frente al poder, como lo sería Octavio Paz; cuando Díaz Ordaz desata a los asesinos presentó su renuncia a la embajada en la India. Fue una respuesta moral que abona a la inteligencia que sirve a su país, no a los hombres en el poder.

G.C. Eso es lo que también se achaca a Alfonso Reyes: no hablar de escritores que fueran sus contemporáneos. . .

G.G.C. Don Alfonso, en ese sentido, fue hombre precavido. Rehuyó participar en la guerrilla literaria. Sabía el tono de envidia y de rencor que prevalece en nuestro medio. En alguna carta a Julio Torri se queja del vacío y del encono contra él, sobre todo de los Contemporáneos, a excepción de Villaurrutia. Un día don Alfonso me mostró la antología sobre las aves por Salvador Novo, "Mire usted, ninguna referencia a lo que yo he escrito ¿por qué me hace esto Salvador?" Me dijo entonces: yo me sentí caer en México hasta la generación de ustedes.

Se refería no a una generación sino a quienes lo leíamos, Jaime García Terrés, José Luis Martínez, Alí Chumacero, Joaquín Díez-Canedo, Enrique González Casanova. . . La mayor parte de los escritores jóvenes desconocían a Reyes. En pocos años él había pasado de escritor impugnado a autor de un pasado que podía omitirse. Son los tránsitos de los escritores nuestros, ofendidos en vida y olvidados por las nuevas generaciones, lo que debe atribuirse a la educación antinacional, pública y privada.

Reyes fue discutido, pero él jamás se batió con nadie. Su naturaleza fue diferente; procuró hacer del adversario un aliado de la causa más general de la cultura. En 1932, por ejemplo, Héctor Pérez Martínez, en *El Nacional*, le hizo una pregunta sobre las letras mexicanas y Reyes en *A vuelta de correo* estableció sus argumentos entre las luchas de campanario y el empeño por hacer bien la propia obra con la certeza de que sólo nos es ajeno lo que ignoramos; lema fundamental en un país como el nuestro en que la nación — como él lo dijera — es todavía un hecho patético.

Pérez Martínez fue, a partir de ese *Correo*, buen amigo de don Alfonso.

La enemistad con él fue imposible; como pretender leer en su vasta obra una crítica al poder.

G.C. *En tu generación y luego en la mía, que es más reciente, la de Gustavo Sainz, José Emilio Pacheco. . . hemos reconocido a Reyes, mas por desgracia ahora hay otros jóvenes que han caído en rebeldía furibunda y Reyes, para ellos, no existe. Hay escritores, a los que leo y admiro, que desconocen la obra de Reyes; unos, porque lo acusan de oficialista por los homenajes a su memoria.*

G.G.C. ¿Qué quieren decir?

G.C. *Que lo utiliza el gobierno para prestigiarse, pero que el suyo es un pensamiento muerto.*

G.G.C. ¿Si los gobiernos reconocen a un escritor, el escritor está condenado y menospreciado después de su muerte? Es una estupidez. Cuánto daríamos porque entendieran que los escritores, por sobre la temporalidad de los gobiernos prestigian al país y a la lengua nacional.

G.C. *Los nuevos escritores están obsesionados por ser famosos, por tener entrevistas, por aparentar solidez. . . han leído poco y menos a Reyes.*

G.G.C. Reyes es una lectura imprescindible para todo escritor en español.

EL TEMA DE NUESTRO TIEMPO

G.C. *El tema de las generaciones como explicación histórica para la acumulación del saber de un grupo a otro aparece hasta el siglo XIX, sobre todo con la tesis de Comte, quien define a los grupos culturales en función de esa categoría. Comte explica que el predominio de una generación dura aproximadamente dieciséis años, tras los cuales la sucede en el mando un nuevo grupo cultural. Durante el ejercicio de una generación, la siguiente se educa políticamente y critica a la anterior. El guía social de una generación es superior, y en cierto modo contradictorio, con el de la precedente. La obra de cada generación es especial, única y exclusiva. Con la difusión del marxismo, hablar del papel del individuo en la historia llegó a considerarse una explicación pequeñoburguesa y decadente, pero a la luz de los acontecimientos políticos contemporáneos se ha tenido que reconocer que los héroes, los del mundo socialista incluso, fueron individuos como Stalin, Mao y Trotski, este último organizador del Ejército Rojo además de intelectual. Son individualidades que proyectan su psicología y voluntad de poder sobre las masas, en este sentido han hecho historia y muchos de esos intelectuales, primero explicaron la revolución y luego la justificaron hasta transformarse en ideólogos en el sentido de mistificadores y ocultadores de la realidad, como sucedió con los defensores del realismo socialista o de la revolución cultural de 1966 en China, que eran movimientos profundamente anti-intelectuales o el caso, tú me dirás si no, de la LEAR* que eran chauvinistas y criticaban el sentido universal del grupo de Contemporáneos, pero quizá quien explica brillantemente el tema de las generaciones sea José Ortega y Gasset, en El tema de nuestro tiempo. "Las variaciones de la Sensibilidad*

* Liga de escritores y artistas revolucionarios.

vital que son decisivas en la historia, se presentan bajo la forma de generación. Una generación no es un puñado de hombres egregios ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada. La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos.

“Una generación es una variedad humana en el sentido riguroso que dan a este término los naturalistas. Los miembros de ella vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior. Dentro de este marco de identidad pueden ser los individuos de más diverso temple hasta el punto de que, habiendo vivido unos junto a los otros, a fuerza de contemporáneos, se sienten a veces antagonistas. Pero bajo la más violenta contraposición de los pros y los antis descubre fácilmente la mirada una común filigrana. Unos y otros son hombres de su tiempo y por mucho que se diferencien se parecen más todavía. El reaccionario y el revolucionario del siglo XIX son mucho más afines entre sí, que cualquiera de ellos con cualquiera de nosotros. Y es que, blancos o negros, pertenecen a una misma especie, y en nosotros, negros o blancos, se inicia otra distinta”.

En este sentido, los Siete sabios podrían ser una generación que hizo historia, fundó instituciones, reformó ya desde los treinta a la revolución mexicana, no todos por supuesto, es necesario recordar que los Siete sabios estaban formados por Antonio Toledano, Teófilo Olea, Alfonso Caso, Manuel Gómez Morín y Jesús Moreno Vaca. Para la explicación o el trazo histórico que estamos haciendo, quizá el momento más importante que podrías explicar es la relación de tres de ellos con el poder; por ejemplo, Alfonso Caso es el fundador del Instituto Indigenista pero al mismo tiempo es un descubridor de obra arqueológica, Manuel Gómez Morín funda el Partido de Acción Nacional que tiene una misión de educación cívica, totalmente diferente a los oportunistas de hoy y Vicente Lombardo Toledano la CTM, el Partido Popular,

que luego se transforma en Partido Popular Socialista, es partidario de radicalizar la revolución mexicana. En 1972, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, en un curso sobre historia y golpes de estado en América Latina, te ofendió un grupo de radicales en tu conferencia sobre México utilizando, como una agresión política negativa, el calificativo de lombardista para decir que eras un reaccionario porque exponías las tesis de que el punto de partida para el cambio social en México debería ser la revolución mexicana.

Pero vamos por partes. Primero, quizá, la relación de Manuel Gómez Morín y el poder.

G.G.C. Fue la generación de Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso y Manuel Gómez Morín; los otros fueron fuerza de acompañamiento. Coincidieron todos ellos en el magisterio de Antonio Caso. Podemos ver a esa generación, en un primer aspecto, en relación al poder. En alguna ocasión Manuel Toussaint me reveló que el propósito de ellos había sido resolver los problemas de México por medio de la cultura. Fue la generación inmediata a la toma del poder por los caudillos de la revolución, Obregón y Calles (la diarquía trágica que va de 1920 a 1935 hasta la ruptura de Cárdenas con Calles). Durante quince años esos hombres detentaron el poder. No, como se dice, el grupo sonoreense; Benjamín Hill, murió apenas llegados a la ciudad de México; quedó Adolfo de la Huerta al que separaron por su aventura política. A los más jóvenes oficiales que los siguieron desde las campañas del noroeste, como Francisco Serrano, Obregón y Calles ordenaron su muerte. En esa atroz realidad de asesinatos políticos los *Siete sabios* pretendieron resolver los problemas de México por medio del saber, lo que hizo de esa generación la fundadora de las instituciones culturales modernas en nuestro país.

La obra de Alfonso Caso puede verse como la del fundador de la actual Universidad Nacional Autónoma de México. La Universidad había caminado, desde Justo Sierra, atada a los poderes públicos. La autonomía que otorgara a los estudiantes Emilio Portes Gil, con la anuencia de Calles, tuvo un aspecto político:

apartar a los estudiantes de la campaña electoral de Vasconcelos. Debemos recordar que Vasconcelos se refiere despectivamente a la autonomía porque advirtió el propósito de Portes Gil. De esta manera la Universidad, que entonces proponía una terna para la rectoría al Presidente de la República, estuvo supeditada a los presidentes hasta 1945, en que se promulgó la Ley Orgánica. Don Alfonso me refirió que a fines de 1943 lo invitó a conversar el Presidente Manuel Ávila Camacho para conocer su opinión sobre la Universidad. La Universidad pasaba entonces por una ola de fascismo encauzada por Rodolfo Brito Foucher, un tabasqueño agresivo y arrogante a quien combatieran lo mismo Agustín Yáñez que Javier Barros Sierra y la generación de los *Siete sabios*. La Universidad había caído en una de sus mayores aberraciones.

Alfonso Caso aceptó el rectorado, con una frase casi textual: “. . . porque ningún universitario puede rechazar el ser nombrado para servir a su Universidad, pero ningún hombre sensato aceptaría la rectoría más de un año”, y exactamente un año fue el que estuvo Alfonso Caso en la rectoría. La Ley Orgánica es una inteligentísima separación de lo académico y lo político; de la función técnica y de la función política. Esa ley, con las instituciones que consolidan su autonomía: el Consejo Universitario, la Junta de Gobierno y el Patronato, hacen del rector un hombre independiente hasta donde esto es posible en nuestro país. Ante quienes dudan de la autonomía, debe recordárseles los sucesos del 68 y cómo Javier Barros Sierra se enfrentó al gobierno y al entonces presidente de la República, Gustavo Díaz Ordaz, para defender tanto a la Universidad en su autonomía como al movimiento estudiantil. Si hay autonomía ¿de qué depende? De que el rector la ejerza. Decía Barros Sierra, no sin ironía: “Yo defiendo la autonomía porque soy autónomo”.

La sagacidad, la inteligencia y el conocimiento de la realidad nacional y universitaria de Alfonso Caso, se desprende de la *Exposición de motivos*, creación suya, si bien la Ley Orgánica de 45, aún vigente, contiene ideas de Gómez Morín, en aquel escrito suyo de los años treinta; él distinguió que la Universidad no podría caminar atada al poder público; pero como buenos abogados que

ellos eran, no bastaba con un decreto para lograrla, faltaba el medio institucional que la hiciera viable, ésta fue la Ley Orgánica, que consiste en que los propios órganos universitarios, y el decisivo de la Junta de Gobierno — constituida por los mejores universitarios de cada generación — elijen al rector, previa consulta con los universitarios.

G.C. Hay que recordar, porque es importante, que antes se escogía al rector a capricho de los grupos políticos, cosa que ahora parecen querer algunos...

G.G.C. Escribí respecto del CEU que no proponían el futuro, sino la reconquista del pasado, porque ya la Universidad enfrentó en 1933 el Consejo paritario dirigido por aquel admirable obcecado que fue Antonio Díaz Soto y Gama.

Alfonso Caso fundó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Escuela de Antropología y el Instituto Nacional Indigenista; además, él fue el primer secretario de Patrimonio Nacional, entonces de bienes públicos, en el gobierno de Alemán, organismo mediante el cual se supervisarían las adquisiciones del gobierno y el comportamiento de los funcionarios en relación a la administración de los bienes nacionales. Sabemos que don Alfonso levantó numerosos expedientes de latrocinios, abusos y disponibilidad personal de esos bienes y que, al entregárselos al Presidente, sólo logró que pasaran a su archivo privado. Don Alfonso renunció, pero antes de aceptar la renuncia, el Presidente le dijo lo indispensable que él era al país. Don Alfonso advirtió una señal del destino y le expuso su interés en organizar la defensa de los indios. Tal fue el origen del Instituto Nacional Indigenista, donde yo trabajé durante nueve años; cuando renuncié sugerí a don Alfonso que nombrara a Juan Rulfo y ahí estuvo Juan hasta su muerte.

G.C. ¿Por qué Rulfo?

G.G.C. Imaginé que Juan, por su *Llano en llamas* comprendería la obra del Instituto. Además, entonces teníamos pláticas cotidianas sobre los problemas de México.

Manuel Gómez Morín fue autor intelectual del Banco de México en 1925 y propuso, además, la fundación del Banco de Crédito Agrícola en 1926, durante el gobierno de Calles. Como la de Caso, la de don Manuel fue una relación intelectual con el poder. No debe olvidarse que aquellos hombres sirvieron al Estado, no a sus gobiernos.

En el caso de Gómez Morín, los primeros créditos del Banco Agrícola fueron para Obregón y para algunos de sus amigos. Calles se hizo prestar mucho dinero. Lo que llevó a don Manuel a renunciar. Quizá fue el momento de su salida hacia Europa.

G.C. *No exiliado.*

G.G.C. No. En parte por el deseo de conocer Europa y, en parte, por decepción. Fue el momento — 1928 — en que coinciden Vasconcelos, Miguel Palacios Macedo y Manuel Gómez Morín en Londres y de la noticia de los asesinatos en Huitzilac. La página que transcribe Enrique Krauze en sus *Caudillos culturales* es una de las más intensas y dolorosas ante aquellos crímenes. La frase de Gómez Morín resume lo ocurrido: “México, mi pobre México”.

La crisis moral y política de Gómez Morín tenía una razón estrictamente personal en cuanto a que el servicio que él pretendió darle a México, por medio de una eficiente organización bancaria, había sido distorsionado por la codicia de Obregón y de Calles. Aquella generación padeció la influencia de la pasión política de Vasconcelos: rechazo y repugnancia de los hombres en el poder. Esa generación había contribuido a crear las instituciones en la era de los generales analfabetos o semi letrados, pero de esto a que las instituciones marcharan en esas condiciones había una gran distancia; la distancia que va de la honradez al robo, de la decencia y del respeto a la vida al asesinato.

Gómez Morín y Lombardo Toledano fundan, a derecha e izquierda de la Revolución mexicana, Acción Nacional y el Partido Popular. Son importantes las respectivas fechas de su instauración: 1939 y 1948; el primero, contra Lázaro Cárdenas; el segundo frente a Miguel Alemán. En uno y otro creadores, por sobre

ideologías contrarias, la intención tiene un mismo origen: procurar la democracia, limitar el poder presidencial y afiliarse a la clase instruida del país. Fueron partidos de la pequeña burguesía dividida, como ha ocurrido en nuestra historia; conservadores y liberales; escoceses y yorkinos.

La derecha, en la jefatura de Gómez Morín, tuvo dos etapas: la inicial del desafío y la del tránsito de la reacción a la derecha. Gómez Morín hizo un servicio político inapreciable a su país: convertir a la reacción de los golpes de estado y las intervenciones extranjeras, en derecha cristiana, civil y democrática. Los conservadores salieron del cuartel y la sacristía para organizarse desde los bufetes, los consultorios y los despachos privados a la plaza pública.

Políticamente fue un salto histórico la fundación partidaria de Gómez Morín.

G.C. *¿Qué ocurre con Vicente Lombardo Toledano?*

G.G.C. En 1927 don Vicente es gobernador interino de Puebla, él acude al Colegio del Estado, siendo gobernador, a impartir su clase de Ética; Alfonso Caso, la de Lógica y Pedro Henríquez Ureña la de Literatura; todavía cuando estudié en ese Colegio, hoy Universidad de Puebla, prevalecía el programa de Literatura. Caso estuvo como Jefe del Departamento de Asuntos Agrarios; ellos empezaron el reparto de tierras y procuraron que los trabajadores no fueran despojados, sobre todo los de la industria textil, lo cual provocó que una nutrida comisión de empresarios y hacendados vieran a Obregón para pedir la salida de Lombardo Toledano.

G.C. *¿Lo consideraban un radical?*

G.G.C. Lombardo alguna vez me dijo: "En realidad yo salí del estado de Puebla a petición de la gachupinería".

G.C. *¿Después de su salida de las instituciones se dedicó a la enseñanza y a la creación intelectual?*

G.G.C. Así fue. Lombardo dirigió a Pedro Henríquez Ureña, en agosto de 1931, una carta reveladora de la relación intelectual de esa generación con el poder que si bien muestra la visión personal de don Vicente, el parentesco con la página de Gómez Morín en 1928, delata una misma actitud generacional.

En esa carta, dice Lombardo: "Recibí una impresión muy dolorosa de mi pueblo, Teziutlán; al regresar, nunca lo había visto tal mal vestido y con el aire de fatiga moral tan grande que se advierte aquí hoy en el rostro de todo el mundo. La crisis económica es fuerte, pero la crisis moral es más grave aún, nadie sabe hacia dónde camina el país, el gobierno es cada vez más ineficaz y lo que es más serio todavía, no da muestras de preocupación por hallar un camino. Nuestros intelectuales ya no existen ni en grupo ni como individuos, se han empequeñecido tanto que dudo aún de la posibilidad de que se forme una generación mejor que la presente".

G.C. *¿A quién se refiere?*

G.G.C. Esa carta de don Vicente se completa con otra que le dirigió a Alfonso Reyes, en julio de 1932, cuando este era embajador en Brasil: "Desde que regresé de Sudamérica —un breve viaje que hiciera Lombardo— ya hace un año, el torbellino de las luchas sociales, políticas y universitarias, me levantó en vilo y no me han permitido todavía reposar en la tierra con tranquilidad. La situación de México es cada día peor, un gobierno sin programa, hombres sin ideas y el caudillo —Plutarco Elías Calles— en el plano inclinado de la prevaricación revolucionaria y de la decrepitud física; sólo nuestra inagotable resistencia indígena a todas las desgracias nos ayuda a tolerar tanta pobreza, tanta injusticia, tanta ignorancia y tanta maldad. El porvenir es todavía más oscuro que el presente, creo que Calles no logrará imponer fácilmente su candidato, ya está perdiendo su fuerza ante los militares y no será difícil que para el próximo año tengamos una nueva revuelta".

Lombardo fue casi profético: no hubo revuelta militar, había pasado la última de la historia contemporánea, la de Escobar en

1929, pero en su carta expresa el estado de espíritu del que surgiera el cardenismo: descontento, desmoralización; la resistencia indígena a la que se refiere Lombardo, trascendió esa época.

G.C. *¿Lombardo apoyó a Cárdenas en esos días?*

G.G.C. En 1933 Cárdenas fue presidente honorario del PNR y además secretario de Guerra, de la que renunció para ser candidato, unos meses después de la carta de don Vicente. Se advierte entonces que los campesinos, a los que Lombardo contemplara como la parte fundamental de la resistencia ante los latrocinios y los crímenes que ocurrían en el país, ocupaban un lugar secundario respecto de los trabajadores, lo cual explica que Lombardo iniciara con éstos la ruptura en un discurso excepcional: *El camino está a la izquierda*; definición más radical de lo que debía hacerse teniendo a la clase obrera como respaldo social de la nueva política.

G.C. *¿Lombardo apelaba a la idea utópica de una revolución nacional del movimiento obrero?*

G.G.C. La utopía, en Lombardo, no aparece en relación al socialismo en México sino al socialismo como estadio superior al capitalismo. El Lombardo líder del movimiento obrero fue teórico de la revolución mexicana como último acto de la descolonización del país. Si contemplaba el futuro de México en el socialismo, no lo expresó; sí, en cambio, respecto del porvenir de la Unión Soviética, de allí que no denunciara las atrocidades del estalinismo y se opusiera al asilo de Trotski.

G.C. *Ante el derrumbe del socialismo, la única revolución que queda en el siglo XX es la mexicana. No fue la revolución que resolvió los problemas del país pero en buena medida lo transformó. Quienes eran estalinistas son reformistas y muchos, muy cercanos al partido oficial, alcanzaron el poder del oportunismo.*

Si Vicente Lombardo Toledano, de radical se transforma en reformista y a veces en conservador, en términos de que primero

el Partido Popular y luego el Partido Popular Socialista tuvieron como candidato a la presidencia al del partido oficial, ¿por qué al final de su vida, en 1968, después de la matanza de Tlatelolco, no habló del problema y se dedicó en sus artículos a reflexionar sobre los libros que debería leer el público en general, los más importantes de la historia de Occidente?

G.G.C. Tu pregunta contiene varias interrogaciones: la primera es la que nos sitúa ante don Vicente en los años treinta. Parto de estos hechos: en 1928 Lombardo Toledano publicaba su pequeño libro *Ética*, como profesor de esa asignatura en la Universidad Nacional, en uno de cuyos capítulos refuta, de manera elemental, el materialismo dialéctico y el materialismo histórico como falsos a la luz de la filosofía y de la historia. Lombardo era, hasta entonces, espiritualista, quizá el discípulo predilecto de Antonio Caso. ¿Qué ocurrió de 1928 a 32? Don Vicente, que pudo ser un abogado próspero, por su capacidad jurídica y su cultura general, se afilió a la CROM en su Secretaría de Cultura. Vio desde ese sitio las atrocidades de las direcciones sindicales en nuestro país y decidió empeñarse en mejorar la situación de los trabajadores; decisión estrictamente moral.

En ese panorama confuso y primitivo de 1933 surgen oposiciones políticas que venían del obregonato y de las postrimerías del callismo a una política que no entendían, como era la propuesta por Cárdenas, basada fundamentalmente en los artículos 30, 27 y 123 con el Plan Sexenal que, en su momento, fue un programa apegado al espíritu de la Constitución.

Lombardo criticó ese plan en 1934. Su escrito contiene afirmaciones como ésta: "El Plan Sexenal no es un plan revolucionario de gobierno: mantiene y ofrece seguir protegiendo al régimen económico que vivimos", lo que era oposición abierta a Cárdenas. Era el Lombardo de la ruptura filosófica con Antonio Caso. En la primera de sus conclusiones, afirmó: "El Plan Sexenal de gobierno para el periodo 1934-1939, hecho por el PNR, es un plan mal formulado, de tendencia fascista".

Oposición la cual revela que el radicalismo de Lombardo ante Cárdenas fue efímero al encauzar éste el movimiento obrero. Lombardo llevó entonces su oposición contra la burguesía industrial. Sin el ímpetu político de Cárdenas habría sido imposible el ascenso de los trabajadores sindicalizados, precisamente apoyándose en lo que Lombardo calificara de programa administrativo. La CTM se convirtió en el medio de la discusión política de los problemas nacionales e internacionales. Ocurrió entonces algo que no ha vuelto a darse en México: mítines en la plaza de la Constitución para discutir los problemas del país.

La contradicción de Lombardo, además, revela la circunstancia de la época en dos aspectos: en lo internacional, el socialismo soviético anticipaba el futuro; el determinismo marxista y el Estado fundado por Lenin constituían la teoría y la política frente al capitalismo. Lombardo no dudó respecto del porvenir socialista; la realidad mexicana era distinta; aquí había que desfeudalizar el país, repartir la tierra, defender los derechos de los trabajadores, instruir al pueblo, electrificar el territorio, industrializar la producción y apelar al derecho internacional en los problemas con los Estados Unidos. La política exterior de Cárdenas fue resultado de su política interna. Lombardo la apoyó porque era una política anticolonial.

En lo internacional, Lombardo fue defensor constante del socialismo; en la circunstancia mexicana, socialdemócrata; por eso, entre otras causas, disintió del Partido Comunista. La contradicción de Lombardo fue uno de los dramas de la inteligencia mexicana.

G.C. Como síntesis, yo estaría de acuerdo en que Lombardo, como intelectual político, ensayista de las cuestiones nacionales, fue más significativo de lo que el propio Partido Comunista trató de demostrar en contra suya; fue un combatiente de las reformas políticas y sociales; es decir, de la revolución mexicana.

G.G.C. Es cierto con una salvedad. En la crítica a la burguesía y a los Estados Unidos elogió excesivamente a Cárdenas y a Manuel

Ávila Camacho. Lombardo fue autor de una táctica de resultados funestos: apoyar a los presidentes para encauzar los problemas obreros y los asuntos externos de la nación.

Acaso no tuvo otra salida. El poder presidencial es poder absoluto y más aún en tratándose del proletariado. En la sucesión de la CTM con Fidel Velázquez puede verse el resultado directo de esa realidad. Los presidentes han requerido de un líder dócil, conservador y antiintelectual para dirigir como empresario a la mayor confederación obrera. La CTM es el brazo sindical del presidencialismo.

LOS ERRORES

G.G.C. El Partido Comunista se presentó siempre en México como el partido de la pureza política que no tenía relación alguna con los poderes públicos. Es cierto que persiguieron a los comunistas, que la policía allanó muchas veces sus oficinas y que en las peores épocas represivas fueron muertos y encarcelados, que las memorias de Benita Galeana son un desfile de oprobio, pero también que no era ni comunismo ni marxismo sino anarquismo de participación indiscriminada en todo lo que fuera enfrentar al gobierno.

Hoy vemos que las tesis de Michel Foucault sobre el poder son una sutil empresa para desmontar, teóricamente, las instituciones y las organizaciones sociales. Dar paso a la anarquía de los maoístas, que nada tienen en común con la revolución china ni con el poder constituido por Mao después de su muerte; tesis afines a las de no pocos comunistas mexicanos.

G.C. Foucault fue un desesperado anarquista desde su adolescencia como respuesta a la represión del Partido Comunista cuando es expulsado en 1946.

Los comunistas persiguieron a escritores, a pintores y crearon un clima de hostilidad en la sociedad mexicana; por ejemplo, en José Revueltas.

G.G.C. Cuando Revueltas publica *Los errores*, novela de la corrupción, de la estupidez, de la intolerancia y de la participación creadora de tantos jóvenes frustrados en ese partido, se anticipa a muchas de las críticas posteriores al estalinismo en su versión mexicana.

El de Revueltas es un gran testimonio mexicano sobre ese partido. Cuando aparece su novela en la editorial Stylo, del hijo de Antonio Caso, Enrique Ramírez y Ramírez salió al paso con un

texto que se debe releer como el argumento de un estalinista enjuiciando a un escritor por sus revelaciones sobre los comunistas.

G.C. *Pero antes ese grupo lo había condenado y el propio Revueltas prohíbe su obra que es una tímida crítica a situaciones sociales y políticas, El cuadrante de la soledad, y luego el Proletariado sin cabeza, que es muy tímido, lo censuran, y digo tímido porque él fue un místico del socialismo. Mi tesis es que no solamente lo detestaban porque fuera crítico, sino porque era un admirable creador que a través de Los días terrenales —también perseguido—, luego en El cuadrante de la soledad y en Los errores, expresó su propia libertad creadora.*

G.G.C. Revueltas no tuvo preocupación por el poder porque en su temprano socialismo, después de su prisión en las Islas Marías, narrada en *Los muros de agua*, sabía que el poder real estaba en manos de la burguesía y que a ésta sólo cabía oponerle la fuerza de los trabajadores. Acaso por su prisión o por su virtud moral —Revueltas tuvo fundamentalmente una visión ética de la vida—, su inteligencia estuvo en la oposición real al poder. Sus convicciones políticas partían de una reciedumbre ética, por ello fue el primero entre nosotros que develó al Partido Comunista por su intolerancia y oposición a la democracia interna.

Lombardo Toledano, desdichadamente, había entrado en 1968 en un proceso de presión arterial altísima por haber modificado su régimen de vida. Traté a don Vicente durante algunos años, excepto en agosto del 68. Don Vicente escribió una carta a la juventud donde la advierte sobre los riesgos de la provocación política. Para un hombre de la experiencia de Lombardo era inequívoco que ante la protesta de los jóvenes el gobierno endurecería su aparato represivo. Lo que al fin ocurrió. Su *Carta a la juventud* tuvo el propósito de evitarlo. La rechazaron porque en ese momento ningún llamado a revisar su acción política fue admitido. Se han olvidado los insultos a Javier Barros Sierra, las burlas por su invitación a que no rompieran el orden académico; que no cometieran provocaciones; pero los jóvenes estaban per-

suadidos de que eran una fuerza revolucionaria. Este exceso facilitó —no fue causa— de la represión. Admitirlo excluiría la criminal violencia de Díaz Ordaz.

G.C. Porque se manejaba la tesis utópica de Herbert Marcuse en 1967, cuando el director de Ciencias Políticas y Sociales, Enrique González Pedrero lo invitó a los Cursos de invierno. Marcuse habló, entonces, de que el elemento revolucionario ya no era el proletariado porque se había aburguesado, sino los estudiantes. Había un clima mundial de efervescencia de la juventud que empieza en los sesenta. Era una nueva generación que transformaba hábitos y costumbres históricas. Los estudiantes mexicanos entraron en ese ciclo del que saldrían con la peor parte de los movimientos de aquel año.

G.G.C. Diez años antes la revolución cubana apareció dirigida por jóvenes y además universitarios, que del exilio regresaran a liberar a su patria para hacer la revolución social; influencias que se prestaban a analogías simples. Creo que uno de los grandes errores teóricos de esa época fue la posición de Marcuse.

G.C. Era una posición pensada desde los países ricos; pero aún para los países ricos el tiempo demostró el error de Marcuse y de Sartre y de los radicales que salían de las escuelas de sociología. Se olvidó que el estudiante tiene un proceso y un papel como estudiante y que si quiere hacer la revolución tiene que militar en partidos, no en la universidad. Se demostró después que la universidad no puede ser cuadro de partidos.

G.G.C. La única clase proletaria aburguesada, y no en su totalidad, era la norteamericana, pero un proletariado aburguesado, el infeliz proletariado de la América Latina y de México en particular, con salarios mínimos, con viviendas desechas o construidas con cartón y lata, cómo podía, mecánicamente, ser parte de la burguesía. Sin embargo, aquella tesis se transfirió a nuestra realidad.

G.C. *La historia ha demostrado que Lombardo Toledano no estaba equivocado en sus hipótesis y tesis. Mas, por otro lado, demostró, con José Revueltas, que la relación del intelectual mexicano con el poder y la política es muy compleja, muy difícil y a veces confusa.*

G.G.C. *Antes de dejar a Revueltas, me gustaría que me respondieras esta pregunta. ¿Por qué censuraron su obra de teatro? ¿Por qué no le permitieron desarrollarse como dramaturgo?*

G.C. *Él escribió varias obras, pero fundamentalmente cuando él apunta como dramaturgo es en *El cuadrante de la soledad*. Le reprocharon que sus personajes no tuvieran proposiciones positivas y optimistas. Porque su obra trataba de la vida del proletariado en las vecindades, apachurrado, destruido, perseguido por el alcohol y la miseria. El Partido Comunista lo censuró porque no había un personaje positivo; todos, según ellos, eran negativos. Cuando Revueltas se adelantaba a lo que haría después Sergio Magaña en *Los signos del Zodiaco*: revelar las relaciones políticas y sentimentales del proletariado mexicano en la ciudad de México posrevolucionario como luego lo haría en una forma melodramática Luis G. Basurto en *Cada quien su vida*.*

*A Revueltas lo persiguen por ser un gran escritor pero quizá no tenía la vena del dramaturgo. Él intentó escribir otra obra, a mediados de los setenta, una versión de Pito Pérez que resultó extremadamente didáctica. La obra de Revueltas no funcionó, pero ya para entonces nadie lo perseguía. En esa época el problema con Revueltas era su admirable crítica en *Los errores*.*

G.G.C. *A Revueltas lo persiguen por *El cuadrante de la soledad*, al no incurrir en la ilusión existencial de los trabajadores o porque en su visión realista revelaba un cuadro pesimista que no convenía a los intereses políticos. Paradójicamente coincidieron en su censura la burguesía y el Partido Comunista. ¿Quiénes lo persiguieron?*

G.C. Lo persigue el partido con los medios periodísticos, porque, además, estaba la escenografía de Diego Rivera, a quien se detestaba porque era un pintor revolucionario y un triunfador a pesar de ellos; el partido, porque Diego había dejado de ser militante. Diego estaba en una etapa, si no crítica, tampoco de apoyo al partido. Perseguían a Revueltas, perseguían a Diego, que participaba en esa obra. Se perseguía a todo escritor que no comulgara estrictamente con la ortodoxia del estalinismo y en lo cual tiene razón Octavio Paz. Octavio no empezó a criticar en esa época al partido; se olvida que en El laberinto de la soledad (1950) hace una crítica al estalinismo; otros afirman que el antiestalinismo de Paz es de ahora, cuando en el mundo se denuncian los errores y los horrores de esa política. Revueltas fue un visionario: advirtió lo mismo, aunque no rompió con el pensamiento marxista.

G.G.C. Revueltas dejó de ser estalinista pero no marxista.

G.C. A mí, particularmente, que lo conocí al final de su vida, me preocupaba ver cómo su visión era más la de un existencialista que la de un marxista. Fue un hombre desgarrado por la idea del absoluto como otros existencialistas mexicanos, en búsqueda de una solución para el hombre en el socialismo pero desgarrado porque veía el triunfo del materialismo no solamente norteamericano sino también en el socialismo, como le pasó a Jorge Portilla, que andaba a la búsqueda de Dios, el absoluto de Dios, y que descubre, en Hegel, que la idea de Dios es un absoluto impensable. Lo vi en su casa, explicando a un grupo de estudiantes ese proceso y a otro existencialista mexicano, como lo llama Oswaldo Díaz Ruanova, el que es para mí el más trágico: Emilio Uranga, quien, al regresar de Europa, descubre que no es capaz de construir un sistema filosófico como era su proyecto y entra en su autoaniquilación. Fue el suyo un proceso de desgarramiento que habla de la cultura en política mexicana como expiación y como degradación; nunca como acierto intelectual.

G.G.C. Así es. ¿Crees que la visión falsificada del proletariado, después de la tentativa teatral de Revueltas en *El cuadrante de la soledad*, subsiste en *Los albañiles* de Leñero?

G.C. *Yo no diría que la versión de Revueltas fuera falsificada.*

G.G.C. No he dicho la de Revueltas, sino que después de la visión de Revueltas hay una visión o versión falsa del proletariado y del lumpenproletariado. En la imprecisión de nuestros dramaturgos es notoria su confusión ante el proletariado y el lumpenproletariado. Lo que Revueltas trató de llevar a la escena fueron elementos del lumpen, y lo que también es confuso en Leñero es su concepto de la dignidad del trabajo y la descalificación del trabajo por el lumpen.

G.C. *Sí. Los personajes antes de Leñero —los de Sergio Magaña— habitan en vecindades; hay diferentes tipos de clases sociales, degradados por el sistema y el lumpen representado por los porteros, pero también el proletariado urbano, integrado a una sociedad en transformación. En Leñero hay esta doble mistificación porque pretende explicar al proletariado en un ciclo histórico confuso, en el inicio de su degradación, desde la época de Cristo hasta hoy, sin ninguna variante; en una obra que a casi todos los que vemos teatro mexicano nos repugnó: Jesucristo Pérez, pretendió que el proletariado mexicano vivía en las mismas condiciones que los esclavos de la época de Cristo; versión que me indignó por la diferencia histórica con México. Simplemente era igual el presente al de cien años de atraso; si lo fuera, no la habría puesto Vicente Leñero, con lujo inadecuado, en la universidad, dirigida por Ignacio Retes. Es una obra maniquea donde se confunde al proletariado con el lumpen. Los personajes de Vicente son lumpen, incluyendo Los albañiles. Vicente hizo una síntesis de los albañiles en una versión de Jesucristo, con un lumpen confuso, liquidado en su protagonista, por la culpa de ser homosexual, por incapacidad de no encontrar a Dios.*

G.G.C. Es un aspecto importante para entender el por qué el teatro mexicano no tiene obras singulares. La incultura de los autores, su ignorancia social e histórica, los lleva a una constante improvisación de caracteres que no corresponden ni a una clase ni a una época. Está bien que las llamadas licencias literarias puedan establecer líneas de continuidad del esclavo en Galilea a los esclavos en Detroit o en Naucalpan, pero los saltos de la historia no pueden confundir que la conciencia de los trabajadores sea la misma ni siquiera la de los peones del porfiriato en los llanos de Apan a los campesinos de hoy, así estén empobrecidos como los del Mezquital. Es importante, porque no hay verdadera recreación de la vida, que se desprenda del carácter de un personaje. Los espectadores no se identifican con la verdad en esas obras; de allí que el cine mexicano, dependiente de la improvisación y del acartonamiento de la vida, sea intolerable. Todo es falso: la voz, la actuación, los personajes, la dirección, la situación en un país que sólo existe en los Estudios Churubusco; país que no tiene relación ni con la calzada de Tlalpan. No propongo ningún realismo, porque se trata de la recreación de la vida, del lenguaje, de los matices, de la expresión de los sentimientos; de las ideas, de los sueños de los mexicanos, de un rechazo y a la vez adhesión a las formas cotidianas de la miseria, del poder, de la corrupción, de la existencia atrapada entre muros de los que sólo se escapa con la muerte.

Realismo o surrealismo depurado por el arte, no por concesiones inmorales a la vulgaridad del proletariado o de la burguesía.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

G.C. *Con sus excepciones, aún incluyendo el de plástico o de cartón, el cine dio leyendas, dio a Emilio Fernández, a María Félix, a Dolores del Río, a Pedro Infante, a Gabriel Figueroa. Pero hablemos de Daniel Cosío Villegas, autor de la monumental Historia moderna de México, sociólogo, economista, historiador, periodista y quizá uno de los más brillantes intelectuales que ha dado México en este siglo, Premio Nacional de Letras 1972, que al final de su vida se convirtió en extraordinario periodista político en las páginas de Excelsior, uno de los pocos, con otros dos o tres más. Tuvo parte importantísima en la relación del intelectual con el poder, además de ser un creador. Al releer sus Memorias, se reconoce la relación conflictiva y crítica ante el poder. Su crítica empieza en su relación con Cárdenas, cuando él soñó, lo dice irónicamente, que todos los mexicanos desean ser presidentes o, por lo menos, secretarios de Estado. Quizá él soñó ser secretario de Relaciones Exteriores en la época de Cárdenas, no lo fue y empezó su ofensiva contra los presidentes pero fundamentalmente contra Cárdenas, a quien viera como hombre rupestre. Cuando el general muere, dice: "Desde luego, siempre tuve la impresión de que toda su vida pública estaba montada, no sobre el diamante de la inteligencia sino en el macizo pilote del instinto, la causa de mi asombro es que se entiende que el instinto es una prenda predominantemente animal y la inteligencia predominantemente humana, entonces, cómo gobernar instintiva, animalmente una sociedad inteligente, humana. Mi asombro, sin embargo, subió de punto al considerar que en nuestra vida nacional hay otro gran gobernante cuya prenda principal era el instinto. Fue mi querido general, otro general, y se llamó Porfirio Díaz". Cosío hace una explicación de la muerte de Cárdenas y sin embargo reconsidera que su tercera reflexión es admirativa. De todos los gobernantes revolucionarios, es el*

único cuyos bonos han subido desde que dejó el poder, en tanto que todos sus antecesores y sucesores o se han desplomado o se mantienen en niveles modestísimos. Cárdenas, dice Cosío Villegas, se convirtió en la conciencia de la revolución mexicana". Creo que a pesar de las fobias de Cosío Villegas, al final reconoce que uno de los pocos creadores de la revolución mexicana, en términos políticos, fue Cárdenas.

Ahora, ¿Cosío Villegas tuvo esa aversión al poder porque no participó en él o porque fue un legítimo crítico del poder?

G.G.C. No estoy de acuerdo en lo que has dicho de Cosío Villegas. No fue el intelectual que describes, no sin entusiasmo; creo que más que ideas, don Daniel tuvo ocurrencias; fue hombre que sacrificó sus juicios por el fulgor de una frase. Cosío no perteneció a los *Siete sabios* sino al subgrupo de ellos.

G.C. ¿Por qué subgrupo?

G.G.C. Los *Siete sabios* fueron un grupo cuyo atractivo, para la generación de Cosío, alcanzó hasta el fin de sus vidas. Así como Luis Cabrera fue la inteligencia superior de la generación revolucionaria, en la del Ateneo de la Juventud la de Pedro Henríquez Ureña fue la dominante. Los que siguieron a los *Siete sabios* tuvieron tras de sí a un subgrupo, en el que acaso no estén todos los que voy a citar pero sí los más representativos: Luis Enrique Erro, Daniel Cosío Villegas, Carlos Chávez, Eduardo Villaseñor y un notable poblano, amigo de Julio Torri, y primer traductor de Marcel Schwob: Rafael Cabrera. Todos ellos participaron en algunas empresas culturales. Para conocer a un grupo lo mejor es oír las opiniones de alguno de ellos; en este caso, de su crítico y al que debo este pequeño panorama, Luis Enrique Erro. Él decía que tanto Cosío como Villaseñor seguían a Henríquez Ureña y como don Pedro tenía la propensión de teorizar, si alguien hablaba del ojal era inevitable la teoría del ojal; si alguien de la necesidad de apoyarse en un bastón, había que esperar la teoría del bastón. Tanto Cosío como Villaseñor siguieron esa estricta

inclinación de Henríquez Ureña. Cosío con mayor brillo que Villaseñor o quizá Villaseñor con más sensatez que Cosío. A poco andar se separaron uno y otro de don Pedro y Cosío surgió como teórico. La sagacidad de Erro precedió a la confesión de Cosío en sus *Memorias*; en ellas cuenta su admiración por Henríquez Ureña y el origen de su primer librito —el diminutivo es por definición; es un pequeñísimo tomo— cuyo título sugiere el discipulado de Cosío: *Miniaturas mexicanas*, publicadas en la revista *Índice* por Alfonso Reyes y después en *Cultura*; su devoción por Henríquez Ureña fue la contraparte de su rencor inicial por Reyes. Nunca le perdonó el tratarlo como un aprendiz de escritor. En los años treinta, cuando el marxismo era tema común en los periódicos, Lombardo Toledano invitó a Eduardo Pallares, Francisco Zamora, Fernando de la Fuente, Víctor Manuel Villaseñor y Alfonso Junco a un diálogo recogido en el libro *Marxismo y antimarxismo*. Don Vicente le encargó a Cosío la síntesis de ese ciclo, donde éste aclara que no era marxista pero no convence si era antimarxista. En la parte final apunta la ironía, arma predilecta de Cosío, en el contraste entre la vida burguesa de los marxistas que escogían teóricamente la situación del campesino, habitante de un infierno de miseria. Don Daniel, además, tuvo una interesante carrera diplomática y es ahí donde abundó en su actitud jactanciosa, hiriente, para quienes tenía a mano, si sus nombres no le habían sonado al oído con alguna obra. Cosío plantó entre los intelectuales mexicanos algo de la soberbia de los *Siete sabios* que después, a cada uno de ellos la vida corrigió: a Alfonso Caso, la universidad; a Lombardo, los obreros; a Gómez Morín, los empresarios. . .

Fue una generación que se enfrentó a los que Martí llamaba hombres naturales; hombres necesarios en su circunstancia, no instruidos pero con inteligencia para desprender de la realidad lo necesario para su acción política. Esto es lo que, al parecer, no entendió Cosío porque no leyó a Martí o por incompreensión de la realidad mexicana: analfabetos y semiletrados, lo que propicia el poder de los hombres naturales. Puede darse un Obregón, que en tres meses sabe de memoria las asignaturas de la

Preparatoria, según Alessio Robles, su examinador. Obregón fue un hombre, como el legendario compadre Urbina de la División del Norte, que se sabía de memoria los nombres de sus combatientes. Los hombres naturales que toman el poder con la ferocidad de su ambición pero que no saben cómo resolver las mil situaciones que tienen reglas; normas y laberintos en los que su intuición se pierde; es entonces llegada la hora de los licenciados, más inteligentes por cultivados pero inferiores ante la fuerza vital de los caudillos. Este drama de la subordinación de la inteligencia al ciclo de los hombres naturales es la trama moral de la obra de Martín Luis Guzmán, caricaturizada por Azuela en el licenciado Cervantes de *Los de abajo*.

G.C. Pero Cosío Villegas impulsa la gran investigación de la escuela moderna.

G.G.C. Lo del impulso es muy relativo. Había demanda académica de estudios históricos y a Silvio Zavala se le debe la seriedad posterior. Si el rigor que es su consecuencia se hubiera llevado a la elaboración de la *Historia moderna de México*, otra cosa sería esa obra porque en la dirigida por Cosío se abunda en trivialidades y en el estilo, muy suyo, de humor erudito, trivial y a veces, cursi.

Es, además, una obra donde el supuesto autor figura en el lomo y en la portadilla los verdaderos autores. Cosío tuvo un papel relevante como crítico en los cuarenta, cuando era presidente Manuel Ávila Camacho, y abre el fuego Jesús Silva Herzog al afirmar que la revolución mexicana había terminado. Causó un revuelo, pero aquí viene la difícil medida de la trascendencia a causa de uno y otro temperamentos: Cosío Villegas, después, hace suya esa tesis sin citar a don Jesús Silva Herzog.

G.C. La crisis en México, *escrita en 1947*.

G.G.C. El ensayo de Silva Herzog es de 1943. El de Cosío lo publicó el propio Silva en Cuadernos Americanos y *Excelsior*, de segunda mano.

G.C. Cosío Villegas tiene una trayectoria política intelectual que llega al periodismo. Fue el crítico más importante de finales de los sesenta.

G.G.C. Quizá la notoriedad periodística de Cosío empezó en los años sesenta, si bien algunas de sus observaciones en *La crisis de México* trascendieron hasta nuestros días. Creo que es uno de los mejores textos de Cosío; lo mismo otro, extraño en nuestro medio, sobre el fascismo japonés. Cuando él inicia sus estudios de la historia de México, digo iniciar, no porque hubiese ignorado la historia de nuestro país — a ningún mexicano inteligente e interesado por esclarecer los problemas de su país le es ajena — sino por el conocimiento de la moderna y contemporánea. Cosío Villegas es autor de dos libros sobre Porfirio Díaz, previos a la redacción de la historia moderna, en los que expone una visión extravagante de Porfirio Díaz al elaborar una teoría que no puede sostenerse con validez histórica: la de un Porfirio rojo, progresista, avanzado y, por consiguiente, rebelde y opositor.

G.C. Él vio al Porfirio Díaz progresista porque en cierta manera él modernizó al país.

G.G.C. No creo que Porfirio Díaz pueda interpretarse como un modernizador del país. Le doy la acepción de una mejor administración de las cosas públicas, mayor participación de la iniciativa privada, lo que no cambió las estructuras del país sino al contrario, las endureció, como la del peonaje.

G.C. Pero la estabilidad produjo acumulación de capital, produjo ahorro y una inversión que, distorsionada o irracional, logró cierto avance en una sociedad que tenía cien años de guerras ininterrumpidas.

G.G.C. La modernidad, en la segunda parte del siglo XIX, la inicia el Congreso Constituyente de 1856, en cumplimiento de los principios de la revolución de Ayutla. La generación que acom-

pañara a Juárez desde esa revolución al gobierno de Comonfort; de éste a la constitución de 1857 y después de la defección de aquel desventurado hasta la guerra de Reforma. . .

G.C. *¿Piensas que Porfirio Díaz siempre fue conservador?*

G.G.C. Sí. Porfirio Díaz hizo avanzar al país en lo material pero lo aplastó en lo social y sobre todo en lo político, lo que no fue modernizarlo sino partirlo en dos: el país de los enriquecidos, con una débil capa de clase media, y el de los peones, la forma mexicana de la esclavitud, como la calificara Marx. Esos extremos anulan la modernidad y si lo admitimos enmascaramos la realidad, como lo hicieron los panegiristas del porfiriato.

G.C. *Porfirio Díaz, el soldado liberal. . .*

G.G.C. Porfirio Díaz fue un buen guerrillero, pero de un buen guerrillero no se puede inferir que sea un político progresista; dadas las consecuencias en Yugoslavia, ni el Mariscal Tito.

G.C. *Porque las tesis de norteamericanos como Roger Hansen y el propio Justo Sierra hablan de un Porfirio Díaz modernizador, inclusive una autoridad cuyo prestigio llega hasta nuestros días; es decir, en Porfirio Díaz se advierte un espíritu que convierte una sociedad muy desordenada en sociedad que avanza. . . A la telenovela que probablemente se exhibirá le auguro éxito absoluto. . . Hay una especie de fascinación por Porfirio Díaz.*

G.G.C. Porfirio Díaz sigue siendo uno de los penates de la burguesía mexicana y en tanto la burguesía tenga el papel preponderante en nuestro país y los inversionistas extranjeros sean su apoyo interno y externo, Porfirio Díaz no desaparecerá.

G.C. *Pero la clase media también habla de él en términos laudatorios.*

G.G.C. La clase media que aspira a convertirse en burguesía, sí, la clase media que desea un cambio radical en la situación del país, no.

G.C. *Que es la minoría, y la mayoría de la gente no tiene muy clara la idea de quién fue Porfirio Díaz. . .*

G.G.C. De la historia nos llegan nociones desdichadas, por ejemplo, que Porfirio Díaz fue el héroe de la paz como se le calificó desde 1906, no antes, entiéndase. ¿Por qué en 1906? Porque en ese año el ejército federal aplasta la última rebelión de los mayas en Chan Santa Cruz, que desde entonces se llamó Chan Santa Cruz de Bravo, por el general que llevó una guerra devastadora contra los indios, a los que batió en los límites de lo que es hoy el estado de Quintana Roo. Porfirio Díaz, a partir de entonces, fue llamado “héroe de la paz”, lo que no deja de ser una de las grandes ironías políticas de México. Durante treinta años Díaz sostuvo una guerra contra las comunidades indígenas, los pequeños propietarios agrarios y los pueblos que defendían sus ejidos — como los de Morelos, desde el siglo XVI — ; las guerras del Yaqui, las de Yucatán, la formación de ese gran cementerio para el cultivo del tabaco que fue Valle Nacional, la sujeción, en fin, de las comunidades indígenas a lo largo de la costa del golfo en Veracruz o en Tamaulipas revelan una realidad diferente: la esclavitud de los campesinos en el peonaje y de una clase media acosada por la pobreza y la falta de libertades sin las cuales ninguna profesión liberal es posible.

G.C. *Y que curiosamente era la clase que leía la crítica jurídica y política en Regeneración.*

G.G.C. Justo Sierra acuñó una frase certera “La burguesía hace todos los días prosélitos, a unos por medio del presupuesto y a otros por medio de la escuela”. El gran medio para la asimiliación de la clase media a la burguesía fue la Escuela Nacional Preparatoria, sin que esto quiera decir que no fuera una notable preparatoria.

G.C. *Y de ahí salieron críticos como el grupo del Ateneo, que se opondrían al positivismo y a la filosofía de aquel régimen.*

RAÍCES DEL PRESIDENCIALISMO

G.G.C. La figura de Díaz fue evocada por Vasconcelos en *Ulises criollo*, cuando llevan a los estudiantes preparatorianos en marcha alegre y confiada hasta la casa de Díaz en la calle de la Cadena. Él los recibe en el patio, los saluda desde la altura del corredor, y les da el día de asueto; todos salen jubilosos a dispersarse entre los billares y los cafés de chinos. Era una de las formas de domesticar a los jóvenes. Se les inculcaba que la figura del presidente era la de un patriarca atento a sus destinos.

G.C. *¿Ha cambiado la idea?*

G.G.C. Ha cambiado en cuanto a la forma del sometimiento pero no puede cambiar un pueblo en lo que es una fatalidad política desde el tiempo de los aztecas.

G.C. *El culto al gobernante, al tlatoani, no es colonial, viene desde los aztecas y más aún: es la teoría sobre el centralismo del poder; la mitología del tlatoani, del señor presidente, viene de los aztecas y continúa con sus características mexicanas.*

G.G.C. Hay un texto, descubierto por Miguel León Portilla — *La elección de los tlatoque o supremos gobernantes*— que refiere la proposición de Tlacaelel, la oscura y casi mítica figura del consejero azteca, que indicara la forma de elegir al señor del Anáhuac por consulta previa y elección, digámoslo así, de quienes tenían el mando de la sociedad: los caballeros tigre, los caballeros águila, los pochteca y desde luego los sacerdotes; entre ellos se hacía una auscultación para que el señor al que se le otorgaba el mando del Anáhuac gobernara por consenso y con la voluntad de los que ejecutaban las órdenes implacables; por consiguiente el hombre del

sistema establecido. Esto, desde luego, viene de lejos; es un tema que seduce para entender cómo ciertas corrientes históricas permanecen, variando los regímenes políticos y sociales, pero con indeclinable voluntad mítica para que el poder no sea esencialmente diferente.

El servilismo ante el Tlacatecutli se repite en castellano al dirigirse al presidente. No son formas políticas sino aforismos de la sumisión.

G.C. Miguel León Portilla se pregunta a manera de conclusión: ¿Será el subconsciente colectivo el que nos ha llevado a revivir y dar nueva vigencia a algunas de estas ideas. . . ?

G.G.C. Sin duda. El poder en México es poder absoluto por sus raíces míticas. Tlacaélel fue el *Cihuacóatl*, o depositario de los signos del dios de la guerra. De ese poder no hemos salido. Acaso, aplicado a algunas variantes. En la era moderna Porfirio Díaz recreó ese poder, antes en manos de Juárez, en las condiciones del desarrollo preindustrial. Los peones no eran sino macehuales del nuevo señor del Anáhuac.

El poder en nuestro país debe a Occidente las formas superficiales que cubren levemente el signo mítico al que obedecen los mexicanos. El presidencialismo no es sólo sinónimo sino la forma contemporánea de ese poder histórico.

G.C. ¿Presidencialismo o dictadura?

G.G.C. El presidencialismo lo funda Lázaro Cárdenas al unir en el Ejecutivo el poder político del partido oficial formando así el nuevo absolutismo, herencia modernizada del poder presidencial de Díaz. Así como éste reelabora el de Juárez, Cárdenas rehace el que va de la jefatura de Venustiano Carranza a la diarquía de Obregón y Calles, con una sola diferencia, en lugar de reelección la elección del sucesor. La continuidad en lugar de la dictadura. La primera produjo la dictadura; la segunda, el presidencialismo; una y otra, formas del poder unipersonal.

G.C. *Regresando a Cosío Villegas. No lo traté, sí he leído su obra. Fui becario en el Colegio de México y le vi siempre enfurecido en la sede de esa institución en el 122 de la calle de Guanajuato, como adjunto del sociólogo Juan Marsal. Ahora, me pregunto: ¿Para las generaciones de los nuevos, pocos lectores, qué cuenta más, el historiador que promovió excelentes estudios o el periodista político?*

G.G.C. El hombre fue todo lo que dices, aunque desearía esclarecer una idea: Cosío Villegas es culpable, como historiador, de la nueva entronización de Porfirio Díaz, al publicar en 1953 *Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria*, y dos años después — en ocasión de cumplir Alfonso Reyes 50 años de escritor —, *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*. No ocultó Cosío su admiración por Díaz; enalteció sus dotes contrarias a la legalidad y el inmoral uso de las palabras para justificar actos que, una vez en el poder, significarían lo opuesto. No hizo una revisión crítica del *porfiriato*: el poder de Porfirio que abundó en su entronización promovida por el cine con la película *En tiempos de don Porfirio*, de 1939, y *Yo bailé con don Porfirio*; revisiones banales, falsas y cursis para exaltar la dictadura vista como el bondadoso gobierno de un abuelo.

Las coincidencias en la falsificación de la realidad pueden verse como sanción a la soberbia de Cosío.

G.C. *Pero Cosío, como periodista, hizo proposiciones perdurables.*

G.G.C. No puedo respetar al periodista en su etapa de *Excelsior* porque Cosío sostuvo siempre contra la Universidad, después de 1929, un rencor encubierto de crítica. Nadie le hizo daño igual, en el momento en que sólo cabía defenderla ante los poderes públicos. Era inevitable que Pedro Gringoire escribiera contra la Universidad, porque él veía comunismo en todas partes, pero no Cosío. ¿Cómo olvidar su calificativo de “pulgarcito del Pedregal” a Javier Barros Sierra en el momento en que exponía su vida en la defensa de la Casa de estudios? Un joven investigador del Centro de Estudios Políticos, José Luis Hoyos, hizo un recuento minucioso de

cuanto Cosío había escrito contra la Universidad en 1968, publicado en uno de los números de la revista *Ciencia Política*. Zaherir a un hombre como Barros Sierra, en los días de aquel septiembre de 1968, fue vileza.

Javier ha sido el único rector universitario en enfrentarse a un presidente y a todo el poder en defensa de la autonomía, de sus estudiantes y sus profesores. La diferencia entre Barros Sierra y Cosío, haciendo gracejos, es obvia: de uno dependía no sólo la autonomía universitaria sino la autonomía ética sin la cual es imposible educar a nadie; del otro, la cotidianeidad del chiste que produce la inmoralidad y la cobardía mexicanas. Se hace un chiste para despojarse de juicio ante la realidad. Además, Barros Sierra hizo la defensa universitaria a partir de la democracia. No debe olvidarse que el 27 de julio, al izar la bandera nacional a media asta en la explanada de la rectoría, dijo que empezaba la lucha por la democracia mexicana; es decir, contra el poder absoluto del presidente. Barros Sierra fue un precursor; por eso, para romper el miedo salió a la calle el 10. de agosto al frente de la primera manifestación, después de diez años de prohibirlas por las protestas de los ferrocarrileros y los estudiantes en 1958 y más tarde en apoyo de la revolución cubana.

G.C. Para terminar con esta parte, Cosío Villegas nos hereda una reflexión sobre el liberalismo que es importante ¿o no le atribuyes a él que muchas de las cosas que se plantean ahora tienen origen en el rescate de la constitución de 1857?

G.G.C. No fue únicamente Cosío el autor de tal rescate. No olvidemos que en el aniversario de la revolución de Ayutla, en 1954, hubo un valioso ciclo de conferencias impartido por Antonio Martínez Báez, Alfonso Caso, Jesús Silva Herzog, José Iturriaga. . . , en el que se recobró la herencia revolucionaria de Ayutla y que, posteriormente, el Colegio de México editó dos de las obras fundamentales de Zarco. No era el primer rescate de Zarco, ya lo había hecho en el Archivo Histórico Diplomático Mexicano Antonio de la Peña y Reyes con sus artículos durante la inter-

vención francesa y Óscar Castañeda Batres con los escritos literarios y políticos de Zarco. Martínez Báez y Catita Sierra revisaron la *Crónica* y la *Historia del Constituyente*. Esto, más otros estudios y la biografía de Zarco por Wheat, fueron aportaciones decisivas. La obra de Cosío, *La Constitución de 1857 y sus críticos*, fue una de ellas, no precursora ni única.

La verdadera cara del poder autoritario, del presidencialismo, se develó en octubre del 68. Se insiste en decir que hubo muchos asesinados, pero que nadie sabe cuántos fueron; las cifras sin embargo, las publicó en su oportunidad el periódico *El Día*; listas transcritas en la historia documental del 68 por la Universidad. Fue un crimen vesánico, término del túnel del absurdo en que se parapetó aquel gobierno.

Lo de Tlatelolco tuvo su conclusión: la carta de José Revueltas a Arthur Miller, entonces presidente del Pen-Club Internacional, difundida poco después con el título *Año Nuevo en Lecumberri. 1970*. Revueltas hizo una crónica de las atrocidades del poder en esa prisión: dar mano libre a los asesinos, a los drogadictos, a los ladrones, para agredir a los presos políticos, indefensos en sus crujiás y ante los ojos de sus familiares, detenidos en el corredor de la Salida Norte.

Revueltas señaló la vinculación del Poder con el poder de los delincuentes encarcelados; el director de la prisión disparó su pistola como señal de ataque que terminó en la destrucción y el saqueo en las celdas de los prisioneros del 2 de octubre. Revueltas contuvo su indignación y su vergüenza por el país y por los extremos criminales del poder absoluto. Entre la aplicación de la ley y el reglamento carcelario, sólo se podía ordenar la complicidad con los delincuentes. El error criminal en Tlatelolco terminó el 10. de enero de 1970 en Lecumberri.

En esa criminal jornada destruyeron el manuscrito de un libro de filosofía de Eli de Gortari.

La ley, la autoridad, la decencia fueron lanzados al orden de los asesinados, así, las víctimas de aquel ataque resultaron, según el procurador de Justicia del Distrito Federal, Suárez Torres, culpables por intentar fugarse en la operación "Fuenteovejuna".

Los crímenes del poder son impunes. El último episodio del 68 lo cerró Revueltas en su carta.

CONTEMPORÁNEOS

G.C. *Los llamaron reaccionarios, maricones, elitistas y antinacionalistas. Y fueron eso y mucho más porque fueron creativos y creadores de una cultura más apegada a los lineamientos universales que al chauvinismo. En sus vidas privadas fueron desesperadamente sensibles, de tal forma que muchos de ellos se suicidaron. Tuvieron desencantos amorosos, traiciones amistosas, se llamaron a sí mismos "archipiélagos de soledades". Es el grupo Contemporáneos de Jorge Cuesta, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, uno de los primeros que murieron, Jaime Torres Bodet, Gilberto Owen y Agustín Lazo, entre otros.*

Primero deberíamos puntualizar que fue un grupo que, entre otras cosas, criticaba al poder posrevolucionario. Se dice que Jorge Cuesta fue ninguneado por la moral tradicional. Fue el primer crítico del marxismo. Desde 1935 escribió en El Universal: "El marxismo se sostiene y se seguirá sosteniendo en virtud de un poder religioso como un puro estado de conciencia, en la política marxista no se trata de satisfacer un interés objetivo sino de satisfacer una sicología". Los grupos estalinistas empezaron a crear una neblina frente a él. ¿Es cierto que a Cuesta no se le leyó por sus críticas al marxismo?

G.G.C. Esa neblina fue pasajera. Era imposible que en ese año se aceptara la crítica de Cuesta. Stalin era el guía y el marxismo-leninismo la doctrina que en la Unión Soviética tenía realización histórica. El acierto de Cuesta fue advertir la raíz religiosa del socialismo para congregar nuevos creyentes. Ningún comunista, en México o en Italia, podía admitirlo ni siquiera como duda.

La relación de *Contemporáneos* con el poder fue estrictamente individual; por ejemplo, es indudable que Torres Bodet es el autor de la nueva redacción del Artículo 3o. En la época de Manuel

Ávila Camacho se reformó ese artículo. Como secretario de Educación, en el gobierno de López Mateos, fue autor del Plan de Once Años que después del de Vasconcelos sería el único coherente para establecer normas y procedimientos educativos y culturales para la formación de las nuevas generaciones. El grupo de *Contemporáneos* tuvo en José Gorostiza otra relación con el poder, pero entiéndase, hay tres formas en que los intelectuales han tenido relación ante el poder: una, la crítica; otra, el servicio diplomático, que se desprende de la politiquería cotidiana para hacer frente a los problemas internacionales de nuestro país; y una última, la sobrevivencia personal de los escritores que entre la iniciativa privada o el sector oficial han preferido el servicio público.

De aquel grupo sin grupo, el crítico político fue Jorge Cuesta, quien sobrevive en sus poemas frente a la murmuración sobre sus afinidades íntimas y sus transgresiones. El Cuesta maldito no tiene importancia, sí el espectador inteligente de su tiempo, lo que quiere decir de su época.

Cuesta entendió, como ningún otro intelectual, el significado de la lucha contra Calles. Si fuera dable ver la diarquía con Obregón y la fuerza persuasiva del "maximato" como un régimen en tránsito de desaparecer frente al que se anunciara en el Plan Sexenal, Cuesta sería el de la elegía del callismo. No fue él, exactamente, hombre de dos tiempos como Tablada, sino un participante intelectual del régimen que desaparecía hacia 1934, un año antes de la crisis de Calles contra Lázaro Cárdenas. Cuesta vio en el mensaje de Calles en 1928 la síntesis de sus virtudes políticas. Lo que históricamente era contrarrevolución. Sus críticas apuntaron a lo que sería la debilidad de las tentativas socialistas a partir de la reforma del Artículo 3o. constitucional.

La pedagogía socialista, decía Cuesta, es tan infundada como la reforma educativa, porque no se trata de llevarla a cabo, sino de *creer en ella*, de profesarla como doctrina. Este argumento fue vaticinio. El marxismo en que se apoyaría el socialismo jamás se enseñó en la escuela mexicana; en el mejor caso se trató de una creencia; en lo general derivó en rito con el aprendizaje

de lemas. Cuesta hizo la más aguda crítica al señalar la diferencia entre una enseñanza para la acción y el acto de fe.

De *Contemporáneos* otro escritor hoy olvidado, no obstante haber dirigido la mayor parte de los once números publicados, fue el poeta "de las expresiones directas, transparentes", Bernardo Ortiz de Montellano. Otro más, de aquella insólita época de nuestra literatura fue Rodolfo Usigli, ajeno a grupos y partidos y quien sin duda, por ser independiente, hizo la mayor crítica al poder en *El gesticulador*, la gran obra del teatro mexicano.

G.C. *La obra de la simulación política ya histórica.*

EL PODER ENMASCARADO

G.G.C. La mentira, la falsedad y aquella apariencia de bondad, de eficiencia y desinterés, máscara con la que se cubren muchos funcionarios y que, en realidad, es una representación sexenal. Usigli, en *El gesticulador*, hizo la única obra crítica en relación al poder.

G.C. *No solamente, en muchos pasajes protagonista, César Rubio es el signo del maestro que simula; del profesor que dice dar clases y no las imparte; del intelectual que dice serlo y nunca ha escrito una línea; del actor de teatro que dice trabajar y jamás ha puesto los pies en el escenario, en fin, Usigli, en toda su obra y en sus prólogos ve y reflexiona sobre la simulación del poder y la simulación de toda la sociedad, resultado quizá del mestizaje colonial, pero que, en Usigli, es devastador. No hay ninguna obra mexicana, a pesar de que después de él los dramaturgos se han visto en la necesidad de ser críticos de la sociedad, tan punzante como la de Usigli, porque, además, critica a la nueva clase media, a las familias tradicionales y los defectos de la revolución hasta llegar a sus últimas obras donde critica la vejez del escritor, acaso él mismo.*

G.G.C. Recuerda el lema de Usigli. "Un pueblo sin teatro es un pueblo sin verdad". Él veía en el teatro la posibilidad, quizá por la gran lección de los griegos, de que el teatro fuera no la sublimación de errores o defectos sino el encuentro con la verdad cotidiana, privada, pública o histórica. Usigli, además, lo dice en el epílogo de *El gesticulador*: no habría escrito esas páginas encendidas, sin la lectura de la obra de Samuel Ramos, *El perfil del hombre y la cultura en México*.

G.C. *Que origina todas estas reflexiones, hasta llegar al Laberinto de la soledad.*

G.G.C. *El Laberinto* es una síntesis admirable cuyo antecedente es el libro de Ramos y el inmediato *El gesticulador*, al hacer Usigli una reflexión sobre la mentira en la vida pública y privada, el tránsito del indicativo en presente al futuro imperfecto. No hay que perdonarle a Usigli, como dijera Octavio Paz, sus desplantes y sus irreverencias: hay que agradecerse los. *Contemporáneos* promovió, en un momento importante para el país, el enlace de los escritores con sus contemporáneos en Europa y los Estados Unidos. No olvidemos que de manera muy temprana Torres Bodet traduce a Gide, y que *Contemporáneos* colabora en la empresa editorial de Agustín Loera y Chávez.

G.C. *Con el antecedente de que ese grupo, en 1927, forma la llamada revista de vanguardia Ulises y el teatro Ulises en la calle de Mesones, antecedente del teatro moderno. Ellos tradujeron a O'Neill, a dramaturgos ingleses, principalmente Villaurrutia y Novo, con Roberto Montenegro, Julio Castellanos y Manuel Rodríguez Lozano en escenografías, todo lo cual impulsa una mujer deslumbrante y desesperada: Antonieta Rivas Mercado.*

Ese grupo, creativo y brillante, vivió entre rencores y furias, inclusive cuando se estrena en 1947 en Bellas Artes, con un éxito inusual, El gesticulador. Al preguntar a Salvador Novo su opinión, dijo: "Es Palillo a la crema". Xavier Villaurrutia tuvo una envidia pálida de Usigli, como dramaturgo. El grupo quería que Usigli se dedicara a la poesía, no al teatro. La envidia es parte de la tradición cultural, quizá de todos los intelectuales en el mundo; el dolor del bien ajeno, que tampoco es patrimonio de los intelectuales.

G.G.C. La notoriedad de *Contemporáneos* despertó cierta curiosidad más allá de la lectura de sus obras. No pocos nunca abrieron un libro de ellos y, sin embargo, las vidas de Novo, Villaurrutia o Pellicer, fueron temas de murmuración, al asociar la inteligencia a las formas malditas de la existencia. La obra de Novo no puede separarse del papel del profesor que indicaba cómo escribir una obra o cómo debiera comportarse un actor en cierta escena, también se prolongó a otros aspectos de la vida. Novo

tuvo esa malhadada tendencia de algunos profesores de dirigir la vida de los jóvenes, pero procuró ser un personaje de Wilde por su proclividad de asustar a la gente con sonetos agresivos, lujuriosos, venales algunos de ellos, que acabaron con reputaciones ya deterioradas. *Contemporáneos* está representado en su forma más trivial y cotidiana en personajes como Novo que hizo un periodismo inteligente, imaginativo, en aquella columna en *Últimas Noticias* que tituló *Side Car*, pero la verdadera obra de *Contemporáneos* a más de su revista, está en la prosa de Villaurrutia y en algunos de sus poemas; en *Muerte sin fin*, en los poemas en prosa de Owen, en las memorias de Jaime Torres Bodet, en la crítica de Jorge Cuesta y las sátiras quevedescas de Novo. Cómo olvidar, precisamente hoy, aquello de:

En esta revoltura cuaternaria
—cese, cambio, reajuste, nombramiento,
combate singular por el sustento,
hegemonía revolucionaria—,
redención de la masa proletaria
(¿quieres mi vida, que te cuente un cuento?),
clarín con ya no más bélico acento,
auge de la política hacendaria.

G.C. *Creo que también en la prosa de Novo. Insisto: para mí vale más la obra de Alfonso Reyes o la obra final de impulsor de la cultura de Salvador Novo, que el sentido oficialista del final de su vida; por desgracia, Novo, en su melodramática contestación cuando le preguntan el 3 de octubre de 1968 cuál era la mejor noticia del día, dijo: "Lo que pasó ayer". A partir de entonces se le califica no ya de homosexual sino de oficialista como ahora descalifican a Alfonso Reyes o a Agustín Yáñez, a pesar de que Yáñez es el autor de Al filo del agua y Las vueltas del tiempo, obras perdurables frente a su mediocre obra en Educación Pública. Descalificación que se aplica a Torres Bodet en cuyo entorno hay una leyenda de que él tenía dos biografías, la administrativa y la intelectual. A partir de esa división han negado*

su prosa, su poesía, hasta afirmar que lo único que importa de él es su labor administrativa que muchos reconocen fue excelente a pesar de que también vivió un momento muy dramático de la historia política mexicana: la represión de 1958. ¿Estarás de acuerdo en que esos críticos aparentes no han leído ni a Novo ni a Reyes ni a Yáñez?

G.G.C. Creo que en nuestras conversaciones debemos excluir a los murmuradores. Novo es el cronista del ascenso de la burguesía a ciertas formas europeizantes; la burguesía que se consolida con Ávila Camacho y asciende con Alemán. Fue el momento en que Novo hace un registro cotidiano de las fiestas, las exposiciones, los rumores, los odios. . . para el sociólogo que pretenda esclarecer el comportamiento de la burguesía mexicana y su entramado con los funcionarios, la obra de Novo es inapreciable, inclusive por sus elogios que son verdaderas denuncias de una galería de bribones. Novo desperdició su talento en obras menores que a la postre son un fresco de la vida en la ciudad de México.

G.C. *Que falta le hace a un país tan solemne.*

G.G.C. Sí, sólo que a Novo no lo apreciaron debidamente en su tiempo. Sus lectores estaban pendientes de si los incluía o no en la reseña de un suceso o en el estreno de una obra de teatro, pero, en realidad, desaparecidos los nombres de tanta gentuza queda el retrato de una clase social.

G.C. *Novo llegó a irreverencia, ahora se lo reivindicán algunos estudiosos como Luis Mario Schneider y Miguel Capistrán.*

G.G.C. La proximidad de aquellos escritores con las generaciones nuestras imposibilita su valoración, obra del gusto literario más que del tiempo. Rescato de Villaurrutia la imagen del escritor en una época atormentada, haciendo cosas insólitas para que su tiempo fuera realmente el de su obra, el Villaurrutia de la imagen que trazó Octavio Paz. De los escritores de *Contemporáneos*,

Villaurrutia será el enlace con las generaciones que pretendan estudiar los antecedentes de la literatura de su tiempo respecto de la que se escribió a la mitad del siglo XX.

Novo, que no escribió novelas, creó en sus crónicas personajes singulares por su estupidez y su banalidad.

G.C. Crees que hubo o no un velo alrededor de Cuesta, por su vida extravagante, en la atmósfera incipiente del estalinismo mexicano que aplacaba cualquier crítica al marxismo como acto de traición.

G.G.C. Advierto en tus palabras una cierta exageración. A Cuesta no lo pudieron reconocer porque sus temas estaban más allá de la pereza de los lectores mexicanos. El sino de algunos autores excepcionales es el de tener pocos lectores. Si lees una página de Cuesta sobre Gide en su *Retorno de la URSS*, advertirás que Cuesta llevó su crítica más allá de su tiempo. Lo que acabas de leer de Cuesta habla del comunismo como religión; en 1925, uno de los ensayos de Maynard Keynes ya señalaba que el de Rusia, más que programa económico era programa religioso. Pasaron años, más de sesenta, para que se reconociera la veracidad, la agudeza de la crítica de Keynes, pero no se ha visto que la de Cuesta coincide exactamente con esa visión sin haber estado en la Unión Soviética, sólo por haber observado el comportamiento de los comunistas mexicanos. En Cuesta prevaleció su callismo, su repudio a Cárdenas y al llamado cardenismo, pero también Novo escribió *En defensa de lo usado* que es una apología de lo que destruía Cárdenas. La desaparición del callismo conmovió a esa generación. No conocemos el testimonio de Villaurrutia, sí otro registro de sus preferencias, el cine. Sus crónicas en la revista *Hoy* eran deliciosas, además de bien escritas, por sus visiones en un tiempo en el que la comedia norteamericana dominaba las pantallas del mundo, eso por una parte; por otra, también los textos de Gorostiza. ¿Y qué queda de Gorostiza en su servicio público? Una discreta dignidad.

Él depuró uno de los textos más oportunos del gobierno de López Mateos, como fue el de no romper relaciones con Cuba.

Texto de media cuartilla, escrito como subsecretario encargado del despacho. Las relaciones de los intelectuales con el poder no podemos verlas, únicamente, en el sentido de la corrupción o el de doblegarse ante los poderes públicos. Si esos intelectuales tenían la necesidad de sobrevivir en un medio estrecho como el nuestro, trabajaron en la Secretaría de Educación o en la de Relaciones sin demérito alguno.

G.C. *Además, fueron honestos en su trabajo. Ninguno se enriqueció utilizando el puesto como sucedió con no pocos secretarios.*

G.G.C. Torres Bodet, después de haber sido dos veces secretario y representante en la Unesco no tuvo más riqueza que una casa y su biblioteca.

G.C. *¿Crees que también se empiece a reivindicar su obra o será otro de los dramas de la omisión?*

G.G.C. El conocimiento de las letras —a partir de la sociedad anónima de los lectores— procede de las cátedras de literatura en la preparatoria. Si abandonamos la preparación de los profesores, nuestra literatura va a desaparecer. Si desaparece con cada generación, en el curso de cuatro o cinco generaciones no habrá literatura mexicana o la literatura será la que se escriba de inmediato, sin enlace, sin antecedentes, sin vínculos fundamentales con la historia del país. Si Salvador Novo es hoy autor para especialistas, qué lamentable; si Villaurrutia no será un autor del cual partir para escribir con decoro o para tratar los temas de la pintura o de los escritores de su tiempo, entonces la literatura desaparecerá. Cuando los hijos de Loera y Chávez me llevaron listas de libros de *Cultura* de la primera edición de *Muerte sin fin* se habían vendido 150 ejemplares. Si agregamos que la edición de la universidad había sido de mil ejemplares, el mayor poema mexicano lo habrán leído, por ejemplar, se entiende, 1100 personas en el mejor de los casos. De los 600 ejemplares del *Cantar de los cantares*, traducido por Luis Cabrera, esa editorial tenía

400 ejemplares. Lo que domina en la cultura mexicana es la tradición oral.

G.C. Esto cambió de todos modos frente al grupo de Contemporáneos, porque en todo esto hay una reivindicación. Hay estudios con tirajes de dos mil ejemplares sobre José Gorostiza, cuya obra se ha reeditado. . . Afortunadamente eso revela un pequeño avance, pero, en términos generales, si Contemporáneos es aún grupo de leyenda poco leído o leído por especialistas o profesores, en la sociedad mexicana predomina el analfabetismo funcional y lo que dices, la tradición oral.

G.G.C. Recordarás que hay otras cosas deplorables respecto de algunos miembros de Contemporáneos, por ejemplo, Agustín Lazo. Vimos la reciente y lamentabilísima exposición en Bellas Artes. . .

G.C. La exposición de la ciudad de los cuarenta y los cincuenta. . .

CRÓNICA DEL PODER

G.G.C. En cuanto al poder, Novo hizo tres registros cotidianos, únicos. Sus “Seis rumores espeluznantes” — adjetivo que recuerda los de las hojas de Vanegas Arroyo — es un género de crítica sobre la murmuración política que sustituyó a los antiguos presagios. Es la crónica de un recurso mítico sobre el personaje sucesor; de los atributos, temores y sortilegios para entrever la figura del gobernante futuro. Pasos mágicos propios de un pueblo sometido al poder desde las sombras.

José Emilio Pacheco acertó al ver en *La vida en México* la intención satírica de Quevedo. Es en verdad *La hora de todos*. . .

G.C. *Sobre aquella generación cayeron maldiciones y agravios pero en realidad la obra literaria y la pintura afin a Contemporáneos son excepcionales.*

G.G.C. Gracias a ellos la cultura mexicana redujo la estrechez provinciana de las novelas rurales, de versos deplorables, de la maldición del llamado poeta popular que invadía otros géneros, mundo plano y superficial roto por ellos. Entre la prosa de Novo y los discursos de Luis I. Rodríguez — el inefable L.I.R. — hay obvia diferencia, acaso de un siglo; la disparidad abismal de ese tiempo: lo cotidiano de los discursos políticos, la invención verbal de Novo, la transparencia de la prosa de Villaurrutia y el poema de Gorostiza.

G.C. *En ese sentido Novo inventó lo que luego fue una calamidad: las crónicas sociales, que son cursilería impura. . .*

G.G.C. No exactamente, era entonces, y es, desperdicio social donde figuran nombres y más nombres en lugar de los deliciosos

adjetivos de Novo propinados, por ejemplo, a un género extinto, las cultas damas.

G.C. Excelente obra, que en su tiempo fue acusada simplemente de frívola, pero que Novo intentó perpetuar con inimaginable sentido del humor. La culta dama, de columna social a obra de teatro, o la parodia absolutamente delirante sobre la conquista que es La guerra de las gordas; de todos modos hay una herencia cultural que se rompe efímeramente pero que se continúa con los lectores. Regresando a la teoría platónica de que los pocos salvarán a los muchos, ese grupo difundió nuevas formas de expresión cultural para entender lo que en la época inmediata se denominaría la psicología del mexicano, con críticas del mundo moderno como el existencialismo.

EXISTENCIALISTAS MEXICANOS

G.C. Desde 1948 un grupo de jóvenes filósofos fundan el Hiperión, con Leopoldo Zea como jefe comedido: Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Joaquín Sánchez McGregor, Ricardo Guerra, Salvador Reyes Nevares y Fausto Vega, escritores que empezaron a hablar de México y lo mexicano a la luz de las teorías de Freud, Hegel, Nietzsche y Sartre. El más trágico fue Emilio Uranga, quizá porque se explicaba a México a partir de un proyecto global de filosofía, de historia y de psicoanálisis. Uranga representa a mediados de los cincuenta al intelectual desgarrado en términos de la vida cotidiana. Quiero explicar a Uranga en relación a otros autores, por ejemplo, López Velarde, en *Zozobra*, de la cual dice Emilio que expresa la historia y la psicología del mexicano: se es triste por partida de nacimiento; el mexicano es una pérdida, una penuria, una deuda, una carencia, Samuel Ramos, decía Uranga, tiene razón: el mexicano se menosprecia a sí mismo, posee inseguridad y frustración. Otro de los maestros de ese grupo fue José Gaos, quien padeció una doble muerte: inadaptable como especie sucumbió al embate de fuerzas exteriores, no sólo orgánicas sino culturales, sociales e históricas; conflictivo como individuo, sus tendencias contradictorias lo hicieron quebrarse en vida. Uranga me parece también un caso trágico y desolado. Regresó de Europa, publicó algunas reflexiones que no tenían gran rango e intentó un sistema filosófico; empezó a hacer periodismo político, al principio combativo, en la revista *Política* de Manuel Marcué Pardiñas; después, fue ideólogo de Gustavo Díaz Ordaz. Al final de su vida no logró hacer un solo ensayo como lo pretendiera. Vivió los últimos años entre el alcohol y la desesperación. ¿Es éste el destino de los filósofos mexicanos que no crearon un sistema?

G.G.C. Cada vida es una excepción y con mayor intensidad las que se significan por su inteligencia. A Uranga podría definírsele con un verso de Jorge Cuesta:

la inteligencia lívida que nace
sólo en la carne estéril y marchita.

Uranga fue siempre una inteligencia lívida por su declinación hacia la muerte; su vida, una implacable destrucción de sus facultades. Fue un hombre en estado de ebullición incontrolada; capacitado para filosofar pero incapacitado para crear un sistema.

G.C. *Tampoco pudo hacerlo Ricardo Guerra, ni Luis Villoro que escribió algunos notables ensayos, como La ideología de la Independencia; ni Sánchez McGregor ni Jorge Portilla. . .*

G.G.C. En parte resultado de la orientación de José Gaos. Villaseñor, un sacerdote que acudía a la facultad de Filosofía, publicó un libro titulado *Caos en Mascarones*; agresión innecesaria, porque el intento de Gaos sacudió la modorra filosófica, estrictamente provinciana, que prevalecía entonces. Gaos sembró, en los mejores de sus alumnos, la explicación de la realidad a través de la historia y la filosofía, lo que precede a un singular y esencial libro: *El positivismo en México y Apogeo y decadencia del positivismo* por Leopoldo Zea; el caso, también, de la ideología de la Independencia por Luis Villoro. La historiografía, enriquecida por la filosofía, fue lo singular de la enseñanza de Gaos.

G.C. *Y los que no hicieron la historiografía, páginas literarias.*

G.G.C. Un maestro como Gaos exigía siempre una expresión muy depurada, como discípulo que había sido de Ortega y Gasset en quien el estilo literario va parejo a la lucidez filosófica. En esta señal no pretendo caracterizar a una generación, porque cada uno de ellos son personalidades logradas, me refiero a Uranga, a Villoro, a Portilla y a Ricardo Garibay quienes coincidieron en

el suplemento *México en la cultura*, en la etapa en que lo dirigiera Leopoldo Zea. Zea hizo no pocos de los mejores números de ese suplemento como el dedicado a Descartes, el de Rousseau, en los años cincuenta; números excepcionales del despliegue semanal de los hiperiones.

G.C. *Ese suplemento y la obra del grupo Hiperión, influyeron en la serie México y lo mexicano, que publicaba Claudio Obregón y dirigía Leopoldo Zea; serie de notables ensayos sobre el carácter y la sicología del mexicano; entre otros, el del propio Uranga y el de algunos sicoanalistas que empezaron a reflexionar, como Aniceto Aramoni, que escribió Sicología del mexicano. Esa colección formó parte de una valiosa reflexión histórica, sociológica y sicoanalítica sobre los mexicanos, como contemporáneos de todos los hombres en términos de Octavio Paz. Regresando a Uranga, ¿Crees que lo deformó o lo corrompió su relación con el poder?*

G.G.C. Uranga tuvo relación con el poder en la década de los sesenta, quizá en la última etapa del gobierno de López Mateos pero, con plenitud, en la época contradictoria y finalmente vesánica de Gustavo Díaz Ordaz. En los gobiernos mexicanos debemos establecer, en la relación con los intelectuales, tres aspectos: los amanuenses, los asesores y los consultores en algún problema.

G.C. *Como críticos o como justificadores. . .*

G.G.C. Espectadores, en el sentido orteguiano de la palabra: el que ve, contempla, analiza un escenario concreto de la vida. De éstos podemos ver en Ricardo Garibay un ejemplo. Él no se comprometió con Echeverría durante su gobierno, pero observó cual ninguno los aciertos y desaciertos; las caídas, las rupturas y las corruptelas.

G.C. *Bueno, no sé hasta qué punto no se comprometió Ricardo Garibay, aceptó viajes. . .*

G.G.C. Comprometerse, en el sentido de justificar un gobierno como escritor, no lo hizo

G.C. *Nunca se le ocurrió decir "Echeverría o el fascismo". . .*

G.G.C. Necesidades que no corresponden a ninguna posición intelectual sino al anecdotario común del oportunismo.

G.C. *Garibay tenía la esperanza, porque él lo ha dicho, de que al ser Echeverría presidente — él había sido amigo suyo desde la facultad de Leyes — el intelectual podría modificar situaciones, pero, a poco, se dio cuenta de que el presidente ni siquiera lo oía. A partir de esa experiencia se distancia totalmente del poder, no sin ver que la idea y la tentativa del intelectual cerca del gobierno se derrumba. ¿Esta concepción de Ricardo Garibay deviene en frustración al no influir en Echeverría?*

G.G.C. Ricardo, como novelista, ha sido un observador de la vida; ha recreado en sus novelas algunos de los aspectos que revelan el comportamiento de los mexicanos durante los últimos treinta años; en este sentido, no tiene que ver absolutamente nada con el intelectual que, ante el poder, pretende ser un consejero. Ricardo no tuvo esa intención; fue invitado a los viajes y vio y oyó. Su obra excluye en su estricta factura literaria las concesiones de quien cuida su relación con los poderosos. El suyo ha sido un afán de perfección y de expresar verdades concretas. La moral del escritor y la moralidad que requiere recrear aspectos de la vida. En su serie *Lo que lee el que vive* hizo un trazo de la dualidad de Alfonso Reyes, admiración por el escritor dueño de su oficio, y crítica ante su silencio y temor de romper lanzas cuando había que lancear sin tregua.

Debemos distinguir la relación de los intelectuales con el poder en estos aspectos porque es tan miserable, tan estrecha, tan limitada la vida de los escritores mexicanos, que sus libros, hasta años muy recientes, son parte de una industria editorial; acaso la última empresa personal de publicar libros antes de la industria fuera

la de Porrúa y Obregón, lo que nos lleva al punto de partida: el grupo *Hiperión* y sus relaciones con el poder a partir de Emilio Uranga. Al decirte que era una personalidad caótica incapaz de crear un sistema filosófico, omití que Uranga me dio la impresión de ser, en el sentido unamuniano del término, un protagonista: un ser en agonía. Uranga, constantemente agónico, fue incapaz de crear un sistema que requiere de inteligente voluntad para proponerlo.

G.C. Pero esa agonía, ese desgarramiento de qué le venía, de problemas personales de su adolescencia, de herencia familiar. . .

G.G.C. No podríamos conocer su origen. Tenía un poder de invención verbal que en el extremo de su abuso podría caricaturizarse con aquella frase ya desaparecida: “Que hable el licenciado”; el hombre cuya facultad verbal le daba no sólo notoriedad en la conversación sino el dominio implacable en las tertulias.

G.C. Y que además quienes lo oyen en verdad no lo escuchan; se amodorran con sus palabras.

G.G.C. Oían con esa humildad que los mexicanos tienen ante el que puede hablar con rapidez y de quien parecen fluir las palabras desde un misterioso depósito gramatical, que, generalmente transcrito, no dice absolutamente nada.

G.C. Ricardo Garibay, en los fragmentos publicados de sus memorias, hablaba de su experiencia final con Emilio en un café de Sanborn's, agrediendo, enloquecido, a una mesera con verborrea errática; desafortado, violento. . . Un cuadro de esquizofrenia.

G.G.C. Claramente verborrérica en un medio en que los sinónimos no fluyen, los sustantivos escapan, abundan los adjetivos y los ademanos sustituyen las oraciones; individuos así tienen fulgores de inteligencia pero no son inteligentes, lo que no deja de ser una triste realidad mexicana.

G.C. Otra vez aparece el espléndido diagnóstico que hace Rodolfo Usigli en César Rubio: hombres de gestos más que de acciones; más de simulación que de realización. Decías que el grupo Hiperión no estaba estrictamente ligado al poder pero yo me refiero también no sólo al poder político sino a una obsesión totalizante, como la de Jorge Portilla al querer crear, a partir de Hegel, el sistema filosófico mexicano que lo llevó a discutir la idea del absoluto y la idea de Dios. Lo traté al final de sus agónicos años. Portilla hablaba en su casa de la actitud del mexicano en el relajo que él vivía en forma muy seria a través de su propia destrucción. Cito a Oswaldo Díaz Ruanova en su brillante ensayo, Los existencialistas mexicanos, donde ve a Jorge Portilla como gran escritor, gran ensayista que encarna el relajo que Portilla define en la negación de los valores; el que hace barullo, destruye, carece de ideales y se anuncia siempre en tareas discontinuas. Hay que ver los espectáculos de futbol, el 15 de septiembre, las fiestas cotidianas de la clase media, que he analizado; empiezan como fiesta y acaban en un relajo de agresiones, de violencia, de botellazos y cuchilladas, como en Los hijos de Sánchez para comprobarlo. El relajo es una aproximación al nihilismo que en Jorge Portilla terminó encarnándose a sí mismo. Hay que recordar que él hizo periodismo, que el libro La fenomenología del relajo lo publican algunos de sus amigos después de reunir sus páginas dispersas; entre otros, Luis Villoro y Alejandro Rossi. En el caso de Jorge Portilla ¿cuál es el sentido de su autodestrucción que le impidió convertir su pensamiento en obra; tiene Portilla, en este sentido, semejanza con Emilio Uranga? Presencí en Portilla su despliegue de saber, de citas de Hegel y de los cristianos, despliegue conceptual que al final se lo llevó el viento. Siempre que se anunciaba una conferencia suya, finalmente se suspendía. . . Fue agregado cultural en Egipto y después impartió un seminario en su casa para alumnos de la facultad de Ciencias Políticas y Sociales hacia 1962. El seminario nunca se logró organizar porque él, con frecuencia, enfermaba en su ciclo depresivo. Un día decidió o descubrió que había vivido en las trampas metafísicas de una mentira filosófica y que lo que estaba detrás era el cristianismo.

G.G.C. Debemos precavernos en la revisión de estas vidas sin obra. Si vemos que sus inteligencias no tuvieron fruto alguno caeremos en la cuenta de que fueron caóticas y que una o dos ideas pudieron rescatarse. Ciertamente hay una analogía entre Uranga y Portilla y una diferencia fundamental: Portilla tuvo una preocupación moral a la que debió que su vida fuera torturada por perseguir una fe y una esperanza. En Uranga había una profunda inmoralidad tanto en su vida como en sus juegos verbales, en sus aproximaciones y en sus rechazos del poder; por ejemplo, lo que en él se convierte en proximidad al gobierno, en Portilla fue decoroso empleo. Lo conocí desempeñándose en Petróleos Mexicanos cerca de Antonio J. Bermúdez, como funcionario honrado; en Portilla había una preocupación moral que lo situó muy aparte de Uranga.

G.C. *¿Una ética de responsabilidad?*

G.G.C. Sobre todo tenía orgullo, amor propio que le habría hecho imposible verse como un sinvergüenza. Portilla sabía del riesgo infernal de verse al espejo; nunca incurrió en los actos en que abundó Uranga, no sólo en sus amoríos, en sus desprecios, en la utilización de la gente para fines inmediatos, porque tuvo genuina preocupación religiosa o algo más: preocupación por lo sagrado. Él me dijo, en cierta ocasión, que en un vuelo hacia Suramérica se asomó y al ver la inmensidad del mar, las nubes y el horizonte, sintió la presencia de Dios. . . Todo aquello, que revelaba un orden perfecto, no podía haber sido creado sino por una voluntad sagrada y esa no era otra que Dios. Cuando Jorge llega a esa ciudad bajó de la escalerilla con la certeza de su preocupación religiosa. No obstante su prédica moral, Portilla fue un hombre enmascarado: filósofo de una academia personal y protagonista de su barbarie íntima. Ésta la reveló uno de sus ocho hijos, Jorge Portilla Livingston, en su breve autobiografía *De cuerpo entero*.

Portilla fue despiadado con su hijo, Segundo; desde niño un perseguido que buscó en Dios la imposible respuesta al odio de

su padre, hasta el día de su atroz suicidio. Portilla sólo le inculcó el deseo de la muerte. No sé qué maldición ancestral gravita en familias cuyos padres padecen furia asesina y que, al trasponer el umbral de sus hogares se enmascaran para que nadie los reconozca. Creí que Portilla había sido, aunque en grado tentativo, filósofo, pero era un mexicano que desahogaba odio en sus hijos indefensos.

Llegamos al medio siglo y creo que una obra separa las reflexiones sobre el mexicano y su destino: *El laberinto de la soledad*.

OCTAVIO PAZ EN EL LABERINTO MEXICANO

G.C. *Octavio Paz pertenece a la generación de Taller poético que fundó Rafael Solana en 1936, y en el que participaron Efraín Huerta, Alberto Quintero Álvarez, José Revueltas y José Alvarado. Ahí se reveló el talento excepcional que Paz alcanzaría como poeta, desde Raíz del hombre hasta Árbol adentro. El laberinto de la soledad es un análisis histórico y existencial de México; hoy, un clásico. Paz mostró en ese libro que era también un gran ensayista al explicarse en forma clara y lúcida.*

G.G.C. Sólo perteneció a esa generación en sus inicios; si bien la revista *Barandal* es la referencia, Octavio Paz es por sí mismo una literatura. No es exagerado afirmarlo. Desde *Primer día* —título que va más allá del propósito personal— reveló una voz distinta a las sonoridades de Pellicer o las elusiones de Villaurrutia.

No recuerdo nada semejante a su poema *El polvo*, en homenaje a Unamuno. Neruda era la desmesura. Lo de Paz surgía de una inteligencia distinta, por eso su ensayo fue como un paso natural de su poesía a su prosa. Sin intuición poética, sin emoción mágica, el mundo del mexicano no se habría revelado en su propio laberinto. Lo que ha contado el propio Octavio que ante los pachucos en las calles de Los Angeles se pregunta ¿quién soy? es verdad en cuanto interrogación, pero la respuesta sólo podría darla, en la circunstancia mexicana, un poeta.

El pachuco habrá desaparecido, pero no la respuesta de Paz en el laberinto de nuestra vida.

G.C. *¿Por el mundo mágico que sobrevive; por los antiguos mitos. . .?*

G.G.C. Y por las contradicciones que van de ese mundo soterrado a la Colonia, a las guerras civiles y al salto vertiginoso del dominio de los Estados Unidos, el gran despojador, y a la vez el que ejerce la fascinación del poder. . .

G.C. *Por eso el primer ensayo del Laberinto es una indagación de los pachucos que “no han encontrado —dice Paz— más respuesta a la hostilidad ambiente que la exagerada afirmación de su personalidad”.*

G.G.C. El pachuco fue, externamente, una moda, pero la condición humana que lo llevara a manifestarse con extravagancia no ha desaparecido. Los nietos de los pachucos — hoy varios millones — no se han asimilado a la vida norteamericana. Son, sin saberlo, mexicanos que viven en el filo de dos tiempos. Como en el siglo XVI son *nepantla*; están en medio; en el infierno de la violencia y el futuro.

G.C. *Cuando Octavio Paz residía en Los Angeles, había un millón de personas de origen mexicano. Hoy son cuatro millones más los indocumentados. Él escribió estas frases que parecen actuales: “A primera vista sorprende al viajero. . . la atmósfera vagamente mexicana de la ciudad, imposible de apresar con palabras o conceptos. Esta mexicanidad —gusto por los adornos, descuido y fausto, negligencia, pasión y reserva— flota en el aire. . . Flota, pero no acaba de ser, no acaba de desaparecer”. A pesar de los cuarenta años transcurridos, esa metáfora es aún vigente; ¿no lo crees así?*

G.G.C. Con un agregado. Esa condición inasimilable explicaría parte de su actual violencia. Los disturbios recientes, precisamente en Los Angeles, pueden verse superficialmente como venganza, pero también como el oscuro deseo de enraizarse en el país que los retiene y los segrega. De hecho no están en parte alguna.

G.C. *Esto nos llevaría a las metáforas de Paz en relación al poder. Dice Paz: "La palabra del escritor tiene fuerza porque brota de una situación de no fuerza. No habla desde el Palacio Nacional, la tribuna popular o las oficinas del Comité Central: habla desde su cuarto". ¿Esta figura del escritor como un ser solitario y a la vez solidario por medio de la crítica, es la de un escritor mexicano?*

G.G.C. Como denominador de su quehacer, no. Nuestros escritores no son distintos a la universalidad de ese paradigma. Son unos cuantos aquí y en otras partes porque la crítica resulta de una decisión tomada en soledad, frente al único medio de que dispone un escritor, su hoja en blanco; de ahí que al confrontarse sus juicios con los del partido, el Congreso o el presidente se vea si sus juicios acatan las ideas del poder o sus propias convicciones. Ciertamente no habla a nombre de nadie sino de sí mismo, con sus dudas y sus rechazos.

G.C. *Paz se pregunta: ¿Quién habla en mí cuando hablo? "El poeta y el novelista proyectan esa duda sobre el lenguaje y por eso la creación literaria es simultáneamente crítica del lenguaje y crítica de la misma literatura. La poesía es revelación porque es crítica: abre, descubre, pone a la vista lo escondido —las pasiones ocultas, la vertiente nocturna de las cosas, el reverso de los signos. El político representa a una clase, un partido o una nación; el escritor no representa a nadie". ¿Es al fin un ser solitario?*

G.G.C. El escritor solamente representa lo que es; en nuestra sociedad, casi nada. No en España, donde se advierte el orgullo por quienes preservan el idioma. En México, no. Entre escritores, la envidia; ante la burguesía, la indiferencia; algo, muy poco, para la clase media —el universo de los lectores— y absolutamente nada frente a la mayoría. El poder se ejerce en ese mundo de temor, oportunismo y tinieblas. Ser escritor en nuestro país conlleva la locura que hizo desdichado a quien empezó

esa tarea: el oscuro y desigual Fernández de Lizardi. Desde entonces sólo ha cambiado el dueño del papel, de la imprenta, pero no la relación con la sociedad; ésta ve a los escritores como seres nocivos. La solidaridad es una palabra maligna. ¿Con quiénes? Se difunden ideas que unos cuantos retienen, hacen suyas y olvidan a quién se las deben. Es un plagio ordenado y la única retribución verdadera de un escritor mexicano. ¿Qué fue de Rodolfo Usigli? ¿Qué de José Gorostiza? ¿Qué de Reyes? El mayor triunfo del poder sobre el escritor es, a fin de cuentas, que todos se vuelven inéditos, lo que es propio de un pueblo analfabeto, proclive al chisme y a la calumnia, no a la búsqueda de la verdad.

Ver en Madrid las estatuas de Galdós o de Baroja entre la arboleda del Retiro es reconocer la permanencia de sus obras. No son estatuas, son memoria en piedra. Sus libros son libros de hoy. Lo nuestro es la repulsa, la omisión o el olvido.

G.C. Pero algo se logra; algo logramos. No todo es olvido y aborrecimiento. Hablábamos de las ideas de Paz en El ogro filantrópico, de su visión de la sociedad desde los años setenta y de la relación del escritor con el poder.

*G.G.C. El ogro es suma de las iluminaciones históricas y políticas de Octavio. Libro singular que sólo pudo escribirse en México por el componente de inteligencia de uno solo —en este caso Paz— y la brutalidad de nuestro medio. En la página 13 de su conversación con Claude Fell, él refuta la interpretación de Jacques Lafaye —*Quetzalcóatl y Guadalupe*— sobre la unidad histórica del tiempo precolombino al actual en relación a tres distintas sociedades; encomia la sociedad de los siglos XVII y XVIII como un todo más perfecto y armónico. Es la historia del esplendor mexicano. José Moreno Villa señaló que *lo* mexicano estaba en la arquitectura de esos siglos, lo que revela la expresión de una manera peculiar de ser, exactamente el origen de nuestra nostalgia histórica. Paz compara las tres sociedades en las pirámides, las*

iglesias, los conventos y palacios con la detestable arquitectura —“megalomanía estatal y espíritu de lucro de la burguesía mexicana” — de este tiempo.

Si indagáramos las ideas del poder y ante el poder en cada una de esas etapas sociales, tendríamos una respuesta más apegada a las edades de nuestra expresión ante las mixtificaciones actuales.

Una observación adicional: la invención de los centros históricos en nuestras ciudades fue para preservar la arquitectura de los siglos XVII y XVIII. Así se entenderá lo que perderíamos si desapareciera.

G.C. *En Posdata Octavio Paz hace una crítica al poder autoritario del presidencialismo, utilizando la mitología azteca, y la mezcla de tiempos sociales y políticos, la Colonia, la Independencia, la Revolución de 1910. Por eso lo “acusaron” de metafísico.*

G.G.C. Fue afortunado. A Reyes, por escribir una lección de moral laica lo calificaron de tradicionalista, es decir, de reaccionario.

Paz ha reunido su obra para que sus nuevos lectores vean la unidad intelectual de su ejemplar trabajo; así, el *Laberinto*, ampliado, va con *Posdata* y su conversación con Fell, en la edición de Fondo de Cultura, lo que hace de ese libro un ensayo fundamental sobre nuestro país. En *Posdata*, “Crítica de la pirámide” penetra en las cavernas del poder, en el valor de lo simbólico que nos lleva a la historia oculta de una realidad aún inasible. La plataforma —santuario de la pirámide— es el lugar de los sacrificios rituales que traspasan las edades mexicanas para revelarnos el signo del poder. Esa metáfora la desprendió Octavio del sacrificio del 2 de octubre, innecesario, vesánico, pero coherente con el atavismo azteca, del que sólo podemos escapar mediante la crítica que en palabras de Paz “es el aprendizaje de la imaginación. . . la imaginación curada de fantasía y decidida a afrontar el mundo”. No es otro el medio para ser libres de los ídolos fatídicos.

La pirámide está intacta en la tierra desolada en el tiempo de su pregunta:

¿Sólo está vivo el sapo,
sólo reluce y brilla en la noche de México el sapo verduusco,
sólo el cacique gordo de Cempoala es inmortal?

G.C. *Si lo fuera, sólo quedaría al escritor su voz; su crítica.*

G.G.C. En un texto reciente — *La literatura y el gobierno* —, Paz deslindó la República de las letras de la República del poder. La primera tiene un rey invisible, sin cara y sin nombre o que continuamente la cambia: el *gusto* que no ha sido, en ningún tiempo, verdaderamente libre. Esa república, dice Paz, ha sido asolada en esta época por dos epidemias, la de los doctrinarios y la de los escolásticos; es decir, los ideólogos y las escuelas exclusivas. Contra unos y otros Paz recomienda sonreír. Creo es preferible combatirlos.

La República de las letras reside en lo histórico; se agranda y se vuelve imperceptible y en vista del cerco que la reduce, Paz reconoce que los premios literarios lo rompen. La metáfora de Paz hace comprensible, real, esa República, aunque el cerco de los ideólogos y de los escolásticos no se rompe mediante los premios que siempre otorga de trasmano la República del poder; al contrario, sirven para estrechar el cerco. Cuánto ganaríamos en libertad si el reconocimiento en la República de las letras proviniera de los escritores. Sólo la distinción por una obra, un libro o una página; sin pago alguno. Un premio de la República de las letras. Pero es previsible que sea imposible por los agentes de la otra República.

G.C. *¿Recuerdas que Cosío Villegas apareció como el presidente de la República de las letras?*

G.G.C. Se le endilgó ese título por mala interpretación de un incidente que don Daniel refiere en sus *Memorias*. Al entregar a Antonio Carrillo Flores el primer ejemplar de la *Historia moderna de México* para el Presidente Ruiz Cortines, Carrillo le hizo ver a Cosío que no tenía dedicatoria; entonces, don Daniel

escribió: “Para el primero del último ciudadano de *esta* República”, refiriéndose en el subrayado a la República de Platón.

Ese episodio, al ir de boca en boca, desembocó en la “Presidencia de la República de las letras”, título que fue obra de algunos serviles que también existen en la de las letras.

Se dio a don Daniel, sin saberlo sus seguidores, el mismo título que Manuel Gutiérrez Nájera le otorgara a Ignacio Manuel Altamirano, al despedirlo sus discípulos en la velada, deplorable y cursi, de 1889. Días después Altamirano salió hacia Europa.

La República de las letras no podía sustraerse, a pesar de la entereza de algunos escritores, a los signos de la República del poder. Así como en ésta el presidencialismo rinde ambiciones, en la de las letras sucede cosa parecida. En la del poder hay agentes de oficios varios, serviles de casaca, buscadores de prebendas, exégetas cumplidos; seres que amplían y sostienen lo absoluto del poder. Nada se mueve fuera de la órbita asignada.

En la República de las letras obran las mafias en la disputa por las publicaciones, los halagos, las becas, los premios; son tan solícitos como los de la República del poder. Sciascia reveló la fuerza incontrastable de su dominio: “La realidad tiende a volverse mafiosa”. Los escritores sin grupo y fuera de la nómina viven en otro cerco, el sostenido por el poder en las letras y el poder desde el gobierno. A veces éste poder es más benigno, por indiferencia, respecto del otro, atento a la letra, a la murmuración contra un escritor por su obra.

G.C. *El poder persigue o confina; el de las letras, excluye, ninguna.*

G.G.C. En la República de las letras las exclusiones son cotidianas; el acoso, sostenido. La sentencia es una y sólo distinta en sus grados: no existes, no eres, no sirve lo que haces; eres ninguno. La acción de *ningunear* en sus variantes imprevisibles. Escribe lo que escribas, no eres. Tu existencia está lanzada al vacío urbano de los lectores que nada dicen, y que reservan su lectura en soledad, paralela a la del autor que leen.

¿Cuáles premios en el cerco cotidiano serán posibles? Las mafias, varias, persistentes, abiertas o cerradas, entran en combate por el dominio de la República de las letras, con medios disminuidos de la del poder.

Esta es la desventura de los escritores sin grupo, sin mafia, sin revista, sin editorial, cercados por los dos poderes, cuyos presidentes tienen sus dominios en las publicaciones y en el *gusto*, variable e impredecible.

La realidad de los escritores incluye la de las escritoras, extremadas sus limitaciones por ser mujeres; si serlo en un país latinoamericano como el nuestro representa una desventura histórica semejante a la de los indios o los niños desamparados, las escritoras, como mujeres, enfrentan el asedio y los prejuicios sociales por su condición intelectual. Son obligadas a una lucha en todos los frentes para ser reconocidas y respetadas por sus obras.

Ante el poder ellas sólo aparecen como sombras. No seremos país civilizado si no tienen el mismo papel, pequeño y conflictivo, reservado para nosotros.

La norma de la República de las letras es la envidia; la del poder, la complicidad, por eso el adversario de una y otra es la crítica.

ESTALINISMO EN MÉXICO

G.C. *Sin embargo, existió otro poder político de exclusiones al que ya nos referimos en el caso de Revueltas. ¿Fue el único escritor víctima de la censura partidista?*

G.G.C. En los tres últimos años de la diáspora soviética, ha concluido el estado socialista de Stalin. Pasaron a la historia los partidos comunistas con sus mártires y sus propias persecuciones; víctimas de represiones y victimarios de sus afiliados. El estado más poderoso se desmoronó sin violencia, lo que es un suceso único en la historia moderna.

Las persecuciones del Partido Comunista a sus escritores debieron ser varias. Conocemos la que sufrió Revueltas por *Los errores* y después por *Los días terrenales*, pero él también fue expulsado en la purga de 1943, en la mayor escisión del Partido Comunista, dirigido entonces por Dionisio Encina.

Las veintitrés células del Distrito Federal, que eran más del 80 por ciento de sus afiliados, en un Manifiesto que hicieron público se inconformaron por la política de Encinas. Esto ocurrió en noviembre de ese año; en diciembre, dos miembros del Comité Central, así me lo refirió José Alvarado, expulsaron a los diez escritores y periodistas de la célula "José Carlos Mariátegui"; entre ellos, Revueltas, Efraín Huerta y el propio Alvarado.

El estalinismo no fue estrictamente deformación marxista de Stalin, salvo su sistema, sino consecuencia de la intolerancia que la organización cerrada de todos los conspiradores fomenta. El Partido Comunista Mexicano fue intolerante, penosamente intolerante, porque surgió de un pueblo para el que la política es un dominio mágico, es decir, creyente. Revueltas fue comunista porque creía en la redención de los hombres, lo que supone un espíritu profundamente religioso, de otra manera sus culpas, sus

confesiones, su constante drama entre la duda y la certeza, la lealtad y el desfallecimiento, carecerían de sentido y fueron lo contrario, la raíz misma de su marxismo. El itinerario de Revueltas en ese partido es el de un hombre que confiesa sus errores, se lamenta de haberlos cometido, se desgarró, se desespera y, al fin, culpable, pide perdón para volver a caer. “Revueltas, escribió Octavio Paz en el mejor ensayo que se ha escrito sobre él, vivió el marxismo como cristiano y por eso lo vivió, en el sentido unamuneco, como agonía, duda y negación.” Este sentimiento sustenta sus novelas, *El luto humano* y *Los días terrenales*, sus cuentos de *Dios en la Tierra*, donde se reconoce su “asco religioso, de amor hecho de horror y repulsión hacia México.” Sí, fue un escritor desigual como el pueblo que lo hizo posible.

Revueltas fundaría con Eduardo Lizalde, Jaime Labastida, Enrique González Rojo y otros, la *Liga Espartaco*; pero él y Lizalde serían expulsados, democráticamente, por Labastida y González Rojo. El estalinismo desencadenó nuevas formas de intolerancia: las de satanizar a los amigos.

El estalinismo mexicano, aún no estudiado, tuvo dos vertientes: la sujeción de sus células y la de exigir democracia en los sindicatos. El cinismo que revela esa contradicción es un aspecto del poder frente al poder del Estado. Aquellos escritores, jóvenes entonces, pasaron por una experiencia insólita: ser perseguidos y humillados por ejercer su crítica en el partido de sus esperanzas políticas.

G.C. *¿Esa experiencia la depuraron en sus obras?*

G.G.C. Revueltas, sí; por ello desencadenaron en su contra la furia de los culpables. Él se impuso con el desenfado de su vida y su admirable obra.

Alvarado llevó al periodismo un tono moral entre escéptico y burlón. Culto, en una época de improvisación y rapiña. Creo que él expresó un idealismo apegado a la tradición de los socialistas mexicanos del siglo XIX. La derecha neoleonera no le perdonó su liberalismo y lo combatió a muerte para provocar su renuncia a

la rectoría de la Universidad de ese Estado. Se consideró alumno de Vasconcelos, de Samuel Ramos, de Lombardo Toledano y de la obra de Ortega y Gasset, lo que hizo de él un hombre que la derecha, cerril y obstinada de Monterrey, no podía entender. Alvarado, de no haberlo atrapado por necesidades mil el periodismo, pudo ser un notable ensayista.

En la poesía de Huerta se advierten tres cauces: el inicial de *Absoluto amor* y *Línea del alba*; el de *Poemas de guerra y esperanza*, del año de su expulsión y *Los hombres del alba*, que antecede a sus imprecaciones. Pero estamos en la orilla del prólogo de Rafael Solana a ese libro, el más intenso y desolado, de quien fuera, sin duda, su mejor lector.

Borrador para un testamento, escrito en el 68, es un adagio donde la piedad, el amor y la nostalgia se enlazan con las maldiciones del desesperado y su oración final ante la vida. Efraín es uno de los poetas más puros, en el sentido de origen, de nuestro idioma.

En su poesía no hay huella de que la expulsión de ese partido afectara su ideal socialista. En sus viajes posteriores a la Unión Soviética su admiración permanecía intacta. Pasados tantos años su *Canto a Stalingrado* es una efeméride. Nunca declinó su independencia personal. Una conclusión de lo sucedido en 1943 es inevitable: sólo fuera de ese partido fue posible la moral socialista. En la "llanura de sombras" que es nuestra vida en estos últimos, duros años, su *Avenida Juárez* fue más que protesta, premonición. Ciertamente esa avenida, a pesar del Hemiciclo porfiriano —el mausoleo cívico de la Reforma— no tiene apariencia mexicana, excepto por los árboles enfermos y los globeros en diciembre. Huerta sintió vivamente el deslizamiento del país hacia los Estados Unidos, que el futuro "proyecto Alameda" consumará entre el aplauso de los bribones y los indiferentes.

G.C. *¿En otros partidos ha ocurrido algo semejante. . . expulsiones, acoso por la libertad de crítica?*

G.G.C. No es el sistema de coacción como en el antiguo Partido Comunista, pero sí existe un propósito persecutorio, derivado de

las prácticas comunistas, al que podríamos llamar estalinismo cultural. En la década final de los años cincuenta, poco después de la toma del poder por Fidel Castro, se difundió una forma de juicio sumario contra los que trabajaban en el gobierno o, en el colmo, pertenecían al PRI.

Han pasado más de treinta años y ese juicio, con su respectiva sentencia persiste, porque se ha fundido a la política de exclusiones de las mafias literarias. Esto ha sido adverso para el desarrollo cultural. Un régimen secreto, manipulado, difunde la sentencia de exclusión entre revisteros, comentaristas de libros, aspirantes a escritores, el indefinido universo que merodea en cafés, asiste a las presentaciones de autores y sus libros, divaga, corre rumores, pende de colaboraciones fugaces y vive al borde del lumpen; estos infelices son la voz de la exclusión que sin partido, sin credo y sin oficio se consideran izquierda por oponerse a todo sistema, a todo trabajo intelectual. Así como exaltaban a Octavio Paz en el 68, al punto de que esperaron que a su regreso de Europa fundara un partido, pasaron del comunismo emocional al PRD; masa que en los estrictos términos de Ortega exalta a un escritor para después degradarlo sin jamás haber leído sus libros.

Jaime Sabines, por ejemplo, ha sido sujeto de rumores insultantes por su filiación al PRI. No le reconocen su recia libertad personal, sustento de su poesía. *Tlatelolco 68* sólo pudo escribirlo un espíritu forjado en la idea de lo justo. *Diario oficial* es una breve imprecación de amor por su país. Ningún poeta, con las emociones cotidianas, los recuerdos familiares, el ánimo en vilo o en reposo, ha logrado una poesía tan intensa como Sabines.

La difamación es arma de combate de la envidia, que lo mismo iguala en el elogio que degrada por negación. Unamuno, en la lectura de *Pueblo enfermo* de Alcides Arguedas, advirtió el parentesco de la envidia española —roña de los conventos— con la de nuestros pueblos; su origen es el mismo, la ociosidad espiritual de las mentes lisas.

Andrés Henestrosa ha sido diputado y senador por el PRI y, sin embargo, ha pasado frente a los airados censores como protegido por la rodela mágica de sus antepasados. El suyo es un caso como el del patriotismo de Altamirano, por medio del idioma la nación.

LA NOVELA DEL PODER

G.C. *Otros escritores —¿cuántos?— han padecido esa mordedura, cotidiana o a saltos, al publicar sus obras. Sería imposible enlistarlos. ¿Cuál sería un caso extremo?*

G.G.C. Como dices, sería imposible, pero recuerdo uno, que por la amplitud de su obra, la crítica soslayó su importancia a pesar de la insólita respuesta de los lectores; en verdad, una sociedad anónima. Ese escritor es Luis Spota, autor de la única saga sobre el poder en nuestro país. Sólo por este reto, aceptado en seis volúmenes con el título general, muy mexicano por cierto, de *La costumbre del poder*, debía reconocérsele.

Elda Peralta, en *Sustancias de la tierra*, ha contado cómo la escribió Spota a partir de *Retrato hablado*, con el trasfondo de un cuento siciliano que le refiriera su padre, y del que Luis hiciera una obra de teatro, *De cuerpo presente*. Esa notable serie, única sobre el poder después de la Revolución es la crónica, en el sentido balsaciano, del presidencialismo.

Spota conoció el poder. No es cosa de citar la frase de Martí, pero en verdad lo vivió en sus asombrosas tramas; fue un escritor moderno al emplear dos recursos: la visión inmediata del periodista y el lento proceso de recrear la realidad con imaginación. No le perdonaron su capacidad de trabajo, su lucha abierta como escritor.

El padre Garibay, don Ángel María, me dijo una vez que Spota había escrito la historia viva de nuestro tiempo; sólo que él lamentaba no recomendar sus novelas por sus escenas "escabrosas". Viniendo del padre Garibay un elogio singular.

En *El primer día*, Spota novela un tema de la imaginación sexenal: las primeras soledades de un expresidente de la República. Novela del derrumbe del poder con la única ventaja de nuestra

democracia tentativa: poder absoluto durante seis años. El ciclo de Spota terminó en una obra póstuma: *Días de poder*, en el que la pregunta final al Presidente, sobre quién le sucederá, da una respuesta que envuelve al poder en su áurea mágica: “¿Cómo saberlo. . . cómo saberlo?” cuando es, precisamente, lo que sabe y guarda como secreto fundamental del poder.

Si el poder tiene su saga, en la vida y la obra de Jesús Reyes Heróles fue el tema de su pasión intelectual.

G.C. *Su obra figura en uno de tus ensayos, si mal no recuerdo lo incluiste en el tercer tomo de Idea de México, donde tratas el tema del intelectual y el político. ¿Fue oposición o complemento en Reyes Heróles?*

G.G.C. Él persiguió durante su vida que ese dilema fuera unidad entre la idea y la acción política conforme al ejemplo de los liberales de la Reforma. Su *Liberalismo Mexicano*, una de las mayores obras históricas de este siglo, la inició en el centenario de la Revolución de Ayutla, como respuesta a su afán de lograr la síntesis de esos contrarios: el intelectual y el político. Su obra puede verse también como una respuesta muy íntima.

G.C. *¿Por qué?*

G.G.C. Los reformadores pertenecieron al ascenso revolucionario contra el colonialismo y la dictadura del Partido Conservador con Santa Anna; Reyes Heróles a la época de la contrarrevolución, no de los conservadores de hoy sino de quienes han admitido la simulación revolucionaria. En su obra no aparece esta certeza, pero sí consta en su vida, de otra manera no tendrían explicación alguna sus tentativas por corregir el rumbo político de las instituciones que tuvo a su cargo.

Él indagó lo que habían aportado al país los reformadores; registró sus dudas y oposiciones hasta revelar —uno de sus hallazgos— el sesgo reformador al liberalismo clásico, el social, dejando, por

el trazo histórico de su trabajo, el drama de las pasiones políticas de aquellos intelectuales durante las reelecciones de Juárez y los primeros golpes militares de Díaz. Bajo la dictadura de éste naufraga el liberalismo aún el de los moderados. Este episodio habría situado a Reyes Heróles ante su propio tiempo para ver la imposibilidad de unir, en un periodo contrarrevolucionario, al intelectual con el político en el poder.

G.C. Es decir, el intelectual, en tiempos contrarios a los fines de una revolución, situado en la frontera de la acción política o en los límites del poder.

G.G.C. Exactamente, lo segundo; porque la primera puede ser derivación moral de su crítica del poder.

Reyes Heróles procuró enderezar la política hacia los fines de la Revolución en el Seguro Social, en Pemex, en el PRI. . .

G.C. ¿Aún en aquello de la evolución en la Revolución?

G.G.C. Es posible, aunque quizá fue un subterfugio para corregir la política de la contrarrevolución. En todos los casos no pudo lograrlo. Ahora, los panegiristas recitan frases suyas, mal hojean sus obras y omiten que el poder, el poder histórico, lo apartó del PRI después de haber alcanzado su reforma estatutaria la cual, de haberse cumplido, otro papel habría representado ese partido. El Presidente Echeverría separó a Reyes Heróles del PRI porque las reformas recortaban el presidencialismo y abrían paso a su democracia interna.

Ese partido jamás ha intentado revisar las reformas de Reyes Heróles ni las anteriores, menos estrictas, de Carlos Madrazo frente a Díaz Ordaz. La tentativa de Reyes Heróles reflejó lo que él deseaba de la democracia mexicana en el presidencialismo que, de hecho, la impide. Esta fue, aproximadamente, la duda de Reyes Heróles, el drama interior entre su condición intelectual y el poder que no admitió y que por lo visto nunca admitirá, corregir el rumbo del país para cumplir los fines de la Revolución.



Ramón María del Valle-Inclán



Vicente Lombardo Toledano y Alfonso Reyes



José Vasconcelos



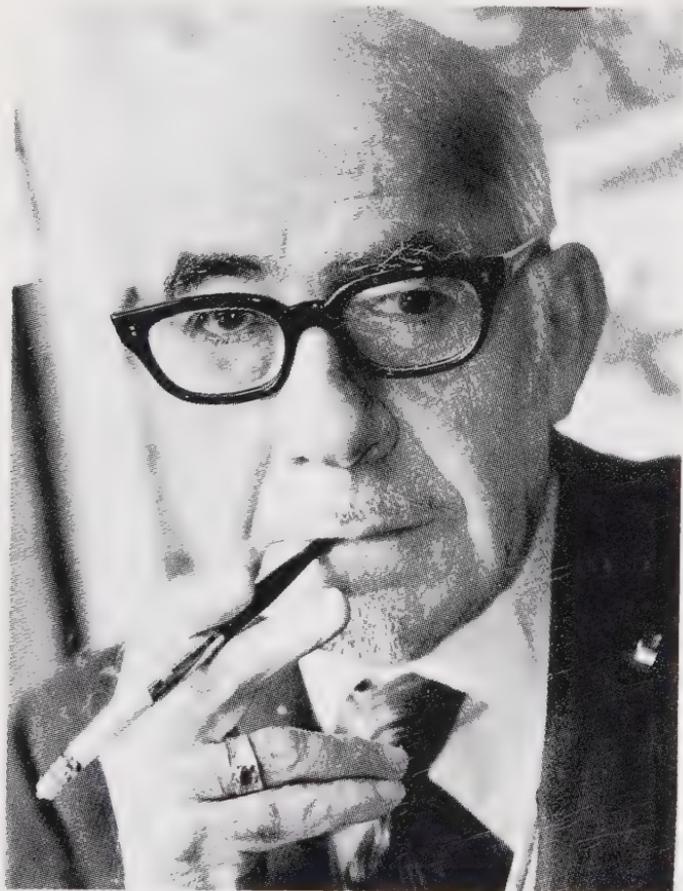
Daniel Cosío Villegas



Salvador Novo



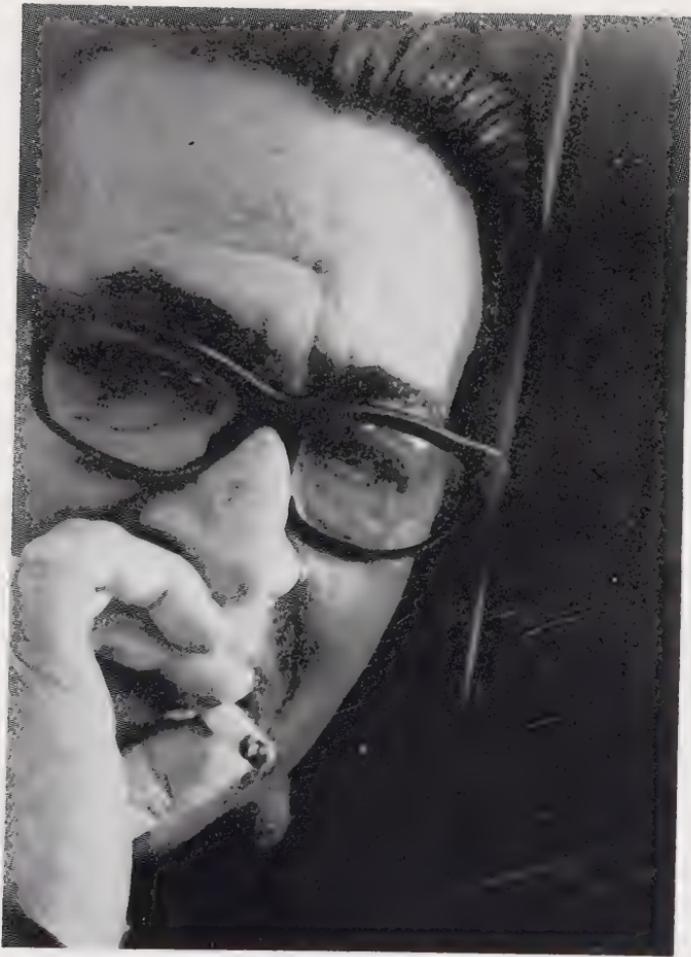
Octavio Paz



Rodolfo Usigli



Jesús Reyes Heróles



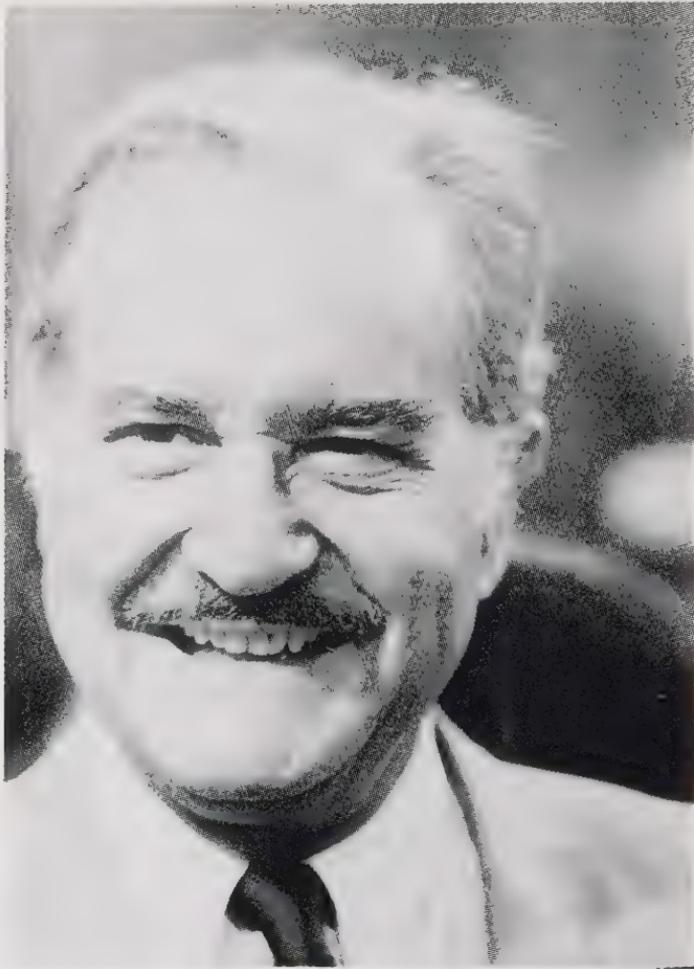
Efraín Huerta



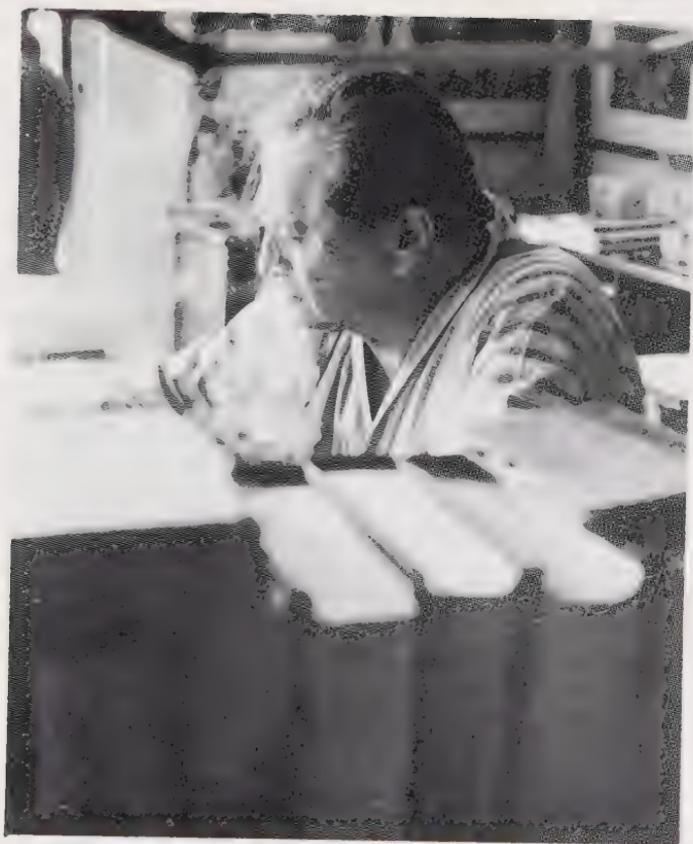
José Revueltas



María Luisa Mendoza



Carlos Fuentes



Ricardo Garibay



Luis Spota



Pablo González Casanova



Martha Robles

En Reyes Heroles el poder tuvo una presencia dramática. Lamenté siempre que el historiador desapareciera en el político. Creo no equivocarme dada la intensidad de su obra y los resultados efímeros de su labor en el poder.

Reyes Heroles fue, sin duda, el último intelectual que tuviera una esperanza sostenida en la obra de la Revolución Mexicana. Históricamente su labor continuó la de Luis Cabrera y la de Vicente Lombardo Toledano, antecesores suyos en cuanto a elaborar la teoría explicativa de los fines de aquel movimiento. Cabrera es el expositor de la Revolución hasta 1920 al publicar su notable libro sobre la herencia de Carranza, en pleno obregonato. Un año después, en el Congreso Agrario en Ixtapalapa, Lombardo Toledano propone modificar la restitución de las tierras con el reparto de ellas donde fuera necesario, lo que diera a Cárdenas el principio para ir más allá de la norma constitucional y la demanda de Zapata, sólo devolverlas a los pueblos despojados de ellas. Después, Lombardo haría una severa crítica a la labor de Miguel Alemán —de cómo ofreció Alemán el país al capital exterior—. Cabrera y Lombardo enfrentaron, en dos tiempos diferentes, lo que juzgaron obras contrarrevolucionarias. Frente a esos antecedentes Jesús Reyes Heroles emprendió una desigual labor: corregir las desviaciones sociales, jurídicas, económicas y políticas dentro del Estado, como obra inaplazable de la Revolución. Su obra como historiador fue distinta a la de su política y singular su empeño por reintegrar a la Revolución sus fines deformados o aplazados por los gobiernos. Cabrera, Lombardo y Reyes Heroles representan tres admirables fracasos por impedir que la contrarrevolución dominara al país.

CARLOS FUENTES: EL PODER COMO PETRIFICACIÓN

G.C. *La obra novelística de Carlos Fuentes, no ha dejado de recrear la historia, la mitología, las contradicciones, la simulación y el poder en la sociedad mexicana. Por ejemplo, Zona sagrada es la narración sobre la devoradora, la mujer de todos, Doña diablo, La bella Otero, la bandida, la escondida, la cucaracha, la generala, que es Claudia Nervo, que son los diferentes rostros de una sola personalidad: María Félix. Es el triunfo de la mujer que seduce y abandona y que rompe con la tradición de esclava frente al macho. Las mujeres soñaban con ser como ella, por lo menos dos horas frente a las pantallas de los cines. Sus viajes, sus maletas, sus pinturas, su ropa, sus joyas, sus casas, sus muebles, sus maridos, sus amantes, los exhibía sin el recato del medio tono mexicano. Un escándalo permanente. Carlos Fuentes recrea, a través de Claudia Nervo, esa mujer que se ha hecho a sí misma a partir del cine, que transforma y petrifica con su belleza y su dinero, a tal grado, que cosifica a su propio hijo, Mito (Guillermito). Es el poder como corrupción sentimental y social.*

También la narración del poder político y su expresión irracional y autoritaria, desde La muerte de Artemio Cruz hasta Cristóbal Nonato. Donde aparece la teoría del origen del poder en México. Este poder, ha dicho Fuentes, no es celestial. El PRI es aceptado como la fuente de toda investidura porque mítica-mente simboliza la continuidad de la revolución, la integridad de la nación y el panteón de los héroes de la historia. Es el poder transformado en carnaval, y tuvo su origen en la revolución traicionada. Se expresa en Artemio Cruz que de ser revolucionario se convierte en un burgués. Aparece toda la crítica del poder como simulación que habla de la revolución, pero ésta ha muerto y solo es retórica, esto se ve de manera más excepcional en

Cristóbal Nonato, la novela más irónica y paródica de Fuentes sobre la política mexicana, que escribió para exorcisar los demonios de la corrupción. Cristóbal Nonato abunda en anécdotas y mezcla lenguajes, juegos verbales desmesurados y barrocos. Cristóbal Nonato es, entre otras historias, la de una pareja que vive en medio de un país destruido por los partidos de izquierda, de derecha, que ha triunfado, y un oficial que se confunde con los dos extremos. Cristóbal Nonato es concebido para nacer el 12 de octubre de 1992, y así conmemorar quinientos años del descubrimiento de América. Cristóbal Nonato como Tristram Shandy (Carlos Fuentes nunca niega sus referencias literarias) habla con sus primogénitos, con sus lectores y oidores, recuerda y vive toda la historia de su país. Tendrá memoria social y nacerá para cambiar ese desorden y corrupción. Pero cuando nace pierde la memoria, vuelve a empezar de nuevo. Uno de los personajes, dice: "País del vertical imperio azteca seguido por la vertical república centralizada y piramidal. Yo no concibo la existencia sin el PRI, estoy orientado, sintonizado, enchufado con el partido, al PRI le debo mi idioma, mis pensamientos, mis ideales, mis combinaciones, mis trácalas, mis oportunidades. Toda mi existencia, hasta mis fibrillas más íntimas, te lo juro, deriva del PRI y su sistema, puedo ser católico porque creo en las jerarquías y dulces dogmas de mi iglesia política; pero puedo ser revolucionario porque creo en sus lemas y legitimaciones más arcaicos; puedo ser conservador porque sin el PRI vamos al comunismo, puedo ser liberal porque sin el PRI vamos al fachismo y puedo ser millonario católico y revolucionario progresista y reaccionario al mismo tiempo y por los mismos motivos: el PRI me autoriza todo, sin el PRI no sé qué decir, qué pensar, cómo actuar, date cuenta. cuando yo nací, el partido tenía tres años de edad; ¡es mi hermano!; crecimos juntos; ¡No conozco otra cosa! ¡Sin el PRI sería un huérfano de la historia! ¿A esto me pides renunciar? ¡Misericordia! ¡Sin el PRI no soy! ¡El PRI es mi cuna, mi techo, mi sopa, mi lengua, mi cama y mi tumba! ¡El PRI, sépanlo todos, es mi intuición misma, la nariz con la que huelo, el paladar con el que gusto, el tímpano de mi oreja y la niña de mis ojos!"

Una vez más tenemos que concluir que los escritores mexicanos hacen excelentes descripciones de ese poder que quiere transformarse en poder democrático, pero que todavía no lo logra.

G.G.C. Carlos Fuentes, en 1957 fue el crítico de *Casi el paraíso*, que Spota publicara un año antes. Con el seudónimo de Pertinax Lector, Fuentes señaló defectos de sintaxis, empleo erróneo de palabras, equivocaciones geográficas, suposiciones de los hábitos de la burguesía o de las turistas norteamericanas en Europa, así como incoherencia en la creación del protagonista Ugo Conti. Para Fuentes es una *novela-tabloide*, obra de un autor en quien podía fundarse alguna esperanza. Un año después de esa nota en *La Gaceta* del Fondo de Cultura, Fuentes publicó *La región más transparente*.

Nada se sabía de esa crítica suya hasta la edición de la bibliografía de Carlos en *Anthropos* al recibir el premio Cervantes en 1987. Si comparamos el destino de *Casi el paraíso* con *La región más transparente*, en cuanto novelas de época —la del ascenso de la burguesía durante el gobierno de Alemán— podríamos advertir, entre uno y otro escritores sus obvias diferencias respecto de sus visiones de la realidad mexicana, sin embargo, los defectos de Spota, en la crítica de Fuentes, tienen parentesco con los de su *Región*. Ixca Cienfuegos desciende del Axcaná González de Martín Luis Guzmán sin la excusa trágica de escapar a la única mano asesina del caudillo. Entre Ixca y Axcaná, éste ha sido el protagonista del drama político mexicano; Ixca pertenece a un tiempo de desesperanza.

G.C. *Antes de tratar otros episodios, deseo agregar que una escritora, María Luisa Mendoza, la querida "China" Mendoza, es excluida por haber sido diputada por el PRI. Su brillante obra novelesca, Con él, conmigo, con nosotros tres, De Ausencia y El perro de la escribana, más su incansable labor periodística, son singulares por su invención verbal y honradez literaria. A más de su desventaja por ser escritora han agregado la de su militancia lo que constituye una forma de persecución política.*

LOS DE MEDIO SIGLO

G.C. El intelectual moderno mexicano empieza a configurarse a través de las instituciones alrededor de los cincuenta, cuando la Universidad lo recoge. A partir de ahí surgen grupos y nuevas generaciones educadas por la Universidad Nacional Autónoma de México, por ejemplo: los grupos del poder contemporáneo tanto político como intelectual y particularmente, quiero que reflexionemos sobre el que surge en la Facultad de Leyes el año de 1951, con una revista escolar que promueve Mario de la Cueva, Medio Siglo. Quiero hablar de este grupo que funda esa revista, importante porque de allí se desprenden muchos de los temas y de los conflictos que vivimos hoy en relación con los intelectuales y el poder. El grupo de Medio Siglo que prácticamente empieza en 1951 dura hasta 1957.

G.G.C. No sin antes hacer algunas ampliaciones de ciertos temas, hablas de la relación del maestro con los alumnos; he criticado al gesticulador académico y señalado el peligro de actuar lo que no se es. Me parece que tanto en el aula como en la vida es un signo muy peligroso porque ha fomentado la simulación del conocimiento en algunos casos y, en otros, la apariencia intelectual: la manera de decir las cosas para que el énfasis y la modulación encubran las trivialidades. Manuel García Morente fue un maestro que rehuyó la actuación del conocimiento; fue, lo que podrían decir algunos alumnos, un maestro plano, con el fervor cargado en las ideas a las que daba un sentido ético; es decir, la diferencia de lo que Aranguren señalara en *El hombre de la tertulia*, entre quien la domina y quien solamente pretende comunicar lo que sabe. Creo que en nuestro país ha faltado esa condición de maestro. Los más celebrados han sido declamadores, lo que es inadmisable, lo digo, acaso, por mi repugnancia a los merolicos.

Don Mario de la Cueva fue un maestro ejemplar. En nuestro medio pocos intelectuales han cumplido con rigor su vocación de críticos y de estudiosos; generalmente han tenido que sobrevivir impartiendo clases, pero podemos hacer un deslinde entre el expositor sencillo de lo que sabe y el gesticulador, bien visto por ti en el ejemplo de César Rubio. Nos hemos referido en estas conversaciones a Rodolfo Usigli y creo que él es por sí mismo un tema importantísimo en la relación del intelectual con el poder; no sólo fue el primer y casi único dramaturgo mexicano que recreó personajes con la vida de la clase media, del medio tono, del medio pelo, como él veía a la burguesía misma. Su teatro — fuera de las obras históricas — es un vasto escenario de la mentira mexicana. Tú has aplicado el método sociológico para entender a esa clase, la has descrito, recreado y visto por vez primera sus fantasías lo cual es un tesoro inagotable para entender la sicología de los mexicanos. Usigli lo hizo como dramaturgo porque vio su tragedia. Él fue el primer gran autor trágico. *El gesticulador* es la tragedia de la conciencia mexicana: entre la verdad y la mentira, se simula la verdad para que pueda ser creíble.

G.C. *Y se convierta la mentira en verdad.*

G.G.C. ¿Cuál es el camino por el que la verdad se convierte en mentira y una vez disfrazada la mentira es aceptada? César Rubio crítico de la situación, hombre postergado, perseguido, humillado. . .

G.C. *Acusado inclusive por su familia.*

G.G.C. Cuando se enmascara, asume una identidad que no es la suya para ser creído y lo que es más significativo, respetado; en cuanto es el General César Rubio, la hija encuentra su destino en la gloria del padre; la esposa, temerosa de que sea una caída hacia el infierno, es el personaje de la duda, pero no asume la responsabilidad de advertirle a César Rubio hasta dónde puede llegar con su mentira; el hijo lo increpa, después de despreciarlo;

lo enfrenta, pero con una característica muy nuestra: no es exactamente odio al padre sino envidia del padre.

G.C. *En una puesta de Rafael López Miarnau lo que dices se ve muy bien, porque generalmente cuando ponen El gesticulador, descuidan el personaje del hijo, que primero le reclama su mediocridad y después lo envidia.*

G.G.C. La tristeza del bien ajeno, pero hay algo que podemos también asociar a esa tragedia: la envidia es muy española en el sentido que los españoles han expresado en su literatura los diferentes matices, vías y espectros de la envidia, como en el poema de Machado en las Tierras de Alvar González; pero la envidia española va cargada de violencia; la envidia mexicana, de turbación y de melancolía; es envidia de otro género, quizá matizada por nuestra herencia indígena expresada en español. La envidia mexicana se manifiesta en tono menor, en el adjetivo artero, en el chiste inoportuno, en la maledicencia y en esa atroz invención del ninguno; es decir, tanto te aprecio, tanto te admiro que tú ya no eres el otro, sino el no-eres; eres ninguno, eres nadie, lo que expresado en el verbo *ningunear* consagra la facultad de hacer del otro a ninguno, ni siquiera a don nadie, porque don nadie es cuando alguien es algo tan inesperado que no tiene ascendencia ni mérito; es don nadie, pero es don. Nosotros hemos llegado en esas invenciones verbales a delatar aspectos monstruosos de nuestra conciencia. La envidia del mexicano está extraordinariamente reflejada en los parlamentos domésticos de *El gesticulador*.

La relación de Usigli con el poder fue intelectual: observó a los gobernantes en la contrarrevolución, la obra de Obregón y Calles frente a la ruptura de Cárdenas. Su recreación pertenece a la impostura política padecida por César Rubio al no ser verdad en la vida mexicana. El drama familiar es secundario al destino del profesor pobre y oscuro. Asume una personalidad ajena que él conocía cual ninguno; éste es también el drama personal, pero al afrontar las consecuencias de aparentar lo que no era, descubrió el poder de la mentira en nuestro país.

G.C. *Volvamos a Medio Siglo.* Arturo González Cosío dijo que fue un órgano de difusión de los estudiantes en el que también participaron profesores. Fue una revista de denuncia y de crítica política donde se iniciaron escritores como Carlos Fuentes, Salvador Elizondo, Marco Antonio Montes de Oca, Rafael Ruiz Harrel, Sergio Pitol, Víctor Flores Olea. . . Medio Siglo tuvo dos etapas; la primera de 1951 a 1955 y la segunda de 1955 a 1957 donde publican Pedro Vázquez Colmenares, Martín Reyes Vayssade y Carlos Monsivais, luego se configura como la generación Medio Siglo alrededor de maestros muy brillantes como Mario de la Cueva, el "Chato" Noriega, Manuel Pedroso y José Campillo Sainz; este grupo, además, va a dar origen a vocaciones y descubrimientos intelectuales, de ahí va a nacer, o paralelamente nace, un grupo de poetas que tienen como punto de partida a Góngora; la perfección en la metáfora; son también lectores y admiradores de los poetas de Contemporáneos; este grupo está formado, principalmente, por Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, Arturo González Cosío y Enrique González Rojo, algunos de ellos críticos de la sociedad a través del marxismo; otros se integraron al sector público como González Cosío. De ese grupo, regresando de Europa en 1959, aparece El Espectador, revista de crítica política en 1959, de otro grupo de profesores y escritores que se turnaban para dirigir la que fuera una revista de crítica política, crítica a la traición a la Revolución mexicana y a la izquierda; lo componían Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Enrique González Pedrero, Francisco López Cámara, Luis Villoro y Víctor Flores Olea. Ese grupo funda en 1960 la revista Política hasta 1964, significada por su crítica del poder. A partir del '64 renuncian a escribir en Política y aparece un nuevo fenómeno que explica en forma muy amplia Roderic Camp. Él dice que los intelectuales mexicanos han fluctuado entre la participación en el gobierno y la permanencia fuera del gobierno; cuando están afuera aumenta su papel como críticos sociales; cuando son miembros del gobierno, guardan silencio. ¿Qué opinas de esta tesis de que el intelectual debe estar fuera del gobierno para poder ejercer su papel crítico?

G.G.C. La observación de Camp es muy simple, no sencilla sino trivial. En países como los nuestros, donde no ha existido propiamente una carrera política hecha en postulaciones para la representación popular, donde todavía es posible trazar la imagen social conforme al laberinto de Facundo, donde la capilaridad social hace que el lumpen de ayer sea el trabajador de hoy, donde el trabajador de antier el clasemediero arribado a la burocracia, donde el burócrata se transforma en comerciante o donde las clases, por la falta de educación estricta, se confunden las unas con las otras —excepto la alta burguesía— es claro que la política refleje la confusión de las clases. La política no es profesión sino improvisación continua.

G.C. La tesis que se ha manejado es que casi toda la clase política pertenece o tiene como origen la Universidad Nacional Autónoma de México, el Colegio de México y muy recientemente instituciones privadas como el ITAM.

G.G.C. Es muy relativo: en realidad, la necesidad política es de personas cuya representación esté asociada a sus conocimientos en leyes; su redacción, así fuera elemental, más o menos correcta y capacidad discursiva. Antes se reclutaba en los concursos de oratoria de *El Universal* a los futuros diputados, ahora se hace en las asambleas de las universidades o en los diversos sectores del PRI. La decadencia es inequívoca; se requiere de habilidad para las transacciones. El poder, cada sexenio, engancha a jóvenes adiestrados en el Sector Juvenil de ese partido para tareas secundarias. Los egresados de las escuelas privadas forman la élite de la derecha, enemiga del Estado.

LOS ESPECTADORES

G.C. Los intelectuales se educaron en la Universidad, pero digamos, para regresar a mi pregunta inicial, El Espectador forma un grupo de intelectuales alrededor de la idea de crítica a la traición a la Revolución, muchos de ellos continúan en el sector público en puestos directivos, pero al final, no salen bien librados. Enrique González Pedrero, por ejemplo, fue un brillante, distinguido director de la Facultad; luego, fundó el Instituto de Cuadros Políticos con Arturo González Cosío; dirigió el canal 13 de televisión en forma muy discreta y bien intencionada; senador y gobernador de Tabasco, hizo una obra política y cultural importante, renunció a la embajada en España. De su experiencia como gobernador publicó un libro muy sugestivo La política de carne y hueso. De ese grupo es el que más coherencia tuvo en su actividad política y administrativa. Francisco López Cámara, después de ocupar un puesto de administración en la antigua CNOP, fue delegado en el Distrito Federal, luego se perdió en embajadas y hoy reside en Cuernavaca. Sus dos libros significativos fueron La economía y la sociedad en la época de la Reforma y Los orígenes del liberalismo mexicano. Víctor Flores Olea, también importante director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de 1970 a 1975, su carrera de profesor y ensayista terminó entonces. Fue embajador y tuvo una actividad bastante gris. Pasó a otros puestos administrativos y cambió de género, derivó a la fotografía y cuando fue nombrado presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, lanzó sus obras como un adolescente tratando de simular —otra vez el gesticulador— que era autor de cuentos.

G.G.C. De todas las aficiones, las que se descubren tardíamente pertenecen a un género estrictamente privado. Al hacerlas públicas se confiesa un arrepentimiento por lo que no se hizo. Un

antiguo precepto de San Ambrosio es aplicable a esas vidas: Acostúmbrate a ser una única persona. Lo importante en la relación de los escritores con el poder está en los límites de su libertad; externa a veces y en otras deplorable por su temor o su codicia. Un intelectual es crítico de su circunstancia lo cual no quiere decir que lo sea sólo ante el poder. Los hombres del gobierno son parte de la circunstancia, no toda ella. El horizonte vital es más vasto y complejo. En este sentido, el poder es ejercido, en cuanto coerción, por ellos, pero la sociedad, constituida por clases y de entre ellas la burguesía, son también partes constitutivas del poder. Un crítico está ante ese poder sin más fuerza que la de sus convicciones, su papel y su pluma, vías de su libertad. La ruptura mediante la crítica significa su aislamiento de la sociedad. Un hombre que piensa es siempre un heterodoxo, y por tanto un ser sospechoso. Su aislamiento ocurre porque la inteligencia se asocia a un poder personal indoblegable.

En situaciones de paz social como la de México, la exclusión de los intelectuales — también incluyo a la ingenua curiosidad por sus vidas— no pasa del pequeño espacio del chisme; pero esa exclusión, al desbordarse las pasiones políticas pasa a veces del repudio al crimen. El asesinato de García Lorca, como ejemplo simbólico, tuvo ese origen. Al encontrarse el *Expediente de responsabilidades políticas* seguido contra él, se descubrió la trama de la persecución previa, hecha de infundios, de rencor, de menosprecio: un cura de Granada dijo que no lo contaba entre sus feligreses, luego era hereje; el alcalde, que no era vecino; la Dirección de Seguridad, que era comunista; Falange lo juzgaba izquierdista, laico y de vida dudosa; un “amigo”, de adicto al Frente Popular; otro más, de afiliado a los “Amigos de Rusia”; el círculo íntimo de Franco, de homosexual; todos a una que era aliado del demonio al haber escrito *La casa de Bernarda Alba*. Estaba sentenciado a muerte antes de la guerra civil. El escritor, sea cual fuere, pasa del exilio interior al terreno de la sospecha donde se fraguan las persecuciones.

G.C. *El mismo intelectual por desgracia a veces también se ve a sí mismo de esa manera porque son rastros del pasado romántico que se permitía cualquier audacia moral.*

G.G.C. Los intelectuales en todos los tiempos y países incurren, al menos la mayoría, en el afán de notoriedad, en el culto a “la perra diosa”, que decía D.H. Lawrence.

G.C. *Volvamos al ejemplo de El Espectador.*

G.G.C. En esa revista se manifestaron vocaciones que no podemos confundir; podría decirse que por sus antecedentes académicos, por los artículos iniciales que constan en los pocos números del *Espectador*, y posteriormente en la revista de Manuel Marcué Parodiñas, *Política*, eran intelectuales por su crítica, si bien sólo del poder público. No recuerdo que ninguno de ellos hubiera escrito ensayos sobre la burguesía mexicana y sí de los trabajadores para exaltarlos como la “clase revolucionaria”.

G.C. *Bueno, sí. Recuerda que los primeros ensayos de Enrique González Pedrero y de Francisco López Cámara tocan esos temas.*

G.G.C. Es verdad. Enrique González Pedrero es sin duda el mejor logrado.

G.C. *Francisco López Cámara habló sobre la enajenación en los escritos económico-filosóficos, pero ciertamente era una paráfrasis de los escritos de Marx y Flores Olea, cuya tesis de licenciatura trata del Estado. En realidad el que más analizó la circunstancia histórica y política fue Enrique González Pedrero, quizá por eso fue un buen gobernador.*

G.G.C. Enrique ha persistido en la seriedad de su obra. Quién iba a suponer, por ejemplo, que Flores Olea, que empieza como un expositor marxista hasta llegar a Marcuse, que en Radio Universidad diera lecciones sobre Gramsci; que en sus cátedras abundó

en esos temas, sería, además, cuentista con una recóndita afición por la fotografía. Espíritu versátil, no hay duda.

G.C. La vocación literaria o científica empieza en la juventud, no más allá de la madurez. Esa generación prestó un servicio educativo y político al detener en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales al estalinismo con la sola exposición del marxismo.

G.G.C. El marxismo es, por excelencia, crítico. Esa generación participó en el Movimiento de Liberación Nacional, inspirado por Lázaro Cárdenas. Al parecer, Pablo González Casanova influyó en ella; si bien en Derecho fue don Manuel Pedroso.

G.C. Cabe agregar que entre la literatura, el marxismo y las generaciones de Medio siglo y El espectador, Arturo González Cosío, Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca y Enrique González Rojo formaron, con Graciela y Rosa María Philips, el grupo de los "poeticistas" y que a González Cosío, a Lizalde y a Montes de Oca les fue otorgado el premio Villaurrutia y a los dos últimos el nacional de letras. No sólo el ensayo social y político fue la obra de esa generación; también la literatura a su tiempo y de manera singular.

González Casanova invitó a los del Espectador a trabajar en la entonces joven Escuela de Ciencias Políticas, de la que ellos serían profesores de tiempo completo.

G.G.C. No solamente. Pablo tuvo una cuidadosa definición de su conducta política en aparecer siempre como un hombre a la izquierda de la Revolución Mexicana, sin que ello quiera decir que hubiera sido un partidario ferviente de Cárdenas, porque siempre tuvo ante el General una actitud distante; él estaba a la izquierda de la Revolución. Esa imprecisión en sus seguidores se transformó en la idea de que ser de izquierda era convertirse en compañeros de viaje del Partido Comunista y adversarios del gobierno. Esto fue tan impreciso y sinuoso como la realidad misma.

G.C. *Para regresar a El Espectador y a Pablo González Casanova, que es un intelectual que no solamente en la generación de ellos tuvo impacto sino también en la mía; tanto en la generación de los sesenta como después. Recuerda que escribe el primer libro con rigor sociológico, un clásico de la sociología: La democracia en México. Fue un crítico de la Revolución, dentro de la Revolución que luego terminó en una especie de fe metafísica sobre el socialismo y el marxismo.*

G.G.C. Pablo, después del movimiento de los ferrocarrileros en 1958, hizo un análisis de la situación en el que anticipó la política posterior. Creo que si ese texto figurara como apéndice de *La democracia en México*, daría una visión más clara de esa época. A Pablo debemos esclarecimientos que hicieron de la sociología mexicana un método moderno, actual, vinculado a la tradición que va de José María Luis Mora a Molina Enriquez, la de los estudios sobre los problemas nacionales. Su conducta ante el poder ha tenido un orgullo distante, altivo, que está bien ante el servilismo que acompaña a los presidentes.

Su discurso al recibir el Premio Nacional de Ciencias Sociales, fue un noble gesto de su ánimo crítico frente al poder.

G.C. *Continuamos con la explicación de la relación del intelectual y el poder: quiero partir hoy de la revista Política que nace con los mejores augurios no sólo porque hacía falta una revista de izquierda, en términos nacionales, dado que El Espectador fue una revista de circulación muy restringida y aunque la historia de las revistas políticas en México está muy ligada a las revistas literarias, en realidad, las de crítica política no existían en México hasta 1960. El 1° de mayo de ese año aparece la revista Política dirigida por Manuel Marcué Pardiñas. En esa revista se centran, en términos generales, dos líneas de reflexión sobre el país; la primera, que parte de las teorías de Pablo González Casanova, y que fundamentalmente se recogen en *La democracia en México*, antes las había expuesto en *Cuadernos Americanos* en el número enero-febrero de 1962, donde él dice que la organización del pue-*

blo independiente y su capacidad para resolver los conflictos, dentro de las instituciones de la Revolución Mexicana, constituyen el instrumento básico de cuya fuerza y eficacia dependerá el desarrollo económico y la evolución política; es decir, la crítica política a partir de la Revolución, tesis que continúa y que parte de Lombardo Toledano y de Cosío Villegas; ellos plantearon el cambio a través de las instituciones y de la Constitución. En Política aparece el otro aspecto de la crítica: el grupo de Narciso Bassols hijo, Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Víctor Rico Galán, Enrique Cabrera, principalmente, que hablan de la necesidad de hacer otra revolución en relación al nuevo modelo. La Revolución Mexicana parecía ya muerta y el nuevo modelo era la cubana al propugnar por el socialismo. La lucha entre estos dos modelos culminó con la salida, en 1964, del grupo de El Espectador y se debió a razones personales, pero, también, políticas en relación a que no estaban de acuerdo con la idea de otra revolución. ¿Piensas que Política se ajusta a esta breve explicación o tú la explicarías como una realidad, como un oportunismo de dos funcionarios de la época que la apoyaron hasta su final: Antonio Ortiz Mena, Secretario de Hacienda y Ernesto P. Uru-churtu, Jefe del Departamento Central?

G.G.C. Creo que podemos hacer un deslinde. Manuel Marcué había hecho, previamente a *Política* una notable revista, *Problemas agrícolas e industriales de México*; algunos de sus números fueron monográficos: generalmente traducciones, libros fundamentales para el conocimiento de teorías de norteamericanos o franceses, en el caso de Francois Chevalier, y comentarios de especialistas mexicanos. Fue una innovación.

G.C. *Habrá que citar México la lucha por la paz y la democracia, de Frank Tannenbaum; tesis que para muchos era reaccionaria porque proponía una sociedad de nivel intermedio, agrícola e industrial; que no nos lanzáramos al modelo industrial y descuidáramos el campo.*

G.G.C. Las razones contrarias, las más atendibles, están en la respuesta de Manuel Germán Parra, quien hizo polvo a Tannenbaum en lo que se refería a proponer un destino agrícola para que México fuera proveedor de los Estados Unidos, lo que viene desde el siglo pasado y nos llevaría inclusive al mensaje del general Ulises S. Grant en 1880, cuando en un discurso describe a los porfirianos qué es lo que los Estados Unidos necesitaban de México. Creo que no eran ni son sostenibles esos argumentos; ahora bien, a mucha gente, y advierto que tú eres uno de ellos, les complace siempre un destino menos conflictivo que el de los países industriales, hay en esta deliciosa evocación de la agricultura un país notablemente cultivado, con graneros pródigos, con mercados bien abastecidos y pequeñas industrias agrícolas, subsidiarias del desarrollo agrario. Creo que esto es insostenible porque la organización social misma y el desarrollo económico de las distintas clases, principalmente de la burguesía, imponen en el ascenso capitalista formas generales de producción. Sólo en una comunidad internacional sería posible la división universal del trabajo. A cada país se le asignaría una forma de producción, agrícola o industrial, para que en el intercambio de los productos todos resultaran beneficiados; entre tanto, cada nación debe desarrollarse para evitar la dependencia.

G.C. *No, eso no ha llegado. No estoy de acuerdo totalmente con Tannenbaum, simplemente lo hago como referencia para ver la importancia de esa revista. Desde luego yo pienso que estamos en un proceso de sociedad industrial urbana, aún los países pobres o atrasados como el nuestro, y que no podemos regresar ya a esta idea idílica del campesino, que, por otra parte, en México es lo contrario. Siempre fue un campesino explotado porque quienes protagonizaron las revoluciones de Independencia, de Reforma y de 1910 fueron campesinos; yo quería puntualizarlo. Inclusive uno de los ensayistas del grupo El Espectador, González Pedrero, en su más reciente libro La riqueza de la pobreza, retoma algunas de esas tesis con el ánimo de regresar a un desarrollo intermedio de las sociedades; aunque, claro, esto es imposible.*

G.G.C. En realidad nos detendríamos en algunos de los números de problemas agrícolas, porque casi todos plantearon problemas importantes para examinar la realidad mexicana y si las tesis de los extranjeros eran aceptables o por lo menos notorias algunas de ellas, las respuestas de los mexicanos fueron siempre polémicas, a excepción, y esto es una nota aparte, del libro de John Kenneth Turner traducido por Antonio Alatorre. Cosío Villegas trabajaba con su grupo de historiadores en *La República restaurada y el porfiriato* —debo decir que el porfiriato es designación de Alfonso Reyes— y en el número correspondiente al *México Bárbaro* Cosío desconoció la existencia de Turner, porque el México que revelara era distinto al de su interpretación.

G.C. *También Salvador Novo apareció al fundarse el Partido Popular como un hombre de izquierda. Tú no has sido militante de un partido y sin embargo has sido crítico. Yo no podría negar que el grupo de El Espectador tenía convicciones políticas de izquierda y que las difundían en sus ensayos, en sus artículos, en las aulas; que impugnaban el conservadurismo de la sociedad mexicana y procuraban luchar porque esta sociedad avanzara en términos reformistas, algunos más radicales que otros, para alcanzar una sociedad socialdemócrata o socialista porque la trayectoria del intelectual, ensayista o político, no es, en México, la de un militante de partido sino la de un teórico.*

G.G.C. Este grupo de intelectuales actuaron en su revista y después cada uno como críticos de la circunstancia no vinculados a partido alguno; otros con ostensible deseo de aproximarse al poder; esto es inequívoco. No necesitamos abundar en los destinos individuales. Después, la mayoría, en el PRI y en cargos relevantes en el servicio exterior o en el gobierno. Sería aleccionador que hoy, reunidos, analizaran sus experiencias en el poder para confrontarlas con la crítica de su juventud: sería aportación única en la historia política de nuestro país, cuyo epígrafe podría ser el memorable verso de Neruda: "Nosotros los de entonces, ya no somos los mismos." Nadie, pasado el tiempo, lo es. Acaso lo importante fuera haber sido rebeldes, anarquistas. . .

LIBERACIÓN Y POLÍTICA

G.C. *Pero estamos todavía en 1961.*

G.G.C. En 1961 esa crítica estaba más que nada fuera de su revista, en la cátedra.

G.C. *Ese grupo de intelectuales, con otros, crean el Movimiento de Liberación Nacional que encabezaba Lázaro Cárdenas y que tiene la idea de formar un partido que no se consolidó en el Movimiento, porque sus propios miembros se negaron a hacerlo. Las razones fueron múltiples, una de ellas que no los siguió apoyando Lázaro Cárdenas.*

G.G.C. No, aquí tengo algunas cosas que decir al respecto para que lleguemos a los asuntos que planteas; primero, este grupo no formó el Movimiento de Liberación Nacional.

G.C. *No, fue parte de ese propósito.*

G.G.C. Ese grupo llegó al Movimiento de Liberación Nacional con entusiasmo. Fue el último acto político de Lázaro Cárdenas. ¿Por qué? dos o tres cosas tenía Cárdenas como preocupaciones fundamentales en aquel entonces; una, la detención de la reforma agraria; otra, la sujeción de los sindicatos para apartarlos de toda lucha social y política; es decir, vinculados al PRI y más que al partido al Presidente. Los grandes sindicatos mexicanos estaban neutralizados como fuerzas sociales; tercero, la defensa de la Revolución Cubana ante la hostilidad abierta, declarada, de los Estados Unidos. El Movimiento de Liberación es consecuencia de la Conferencia por la Paz que tuvo lugar en el gobierno de López Mateos y fue duramente combatida.

G.C. *Hablaban de una conspiración comunista.*

G.G.C. Era, en primer lugar, la época de la mayor violencia anticomunista.

G.C. *La guerra fría.*

G.G.C. De la guerra fría por consecuencia. López Mateos no repudiaba del todo esas cosas; él tenía, intelectualmente, una identificación muy clara con ese Movimiento, prueba de ello que no rompió relaciones con Cuba. Don Manuel Tello hizo uno de los grandes actos de habilidad diplomática mexicana, en Punta del Este, para no romper con Cuba y dar el voto de censura internacional, lo que no se puede entender sino por la extraordinaria sagacidad jurídica de don Manuel. Su astucia diplomática salvó y preservó la relación de Cuba con México. Esa conferencia dio lugar al Movimiento de Liberación, actividad específicamente mexicana que, a su vez, era descendiente de la asociación fundada para la defensa de Guatemala en 1954 cuando el golpe de estado de Castillo Armas. Aparece entonces Enrique Cabrera con el discurso fundador en la Sociedad de Geografía y Estadística en el que definió el compromiso de la inteligencia mexicana con los gobiernos democráticos como lo había sido el de Jacobo Arbenz. Lombardo participó pero fue más obra hábil y bien conducida de Alfonso Caso, de Jesús Silva Herzog, de Guillermo Haro, de Ignacio González Guzmán y la dirección mancomunada de José Domingo Lavín. Entre el antiguo cardenismo, la social democracia mexicana y la izquierda de la Revolución se constituyó un grupo crítico de diversas vertientes, una de ellas fue el Movimiento de Liberación Nacional; otra, la revista *El Espectador* y una más la revista *Política*. Entre las cuales hay vasos comunicantes que es difícil separar; ahora bien, un día me invitó el General Cárdenas a visitar a José Alvarado y de regreso, a la puerta de su casa, me dice: “¿Ve usted a los compañeros de Liberación Nacional?” Le digo —poco—. En ese Movimiento del que también fui fundador, tenían entonces mucha actividad Francisco López Cámara,

Alonso Aguilar, Fernando Carmona, Jorge Carrión y otros. Cárdenas: “Han cometido un error en la reunión que acaban de tener en Apatzingán con los campesinos; los han exhortado a tomar las armas porque empieza la revolución. Los campesinos han venido a verme, muy asombrados. ¿Por qué les dicen eso? Yo no les había dicho semejante cosa”. Era obvio que el General me decía, si yo no les digo que tomen las armas, no darán un paso. En el Movimiento no se entendió que el General no era hombre de ruptura con las instituciones del Estado; Cárdenas fue hombre del sistema. Él procuró, fuera del gobierno, que se restablecieran los móviles sociales y políticos de la Revolución, desviados desde el sexenio de Miguel Alemán. Algunos funcionarios creyeron que Cárdenas fomentaba una nueva revolución; pretexto para vigilar y combatir sus actos públicos.

G.C. Era la ambigüedad que se difundió en los grupos de aquella izquierda, donde había inclusive partidarios de la guerrilla que adopta absurdamente Víctor Rico Galán.

G.G.C. Rico Galán proponía la guerrilla para escapar del tedio y colmar su nostalgia de combatir contra la falange española.

G.C. Olvidó que México era un país en proceso de transformación que había tenido una revolución y se dedicaba a la utópica idea de la revolución socialista; como él hubo muchos.

G.G.C. La Revolución inflamó la imaginación de nuestra clase media. Tú has estudiado estas llamaradas de petate. En ese entonces, al enardecerse por Cuba, menospreciaron a México, lo que Cárdenas les criticó. El desprecio de la Revolución mexicana tuvo actitudes extravagantes.

Esa llamarada llevó a Carlos Fuentes un día a decirme: ¿Qué haces los domingos? Le dije, descansar lo que puedo y trabajar. Yo no podía apartarme de los deberes que reclamaba mi casa, mi familia. “Pues mal hecho, me dice Carlos, dedica los domingos a entrenarte, como lo hacemos nosotros. . .”

G.C. Carlos Fuentes, además de excepcional escritor, tiene sentido del humor y de la parodia. Era la fantasía de la época.

G.G.C. Es posible, pero también que la emoción de la justicia domine la imaginación y el espacio vital, cerrado por la sociedad, se libere en fantasías revolucionarias. Leónidas Andreiev hizo en Shaska Yegulev el protagonista del sacrificio para redimir a todos de la postración y la pobreza. Lenin, como lo advirtiera Andrés Iduarte en notable ensayo, procuró otro camino; pero al fin, las revoluciones los auspician. Es el trasfondo anarquista que Trotski reconociera en el joven Lenin. La rebeldía de Victor Serge en sus sueños revolucionarios, siempre aleccionadora.

G.C. ¿Sería el Che Guevara un símbolo de ese estado de fervor revolucionario?

G.G.C. En él pensaba al recordar a Yegulev. La revolución, la lucha armada, como acto de expiación. Guevara fue —es— un signo del desinterés; del luchador a campo abierto donde hay injusticias que deben desaparecer. Este es el sentido de su reclamo de uno, dos o tres Vietnames; de la batalla final contra el imperialismo enloquecido. Guevara fue el mito de esa generación que vio en su muerte el término de sus esperanzas revolucionarias.

G.C. La fotografía que corrió por el mundo reveló su estado de serenidad ante la muerte. Guevara parecía esperarla. No había ni el más leve gesto de pavor.

*G.G.C. Así es. Su vida misma lo situó en lugar distante al de los otros voluntarios de *Granma*. En el paseo triunfal, en enero de 1959, rehuyó el escenario. Apareció después al frente de la economía cubana. Su discurso en Uruguay fue una proclama moral. Más tarde define a la revolución cubana como revolución de contragolpe; a cada golpe de los Estados Unidos el golpe inesperado de las nacionalizaciones. En aquellos momentos fue un acto de grandeza política. Castro golpeaba, pero, atrás de él, Guevara*

tendía un signo romántico que explica su carta de renuncia para reanudar la lucha en terrenos desiguales. Todo Vietnam empieza en un espacio desolado. La vida de Guevara tiene escalas que presagiaron su muerte. En los recuerdos de Hilda Gavea sobresale uno, muy íntimo: sus versos por una anciana mexicana cuya enfermedad era resultado de la pobreza y la soledad. Jura a nombre de ella luchar por la justicia. Ese poema, raíz de su empeño, lo vincula a las luchas por la independencia de nuestros pueblos.

En el propósito moral de Guevara nada tuvo que ver el marxismo.

El anticomunismo y la falta de rigor intelectual favoreció la ficción revolucionaria y no la lucha por la vigencia de las garantías constitucionales, que son el punto de partida para mayores logros democráticos.

G.C. Allí habría que ver personalidades; en el caso de El Espectador están los que hicieron, además de su militancia política como ciudadanos, que no se les puede invalidar, porque si lo invalidas se transforma el periodismo político en mero acto de emociones rebeldes.

La teoría del intelectual de partido se ejemplifica en su frustración como persona y como intelectual, en los casos de Jean Paul Sartre, cuando intentó ligarse, al final de su vida desesperada, al maoísmo y en el de Roger Garaudy expulsado del Partido Comunista Francés después de haber sido su principal teórico. En la época de que hablamos se radicaliza la sociedad mexicana; ocurre un rompimiento con el pasado, se empieza a abrir la sociedad; es la década de los sesenta, década prodigiosa porque coincide con la fantasía política de los intelectuales que quieren otra revolución, de los estudiantes en la Universidad Nacional Autónoma de México, receptáculo para que la opinión pública conservadora acusara a los profesores de filósofos de la destrucción. Argumento que Díaz Ordaz hizo suyo al decir que los causantes del movimiento estudiantil eran ellos. Lo que deseo aclarar es que no podemos exigir al ensayista o al periodista político la militancia en el partido.

G.G.C. Para mí, aclaración innecesaria. Recordamos críticas y conductas, no filiaciones, pero no eran las tuyas proposiciones serias. En sus artículos en la revista *Política* domina la obsesión de ofender a López Mateos, lo que hizo de su crítica un lugar común; con frecuencia, trivial.

G.C. *La sociedad mexicana en todos los niveles siempre ha tenido un sentido irónico y agresivo contra las autoridades.*

G.G.C. Estoy de acuerdo, pero no era una actitud intelectual, sino ordinaria. No caricaturas o ironías sino oposición personal. *Política* suprimió la grave seriedad que tuviera *El Espectador*.

G.C. *Pero además es militante, aunque no esté en un partido. El grupo de El Espectador militó en Liberación Nacional y en la revista Política, que en la década de los sesenta explica y abre las vertientes que luego seguiría la sociedad mexicana hasta 1990. La utópica idea de muchos insensatos de la guerrilla, deslumbrados por el asalto al cuartel en Ciudad Madero y más tarde la idea del secuestro en 1971, como técnica de lucha revolucionaria. El país se inclinaba por la reforma, no por otra revolución. La revista Política difundía la idea de que México estaba al borde de otra revolución, y también el grupo de Alonso Aguilar, diferente de El Espectador. Sueños de destrucción.*

G.G.C. Los incontables adjetivos que lanzaron a Fidel Castro en libros, artículos y folletos, desaparecieron. ¿Dónde quedó el radicalismo de aquella época? Lo más grave es que fuera sólo una moda política.

G.C. *En la revolución cubana hay muchos procesos. No es lo mismo la revolución cubana de '61 a la contrarrevolución estalinista de los '70. Tú has sido víctima de ese proceso de la izquierda dogmática, igual que Pablo González Casanova en la rectoría. Los grupos de izquierda, supuestamente democráticos, se lanzaron en contra de él.*

G.G.C. Por mediación de Carlos Sánchez Cárdenas y de Miguel Ángel Velasco, hablé largamente con Arnoldo Martínez Verdugo, dirigente del Partido Comunista, sobre la actitud de ellos contra González Casanova. Fue imposible convencerlo del error que cometían. Advertí que esperaban de Pablo una política izquierdizante para culminar su obra en las universidades de Guerrero, de Sinaloa, de Puebla, pero al proceder él conforme al principio de la libertad de cátedra, se lanzaron en contra suya por medio del sindicato, dirigido por dos bribones: Evaristo Pérez Arreola y Nicolás Olivos Cuéllar.

G.C. *¿Fue la única intervención externa en aquel conflicto?*

G.G.C. Al parecer, no. Se dijo que el gobernador de Guerrero, Rubén Figueroa, representante de la política en estado de barbarie, dirigió a los dos dementes que ocuparon la rectoría. Dado el vacío legal en torno de la Universidad, Figueroa “como funcionario” acaso intervino.

G.C. *¿Y el Presidente Echeverría?*

G.G.C. Don Roberto Mantilla Molina, Víctor Flores Olea y yo, acudimos a Los Pinos para hablar con el Presidente, acompañado por Mario Moya Palencia, Hugo Cervantes del Río y Porfirio Muñoz Ledo, secretarios de Estado. Nuestra demanda era sencilla y directa: la Universidad como institución descentralizada del Estado — así lo define la Ley Orgánica — no podía ser ocupada por fascinosos, en público acto delictivo, ante la abstención de las autoridades respectivas.

El Presidente aceptó ese argumento con una condición: que el Rector solicitara la intervención de la Procuraduría. Un imposible por la decisión del Rector; como delito del orden común, la autoridad debía actuar. Estas dos posiciones contrarias llevaron a la parte débil, González Casanova, a renunciar.

G.C. *¿Estaban con el Presidente tres universitarios, qué dijeron?*

G.C. Sólo comentarios de apoyo a las explicaciones del Presidente. A Moya Palencia, secretario de Gobernación, y el más interesado, le recordé que los exuniversitarios eran parte de la comunidad

académica. Lo admitió, pero la decisión era única: que el Rector solicite la intervención judicial.

Vista la crisis de ese absurdo, mi opinión fue que la Universidad lo solicitara.

G.C. Luego en un acto de fe Pablo González Casanova, que fuera derrumbado por ellos y los grupos de derecha, hoy concurre con ellos en actos de fe en un socialismo metafísico.

G.G.C. Cuántos de aquellos que nos gritaban liberales, reaccionarios, enemigos de la democracia, en poco tiempo se convirtieron en funcionarios o diputados. He visto demasiadas cosas. No me engaño. Nunca creí en la autenticidad de esas explosiones. Esa izquierda fomentó las ilusiones revolucionarias en muchos ingenuos de la clase media universitaria o del lumpen, que ya empezaba a aparecer en actos desesperados; lo esencial era destruir el prestigio de los profesores liberales que hacíamos o procurábamos hacer análisis de la situación mexicana. Las bases teóricas de un socialismo fincado en la tradición mexicana, imposible. Esta fue su limitación y la causa que los desvinculara de las corrientes vivas de la protesta social. No era posible que los trabajadores y los campesinos reconocieran en sus prédicas, siempre frenéticas, la realidad agobiante de su vida. Era una izquierda ajena a la emoción revolucionaria que mueve a las masas a la conquista de lo imposible. Cuando Emiliano Zapata convoca a los campesinos a la lucha lo hace con la metáfora de su tragedia: los mexicanos no son dueños ni de la tierra que pisan. La masa de peones reconoció su realidad en esa frase. La izquierda de ese tiempo divagó en una circunstancia ajena a la experiencia cotidiana de las clases humilladas.

G.C. Es un ejemplo para regresar a la revista Política de donde salieron esas vertientes de radicalismo. No sé hasta qué punto Marcué Pardiñas lo fomentara con el ánimo de vender su revista. Política se lanzó no solamente en contra de López Mateos sino de Díaz Ordaz, como candidato, al publicar un retrato suyo con

el rótulo No será Presidente. En esos años yo empezaba a hacer mis análisis y me dije, "Será Presidente", porque se equivocan quienes incurren en profecías políticas.

G.G.C. El realismo político de esos días fue el del movimiento sindical dirigido por Rafael Galván, una de las grandes aportaciones a la depuración de los sindicatos y permanente alerta sobre los problemas del país. Al menos los trabajadores del STERM a diferencia de la CTM, volvieron a opinar como en los años treinta, pero fue reconquista efímera.

G.C. La última etapa del sindicalismo independiente, duramente combatido por Fidel Velázquez.

G.G.C. No ha vuelto a haber ninguna opinión obrera; sólo respaldos al poder del Ejecutivo y a la política conservadora de los salarios. Rafael Galván fue un líder honrado y, sobre todo, consecuente con el propósito de independencia sindical respecto del gobierno. Tentativa imposible hasta hoy por el poder presidencial. La sujeción de los trabajadores es parte fundamental del poder absoluto. Esta es la obra de Fidel Velázquez y la causa de sus reelecciones. Los sindicatos están confinados a una sola lucha, la de los contratos colectivos; fueron sustraídos de la sociedad civil como fuerza organizada en favor del Estado.

Galván se empeñó en alcanzar la independencia sindical, por ello fue acosado sin tregua hasta su último reducto en la *Tendencia Democrática* de los electricistas. No podía prosperar en el confinamiento dirigido por Fidel Velázquez y el gobierno.

G.C. Hay que agregar que no solamente fue la relación con el poder público sino que se convirtió en una cloaca de corrupciones. De proletariado arribista, igual que la clase media, hasta el caciquismo brutal.

Ahora, respecto a la militancia de los espectadores, Enrique González Pedrero fue el primero que salió de estos grupúsculos de la izquierda para militar en el PRI. Él se explicaba las injurias

como resultado de una negación de los radicales de que el camino eficaz en política era el reformismo y no la revolución.

G.G.C. Como antecedente, Luis Cabrera nunca injurió a sus adversarios políticos.

G.C. *A los que no eran carrancistas, sí. No hay intelectual en México que no maneje la ironía con pluma desahogada.*

G.G.C. Cabrera zahería; por ejemplo, recuerdo, en el viejísimo periódico *El hombre libre*, un titular de Cabrera: "El señor licenciado Atoledando". No insultó, propuso ideas.

G.C. *Era una personalidad deslumbrante; unos dicen que el más grande teórico de la Revolución Mexicana, revolución que tiene una vertiente de precursores y luego ideólogos y en el mejor sentido, creadores; pero debemos regresar a la relación de los intelectuales del porfiriato. Justo Sierra o los que eran francamente proclives a la dictadura como Díaz Mirón. Enrique González Pedrero escribió un ensayo en la revista Tiempo, la de Martín Luis Guzmán, donde habla de esa división tajante que aparece entre algunos intelectuales: hombres de ideas, que en teoría pueden organizar su vocación como creadores o como militantes que, en la práctica, fracasan; dilema que no se resuelve fácilmente. Pedrero explica su abandono de esa izquierda grupuscular, diciendo: "Para quienes desde siempre han tenido clara su vocación social o artística, no existe conflicto, la creación de uno a otro signo se impone y eso es todo, pero el que pretende atender el doble llamado de la vocación artística y la vocación política, suele meterse en utolladeros innarrables de los que no siempre sale con bien".*

Esto lo escribió alrededor de 1970 y fueron juicios de los que el propio grupo de El Espectador no salió bien librado. En la historia de los intelectuales con el poder, cuando tienen obra intelectual que los defiende, no sale bien librado aquel que no ha escrito una obra que dignifique su vocación, por ejemplo, Agustín Yáñez. Vivió dramáticamente el 68.

Se silenció simplemente, se marginó o se acobardó. ¿Las tres cosas?

G.G.C. No se marginó, acusó públicamente a la Universidad y a su Rector y, además, indujo a Díaz Ordaz, con su actitud, a la agresividad contra los estudiantes.

G.C. *Es una hipótesis, no lo sabemos. . .*

G.G.C. No es hipótesis, porque lo mismo Agustín Yáñez, que Corona del Rosal o Augusto Gómez Villanueva, contribuyeron el ambiente de confusión gubernamental que culminó en el 2 de octubre. Sus declaraciones y discursos lo comprueban.

G.C. *Entonces no sólo Agustín Yáñez.*

G.G.C. No digo que sea el único; no es lo mismo una opinión suelta en un artículo como las de Daniel Cosío Villegas contra el Rector y la Universidad — de las que ya hablamos — a los calificativos excluyentes desde un cargo público decisivo como el de Educación.

G.C. *Y hablar de la Universidad como si fuera una especie de centro de guerrillas.*

G.G.C. Él tuvo en sus manos la posibilidad de defender a la Universidad y, al contrario, la combatió. El pobre Agustín y la barbarie de Gustavo Díaz Ordaz se reconocen en la dura página de Ricardo Garibay — “El Presidente Díaz Ordaz II”, de su libro *Cómo se gana la vida* — que sólo es posible citar textualmente, en su estricta prosa, la escena que ocurrió en el despacho de Los Pinos:

.

“Díaz Ordaz. — ¿Ese es un ídolo? En realidad no sé que hace ahí, porque educación no la mamó. Dicen que le enseñaron a escribir,

pero no le enseñaron a hablar. Ya lleva semanas haciéndose buey. Venga, venga usted a los *acuerdos* que tengo en esta oficina, que vaya usted conociendo a la ralea del primer nivel.

Semanas después estaba yo allí mismo, como siempre un poco disimulando mi presencia, un poco apenado porque Díaz Ordaz no soltaba su habla tabernaria ni su desprecio, y los secretarios de Estado enmudecían, salían pálidos y temblorosos. El secretario de Educación estaba hablando casi en secreto y entregaba, hacia el fin de su *acuerdo*, un papel al Presidente. El Presidente leyó el papel, lo rompió en cuatro pedazos y arrojó los pedazos hacia el secretario y alzó la voz:

— Se ha tardado usted más de la cuenta. Y ya debería saberlo: a mí ningún hijo de la chingada me renuncia. ¡De qué forro le salió!. . . ¡váyase a cumplir un poco mejor su cometido!

Y se levantó, la faz revestida de una dureza extraordinaria, los ojos dos brillosas rendijas. Yáñez no veía los papeles que recogía y metía en su carpeta negra; no veía las alfombras que desandaba hacia la puerta. . .”

G.C. *Pero todo esto, por más terrible que sea no invalida su obra literaria.*

G.G.C. No, la obra tiene a veces un camino noble, contrario al de su autor.

G.C. *Llegando a los 70, en nuestro trazo sería sugestivo empezar a hablar de lo que viviste en la radicalización de Excelsior y tu participación como crítico del gobierno de Luis Echeverría.*

G.G.C. Fui enfático al referirme a la revista *Política* y a sus colaboradores. Algunas de esas personas fueron, no más de cinco años después, devotos admiradores de Echeverría.

Así como adjetivaron en contra de López Mateos y encomiaron a Fidel Castro, cuando ya no era lo que imaginaron lo abandonaron.

G.C. *Todos pensamos que Cuba sería una democracia y resultó una dictadura familiar y de partido.*

G.G.C. En realidad eran sueños de destrucción. En el fondo, apocalipsis doméstica, pero ya en '71 y '72 tenían una visión mundial de defecciones. Creo que Luis Echeverría tuvo una supuesta habilidad en la que no incurrió López Mateos y tampoco Ruiz Cortines: la de halagar a esas personas, darles la sensación, desde el poder presidencial, de que eran hombres de significación histórica, imprescindibles para la conducción del país. Así los convenció al punto de uncirlos al poder. Los llevaba en sus viajes, los llamaba a Los Pinos para que conocieran los asuntos que se discutían. Echeverría gustaba de compulsar opiniones distintas; a veces las atizaba. En este aspecto era director de un teatro político. Improvisaba escenas; qué lástima que un dramaturgo no las hubiera conocido para recrearlas.

G.C. *Pero no solamente con los intelectuales. . .*

G.G.C. Me refiero a ellos.

G.C. *Pero eran muchos, todos opinaban; me tocó estar en reuniones de estudiantes y de profesores en que se confirma lo que dices. Era un director de efectos teatrales.*

G.G.C. En parte, pero nuestra revisión es más amplia, abarca varias generaciones, con algunos antecedentes del pasado inmediato, para explicarnos la relación de los intelectuales con el poder.

G.C. *Tenemos que hablar de algún otro proceso ligado a los intelectuales: el antiintelectualismo de quienes imaginan que hay una mafia que les impide pensar, escribir y publicar.*

G.G.C. La inteligencia mexicana, desde el siglo XIX, ha estado demonizada; acremente combatida porque se ha visto como fuerza sospechosa de ruptura. El intelectual es siempre un ser bajo sospecha en su propia casa, en su escuela, en la sociedad.

G.C. *Porque mantienen una teoría crítica del conocimiento, la que André Gorz llamó el perpetuo traidor, traidor en el sentido de que es un crítico de la familia, de la sociedad; un ser incómodo.*

G.G.C. Es la gran definición que hizo Aranguren sobre el intelectual cómodo y el incómodo; pero volviendo al calificativo del antiintelectualismo, que cataloga a los escritores como mafia, con algunos signos públicos, es un traslado de lo que en el siglo XIX se veía en las logias de los escoceses y de los yorquinos; ellos tenían pacto con el demonio. . .

G.C. *Así les convenía para sacudir conciencias.*

G.G.C. Sólo en parte. Yorquinos y escoceses, al difundirse la Bula de León XII, *Quo Graviora*, en mayo de 1826, condenando la masonería, cambiaron sus denominaciones por las de *guadalupanos* y *novenarios*; los primeros bajo la protección de la Virgen de Guadalupe; los segundos, de la de los Remedios; la insurgente y la patrona del virreinato.

Después vendría la saludable designación de liberales y conservadores. De 1826 data que la masonería encubriera sus compromisos políticos ante una sociedad que obedecía al Papa en su condena a las logias. Quizá desde entonces la sociedad mexicana censura, sin código alguno, al afiliado a un partido. La palabra masón aún equivale a hereje.

G.C. *¿Pero y las mafias que se multiplicaron entre nosotros en los años sesenta?*

G.G.C. Es, bien se sabe, una forma de poder cultural. Eran grupos literarios — tradición nuestra que viene de las academias libres del XIX — que surgieron al industrializar la edición de los libros. En torno de las revistas — *El hijo pródigo*, *Taller*, *México moderno*. . . — siempre hubo grupos cuyos escritores se apoyaban los unos a los otros; pero en los años cincuenta dos suplementos: el de *El Nacional* que fue ensayo previo, y después *México en la*

Cultura. Gracias a la imaginación, el formato, y más de lo que se supondría a la dirección de las colaboraciones por Miguel Prieto, admirable pintor español, el suplemento congregó grupos, escritores independientes y a muchos jóvenes. Esta circunstancia, más la influencia de las editoriales, hizo que publicar en *México en la Cultura* fuera un paso decisivo para los escritores. De allí —excluyendo a los republicanos españoles, que en verdad sostenían ese suplemento— que a los estentóreos se les viera como mafia.

Hubo otra causa: las frecuentes exclusiones de Benítez de escritores que imponían su obra como Luis Spota. Creo, y esto es una conjetura, que Spota, periodista en *Novedades*, al que pertenecía ese suplemento, pudo referirse a ese grupo asociando su labor a la de las mafias sicilianas. Su padre, don Luigi, aunque de Potenza, sus raíces estaban en Sicilia y no hay heredero que escape a esa realidad, mágica y laberíntica, del poder de la mafia. Spota bien pudo referirse a la exclusividad de ese grupo como propia de una mafia.

G.C. *Pero tú fuiste parte de ella; dirigiste ese suplemento.*

G.G.C. Sí, pero no todos fuimos parte de ese grupo, entonces, también colaboradores en *Política*. Miguel Prieto y yo —podría agregar otros nombres, pero ignoro cómo piensen ellos ahora— estuvimos al margen de esa política de exclusiones. Procuré aplicar la sentencia que me diera Alfonso Reyes: política cultural de mano abierta con los jóvenes de aquel entonces: Pacheco, Aridjis, Leñero, la “China” Mendoza, Elena Poniatowska y otros. Además, te consta, llamé a los jóvenes de otra generación en Difusión Cultural de la Universidad.

G.C. *Luis Guillermo Piazza, en su libro La mafia describe la importancia de ese grupo. Si fuera verdad tu hipótesis ¿es justo el calificativo de mafia?*

G.G.C. Sciascia, también siciliano, creía que su tierra había exportado dos cosas, además del vino que beben los franceses: a

Pirandello y a la mafia, que de asociación delictiva — que continúa siéndolo en los Estados Unidos — ha pasado a significar en México un grupo literario en acción cultural y política. Podemos ver este fenómeno como una aportación a la realidad internacional de la mafia.

G.C. *En 1969 un grupo de universitarios: Francisco López Cámara, Víctor Flores Olea, Gustavo Romero Kolbeck, Horacio Labastida, Henrique González Casanova, Jorge Cortés Obregón y tú, escribieron un folleto sobre la sucesión presidencial, titulado: El dilema del desarrollo: Democracia o autoritarismo. Tú, Gastón, afirmaste: "El desarrollo de una nación es también el de la libertad creadora de su inteligencia. Lo contrario significa el reinado, pacífico o violento, de la simulación y la barbarie. Cuanto es México ha sido creado por sus disidentes, no por los conformes." Fueron reflexiones en torno de un candidato, Emilio Martínez Manautou. ¿Cómo explicarías la necesidad de intervenir críticamente cuando imperaba el autoritarismo de Díaz Ordaz o fue una fantasía política de ustedes ante el poder presidencial en México?*

G.G.C. Nada sé de la fantasía de otros, sí de la actitud de Cortés Obregón, coincidente con la mía: romper el cerco envilecido por Díaz Ordaz desde el 68. Yo sabía que siete universitarios — "Los siete sobre Tebas" como dijeran los serviles — no podían proponer un candidato, pero sí lanzar una pedrada contra un cristal de Los Pinos. Esta figura surgió en mí por la escena de una película de Bardem en la España de Franco. El nuestro fue un tiempo de oprobio, sólo disponíamos del pequeño espacio de unas cuartillas para lanzar a Martínez Manautou, único pretexto, para enrostrarle al Presidente su facultad electoral. La relectura de los textos de cada uno da cuenta de sus personales intenciones. No he tenido jamás fantasías sobre el supuesto poder de los intelectuales. No era importante acertar o equivocarse sino disputarle a Díaz Ordaz lo que se considera una prerrogativa presidencial, causa de nuestra indignidad colectiva.

EXCELSIOR Y EL PODER

G.C. *Respecto de la teoría del intelectual y el poder, quiero citar la explicación de Ortega y Gasset en relación a Mirabeau, el político y el oficio del intelectual, donde afirma que el primero es aquel que pertenece a los hombres que reflexionan, más preocupados que ocupados; en cambio, el político es el hombre que se ocupa más que reflexiona; en realidad, esta es una dicotomía falsa en la historia cultural y política de México. En el siglo XIX y aun el XX, el intelectual está preocupado y ocupado; ha sido generador de teorías, de proyectos y de planes pero a partir de los años cincuenta de este siglo, en los setenta, durante la presidencia de Luis Echeverría, el intelectual tiene una relación más conflictiva con el poder, porque tanto los políticos como el Presidente no quieren ser criticados. En aquellos años tú apareces como un periodista político, a tal grado, que se decía que a Luis Echeverría le molestaban particularmente tus artículos y los de Octavio Paz en el Excelsior de la época de Julio Scherer, lo que creó una atmósfera de furia en contra de ese periódico. A partir de ese momento se inicia un enfrentamiento que termina con aquella dirección y la salida de los articulistas. Yo colaboraba en Revista de Revistas, dirigida por Vicente Leñero, como editorialista, y en Diorama de la Cultura con Ignacio Solares. El grupo de ideólogos de Luis Echeverría hacía aparecer a los periodistas políticos de Excelsior como aturdidos y megalómanos que querían enfrentarse a un patriota que sólo deseaba transformar el país y que ustedes, por ceguera, no lo entendían así. Era una relación conflictiva con el poder. Tú la viste. ¿Qué podrías explicar?*

G.G.C. De los presidentes contemporáneos, Echeverría se preocupó por la crítica a su gobierno; otros la habrán padecido pero no la manifestaron. Aquí caben algunas consideraciones. Los escri-

tores de artículos políticos han sido sujetos de persecuciones de parte de los presidentes; podrían citarse numerosos ejemplos; recuerdo uno, singular: Santa Anna mandó llamar a Juan Bautista Morales, “El Gallo Pitagórico”, para increparle por un artículo donde Santa Anna había sido sutilmente retratado; al amenazarlo, la respuesta de Morales se convirtió en el signo de lo que un escritor mexicano debe esperar del poder. “Cuando yo empecé esta tarea —le dijo a Santa Anna— a lo más que pude aspirar es a cuatro velas y un petate”. Ante esa respuesta Santa Anna no podía hacer nada. Morales había previsto el extremo represivo. Con Echeverría fue distinto porque él no persiguió, trató de atraer o discutir. Fueron varias las ocasiones en que me invitó a tomar café en Los Pinos para hablar de cuestiones políticas.

Aquel presidente respetó mis juicios, algunos muy adversos a su política. El problema con *Excelsior* empezó en la inconformidad empresarial a la información y a la crítica. Sin previo aviso retiraron los avisos comerciales. Ocurrió en cascada; en dos semanas el *boicot* fue aplastante. Acaso procedía del Consejo Coordinador Empresarial o del grupo de los hombres de negocios; Scherer se refirió a Juan Sánchez Navarro como la persona a la que acudiría para remediarlo. Nada supe de sus gestiones si en verdad esa guerra económica provenía de los empresarios organizados; lo cierto es que no había dinero para cubrir la nómina. Entonces intervino el gobierno; es decir, el Presidente. Horacio Flores de la Peña, secretario del Patrimonio Nacional, salvó la situación. Julio nos lo comunicó diciendo que *Excelsior* superaba el acoso empresarial porque habría dinero para cubrir la nómina, lo cual delataba que si el problema provenía del Presidente, era imposible que él procurara hundir al periódico. Puede haber contradicciones en un gobierno, pero no sinsentido.

G.C. *Esa es la tesis que se difundió.*

G.G.C. Cuando se ocultan cosas que contradicen la versión de víctimas a perpetuidad, así es. Echeverría, entre el Consejo empresarial y el hundimiento de *Excelsior*, prefirió suplir la nómina

de la Cooperativa. El mejor periódico del país no podría desaparecer por una ofensiva patronal; ésta jamás dirá la causa de su acometida, pero como en caso alguno la izquierda o sus acompañantes señalan las intromisiones empresariales, el gobierno resulta responsable de cuanto sucede.

El gobierno sostuvo a *Excelsior* cuando habría sido más fácil contribuir a su hundimiento.

G.C. *¿Cuándo se desató el problema en Excelsior?*

G.G.C. El 8 de julio fue convergencia de dos problemas. No dudo que hubiera animadversión de parte del gobierno y del Presidente, pero principalmente de la Cooperativa contra la dirección.

G.C. *Y de la iniciativa privada porque lo consideraban muy radical. Se habló, inclusive, del maquiavelismo del Presidente.*

G.G.C. Ocurrió algo muy explicable. *Excelsior* no es una empresa sino una cooperativa; los trabajadores, en mayor o menor medida, conforme a su oficio y antigüedad, participan en las utilidades. Cuando ellos advierten que su fuente de trabajo descende y que el naufragio se aproxima, se inconforman y actúan. Así empezó la oposición contra Scherer.

G.C. *Entonces no fue cosa única del Presidente, se conjuntaron las dos cosas.*

G.G.C. Los problemas sucedieron hasta favorecer una corriente contra Julio.

G.C. *Esta es la tesis de Vicente Leñero en su libro y que se convierte en leyenda en cuanto que hay un hombre y un grupo de editorialistas muy brillantes, víctimas de un poder irracional, tanto de la extrema derecha como del Presidente, pero esto no se ha aclarado. ¿Por qué?*

G.G.C. Porque el asunto era interno. Se exageró sobre la importancia de los articulistas. No representaban ningún desafío al gobierno al no tener un fin común, propio de grupos políticos. Los escritores son individualidades en soledad; agrupados forman mafias de combate contra otros escritores. Los articulistas de *Excelsior* no constituimos un grupo.

Si el Presidente tuvo relación con el Consejo Coordinador Empresarial para determinar la asfixia del periódico no tendría explicación alguna haberlo sostenido. La ausencia de anuncios provocó la inconformidad de los trabajadores. Si en el periódico algunos administradores y dirigentes alentaron la animadversión contra Scherer, no lo sé y si ocurrió, la causa era real, no inventada. Scherer no tuvo argumentos para discutir con sus opositores, de haberlo hecho los trabajadores lo habrían apoyado al tratarse de un desafío externo, pero lo cierto es que esa causa precipitó la animadversión contra él por motivos diversos, frecuentes en un centro de labor.

La Cooperativa, en mayoría inequívoca, decidió preservar su fuente de trabajo ante quien renunció a enfrentar el conflicto interno. Scherer no estaba capacitado para hacerlo por su afición a las intrigas palaciegas.

Presencí la asamblea, contraria, encendida, en contra de Julio en compañía de Vicente Leñero y de Ignacio Solares. . . Cuando él entró con Hero Rodríguez los gritos, los silbidos. . .

G.C. *Los insultos.*

G.G.C. Sólo abucheo; no animadversión contra Hero Rodríguez; pero sí ovación al presentarse Regino Díaz Redondo, entonces jefe de la Comisión de Vigilancia.

G.C. *Fue la mañana en que ya no salieron sus artículos.*

G.G.C. Sí. En la oficina de Scherer, aquel 8 de julio, estaban Ricardo Garibay, Vicente Leñero, Hero Rodríguez, Adolfo Aguilar y Quevedo, Manuel Becerra Acosta, algunas reporteras, Francisco

Zendejas, Abel Quezada... hacia las 8 de la mañana Garibay tomó el teléfono y marcó la oficina de la Presidencia de la República: "Soy Ricardo Garibay; estoy aquí, en *Excelsior*, y me urge hablar con el Presidente". Después de un momento el ayudante regresó y Ricardo nos refirió: "El Señor Presidente no puede contestar su llamada; dice que lo disculpe. Está atendiendo unas personas". No era extraño que el Presidente, a las 8 de la mañana, estuviera con un grupo de peticionarios; lo extraño habría sido que no lo estuviera. Al hablar Garibay fue obvia la preocupación de Scherer: demandar al Presidente que detuviera la oposición de los trabajadores; es decir, que interviniera. ¿Cómo podría hacerlo? Con la fuerza pública para aplacar la protesta, lo que revela su disposición por demás sostenida. Intromisión presidencial en favor de Scherer; al no hacerlo, la oposición de la Cooperativa se transformó en su opuesto: la aversión contra su dirección provenía del Gobierno, mas por qué hacerlo si el Presidente tuvo en sus manos el destino de *Excelsior* al retirar los empresarios sus anuncios y suplir la nómina con el dinero público; ¿por qué provocar un problema de solución más complicada?

Un poco después entraron los corresponsales extranjeros, entre ellos Alan Riding y Marlisa su esposa, del *Washington Post*; en fin, los corresponsales. Al preguntar qué pasaba, porque en torno de *Excelsior* había patrullas, Hero Rodríguez les dijo: "Gastón es el responsable de esto".

G.C. *Ahí empezó esa leyenda.*

G.G.C. No sé porqué lo hizo Hero, probablemente lo supuso sin dolo, es hombre honrado. Acaso fue una broma para suavizar la situación.

Salí con Julio Scherer en compañía de Francisco Zendejas y de Abel Quezada. Llegamos a la esquina de Reforma y Donato Guerra y dice Abel: "Vamos a conspirar en mi oficina".

G.C. *Tu salida con Scherer se ha interpretado como protesta personal por lo sucedido.*

G.G.C. Así fue. Ante la asamblea y la exclusión de Scherer y de Hero, sin conocimiento de los problemas en la Cooperativa, me pareció un atraco oficial. Después, las cosas permitieron entender lo que estallara aquel día. No participé en las respuestas emocionales por mi tendencia a revisar lo que ocurre. Paso a paso me he aproximado a la verdad.

G.C. *¿Qué sucedió antes de la convocatoria para fundar Proceso?*

G.G.C. Vi a Scherer tres días después, en Los Pinos, a donde nos había invitado Fernando Benítez.

G.C. *Julio quería hacer un escándalo internacional.*

G.G.C. Estuvimos con Benítez, Julio, Hero Rodríguez, Granados Chapa, Manuel Becerra Acosta y Samuel I. del Villar. Sentado frente a Echeverría, observé el salón Colima. Adornaban las paredes las pinturas de la doma de caballos por Icaza. En voz baja, le dije a Hero: "Nos han traído al jaripeo". Ciertamente no como espectadores. Entraban y salían meseras con aguas frescas; eran las seis de la tarde; llega Echeverría como un viento frío: "Señores. . ." y dice: "¡Julio, no vayas a Washington!" Y viéndome de frente: "¡Gastón, usted que sabe bien quiénes son los norteamericanos, dígale que no vaya!" Nadie sabía que Julio saldría a Washington por lo que la conversación era absurda. Después supimos que Vargas, corresponsal de *Excelsior* en Washington, tenía concertada una cita en el *Post* con el senador Kennedy. Echeverría estaba encendido de cólera contenida.

G.C. *Fueron los últimos turbulentos años de Echeverría.*

G.G.C. Dijo él, en tono de ironía matizada: "Porque ustedes, los intelectuales" . . .

G.C. *Otra vez la teoría. . .*

G.G.C. Benítez, pegado a sus piernas. . . palmeando uno de los muslos de Echeverría con su débil y huesuda mano, le dice: “Señor Presidente, usted también es un intelectual” a lo que él, complacido, repetía: “No, no, Fernando; no, no, ellos son los intelectuales”. “Señor Presidente, porfiaba Benítez, usted también es un intelectual. . . porque no oye usted a estos hombres, a estos hombres jóvenes que defienden su centro de trabajo. . .” Fue un diálogo entre un ciego y un sordo. Echeverría no aceptó las proposiciones que se le hicieran, pero tampoco las rechazó. Después de que Julio insistiera en que la Secretaría de Comercio revisara la legitimidad de la asamblea de la Cooperativa, porque no podían destituir a un director en esa forma y nombrar a otro, salimos y digo a Julio, casi simultáneamente con Hero: “¿Julio, cuándo vas a Washington?” A eso de las 7 de la mañana de ese día, recibí un telefonema de Vargas, diciéndole que tenía una cita concertada con el senador Kennedy y con otros periodistas del *Washington Post*; que iba a salir al día siguiente a las 11 de la mañana; pero, hora y media después le llamó Fernando Benítez para decirle que tenía una cita, a las 5 de la tarde, con Luis Echeverría.

G.C. *Como hipótesis, el Presidente se enteró y. . .*

G.G.C. Se enteró, obviamente, por la red telefónica.

G.C. *Fernando Benítez era mediador porque era su amigo.*

G.G.C. Benítez no era amigo del Presidente, tampoco su colaborador. Él difundió el argumento de que Echeverría no tuvo nada que ver en el problema de *Excelsior*, lo que, por los hechos parece cierto, pero culpó al actual director como si fuera un genio del Mal que hipnotizara a trabajadores y reporteros para desplazar a Scherer, genio del Bien.

G.C. Benítez envolvió al Presidente en proyectos megalomaniacos, por ejemplo el del Rosedal, en el Estado de México; parodia ostentosa de Comuna China.

G.G.C. Al llegar a la puerta de la casa de Manuel Becerra Acosta, me despedí para siempre de la amistad con Benítez. Las vueltas del tiempo: él, en la revista de Scherer, aparece como un hombre de honor entre las injurias que profiere con ira demencial sólo comparable a la de su pegajosa emoción ante aquel Presidente.

G.C. ¿Qué sucedió en Excelsior después de salir Scherer?

G.G.C. Se ha demostrado de 1976 a la fecha que Excelsior tiene una excelente planta técnica de trabajadores en los talleres, en la redacción y en su jefatura, quienes ordenan, forman y jerarquizan por órdenes del director o del subdirector, la prioridad de las noticias. La única diferencia inicial, respecto de la dirección de Scherer a la de Regino Díaz Redondo, se debió a algunos colaboradores en las páginas editoriales. El periódico ha superado su antigua calidad por la seriedad de Díaz Redondo. Durante los últimos dieciocho años no se han comprometido los titulares, que han sido una deplorable práctica del periodismo.

G.C. Su sección de traducción de noticias es comparable a la de los mejores periódicos franceses y norteamericanos.

G.G.C. Hay seis secciones en la etapa de Regino Díaz Redondo, la económica, la internacional, la de los estados que cubre una amplia gama de noticias del país, la metropolitana, la de ideas y la de Texas. Visto así no creo que pueda comprobarse que Echeverría hubiera sido determinante en el cambio de la dirección en Excelsior.

G.C. Pero acaso lo propició.

G.G.C. Si partimos de que el presidencialismo en México actúa en aquellos problemas que interesan al poder, podríamos decir

que en un cambio tan significativo como el de la dirección de *Excelsior* pudo intervenir el Presidente de la República en los dos únicos sentidos dables: para desplazar, suprimir o desbaratar al adversario, o no intervenir y dejar que los propios problemas llegaran a su fin.

No hay evidencia de lo primero; sólo conjeturas que se difunden sin pruebas, así fueren circunstanciales, y sí de la abstención del Presidente; sencillamente dejó hacer. En el primer sentido se apoya Scherer para sobrevivir con rencor; el segundo lo habría llevado a reconocer sus desaciertos y omisiones.

La intervención del Presidente habría significado la supeditación de todo el periodismo al gobierno y por consiguiente la desaparición de la crítica. *Proceso* habría sido imposible y también la primera época de *Uno más Uno* y de *La Jornada*.

Durante 18 años se ha demostrado que los trabajadores de *Excelsior* han decidido — como cada año lo hacen — quién debe dirigir su cooperativa. La reelección es anual y depende del informe administrativo que por demás su aceptación resulta de la experiencia de cada trabajador. No existió el *Excelsior* de Rodrigo de Llano, como tampoco el *de* Julio Scherer; no existe el *de* Regino Díaz Redondo, porque es cooperativa desde hace sesenta años. Nadie podría reclamarlo como propietario personal.

G.C. *¿Qué ocurrió después?*

G.G.C. Escribí en *Proceso* los primeros 22 ó 23 números; recibía mis artículos Miguel Ángel Granados Chapa. En diciembre de 1976, Porfirio Muñoz Ledo me invitó a colaborar en la Secretaría de Educación, proponiéndome la dirección del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Le dije que días después daría respuesta a su invitación. Debía considerar el paso de crítico a director de una institución cultural.

G.C. *Es decir, habías sido un crítico, pero participado en el sector público de una u otra manera porque habías trabajado en el Instituto Nacional Indigenista. . .*

G.G.C. En un cargo muy menor, como subdirector de publicaciones.

G.C. *Pero participabas en el sector público, donde te conocí en 1963. Tú y Henrique González Casanova fueron lectores severísimos de mi tesis Los intelectuales y la política en México. Te vi varias veces; a Henrique, muchas otras. Ustedes me aclararon algunos problemas. Colaborabas en la Secretaría de la Presidencia con el doctor Emilio Martínez Manautou, después fuiste director de Difusión Cultural de la Universidad.*

G.G.C. Los ocho meses que estuve en esa dependencia con González Casanova fueron los de un aprendizaje indispensable para quien procura conocer el poder en nuestro país. Henrique y yo hicimos críticas a no pocos argumentos; aclaramos dudas históricas, limpiamos cierto estilo, defendimos a la Universidad, propusimos algo en relación con América Latina. Cerca de nuestro cuarto de trabajo estaban José López Portillo, como abogado y también Carlos Tello, Ifigenia Martínez, Emilio Mújica y Julio Rodolfo Moctezuma. De allí fui invitado por Javier Barros Sierra a Difusión Cultural. Dos años después ocurrió el enfrentamiento con ese gobierno. Lo único que lamenté al salir de ese Palacio, en mayo de 1966, fue no repasar los murales de Diego Rivera.

La izquierda mexicana ha convertido en rehenes a los intelectuales que han cedido a sus demandas; digo rehenes, porque los someten a un mágico estado de pureza en que no deben tener relación alguna ni con la iniciativa privada ni muchísimo menos con el Estado, lo que llevaría a un escritor a vivir en la atmósfera o como profesor en la pobreza irremediable.

G.C. *O como articulista.*

G.G.C. En uno y otro casos es imposible vivir ni como profesor universitario ni como articulista; los sueldos son escasos. La elección de trabajar en el sector público o en la empresa privada para mí no ofreció ninguna duda: el sector público. Conocemos

algunos destinos desdichados de quienes trabajaron en empresas privadas; por formación y principios considero que trabajar en el Estado es siempre un acto digno si uno comprueba con su labor que ha servido a su país. De los escritores que trabajaran en el Estado, dos casos son relevantes al demostrarse que la conciencia de la realidad es prioritaria a la del quehacer para sobrevivir. Dos ejemplos lo comprueban: el de José Revueltas y el de Octavio Paz; el primero, al renunciar a su cargo de coordinador de Asuntos Culturales en Educación, en su carta a Agustín Yáñez, por el asedio policiaco a quienes provenían de Cuba, en marzo de 1968, y Octavio Paz como embajador en la India por el crimen en Tlatelolco ese mismo año.

Mis consideraciones las escribí en el artículo que llevé a *Proceso* al aceptar la Dirección de ese Instituto. Días después, Fernando del Paso publicó una relación de hechos culturales desde Londres, si mal no recuerdo se titulaba *Carta de Londres* o *Carta de Inglaterra*. En un párrafo defendía a Carlos Fuentes, a quien yo había criticado por sus *Diez tesis sobre el PRI*. Refuté sus argumentos, no la participación que Carlos tuviera en ese Partido, lo que era muy su voluntad el hacerlo. Traté de hablar con Scherer, no estaba en México; con Vicente Leñero y me dijo que no sabía absolutamente nada. Envié una carta a Vicente, pidiéndole que la publicara. En mi contestación me referí al artículo en el que declaraba por qué había aceptado la dirección del Instituto. Julio me habló por teléfono: “No publico tu carta, retírala”. “La publicas porque me has ofendido”. “Es que yo no estaba en México y tampoco Vicente Leñero. . .” La publicó, casi escondida, en la última hoja de su revista. Como antiguo colaborador, fui traicionado por ellos. No hablo de su amistad porque es evidente que no existió.

G.C. Años después Fernando del Paso aceptó ser agregado cultural en la embajada de Francia.

G.G.C. La hipocresía de quien se consideraba santificado frente al gobierno. Nunca fui burócrata, tuve un cargo de dirección

cultural para defender el patrimonio de nuestro país. En mis actos no estuve en contradicción con mis principios. Pasaron algunos meses y una mañana me llamó Scherer: "Prepárate porque regresamos a *Excelsior*."

G.C. *Otra de sus fantasías por el poder.*

G.G.C. La fantasía de creerse director vitalicio. "¿Por qué regresas a *Excelsior*?" "Porque Jesús, el de Veracruz, como se refería de Reyes Heróles, ha logrado que sea revisada el acta de la Cooperativa de *Excelsior* en la Secretaría de Comercio; de esa revisión saldrá el fallo de que es ilícita la dirección actual, por lo que tendrán que reponer al director, ¡que soy yo!". Ocurrió que Scherer, como no puede contener nada en estricta privacidad, lo difundió por todos lados y se lo dijo, de manera imprudente, a Alan Riding, autor de *Vecinos distantes* y periodista del *New York Times*, quien envió la nota respectiva. Scherer dio a Ricardo Garibay la versión de la orden del presidente López Portillo. Garibay, a su vez, la difundió en la entrevista que le hiciera Jorge Saldaña por televisión. El escándalo fue inmediato. El editorial de Regino Díaz Redondo echó abajo aquella negociación, si la hubo, y por tanto la intervención de Reyes Heróles, si en verdad ocurrió. Julio atribuye al gobierno, inclusive al cuerpo de bomberos, el que no le hubieran dado la dirección del periódico. Lo que demuestra que procuró la intervención del gobierno cuando así le convenía. Ver al secretario de Gobernación para que le devolvieran la dirección del periódico no fue ingenuidad sino prueba de su menosprecio por los trabajadores de esa cooperativa. Procuró regresar al periódico, acta en mano, para ocupar la dirección por obra y gracia del Presidente.

G.C. *Una vez más se comprueba que cuando le conviene a Scherer utiliza en favor suyo el presidencialismo, y cuando no, lo combate.*

G.G.C. Poco después José Pagés Llergo me invitó a colaborar en *Siempre*, donde publiqué durante dos años y medio. Además de

una actividad intelectual, por necesidad económica —el sueldo de un director, en aquel entonces, era modesto— no abandoné mi cátedra en Ciencias Políticas. Quien desee revisar las cosas verá que muchos artículos no difirieron en cuanto a la crítica de lo que ya había hecho de 1971 a 1976 en *Excelsior*, es más, critiqué en la ocasión debida el proyecto nacional de López Portillo, lo digo porque un funcionario, aunque menor, debe expresar sus ideas y sus dudas públicamente, si, conforme a sus convicciones, considera su deber hacerlo. El Presidente jamás, ni por mediación de otra persona, me hizo indicación alguna. Hacia 1981 recibí una invitación de Regino Díaz Redondo, por medio de Jaime Labastida, para colaborar en el periódico. Me decidí en septiembre de 1982, precisamente el día 10. de septiembre al anunciar el Presidente la nacionalización bancaria. Hablé con Labastida: “Acepto; viene una lucha por la nacionalización y creo que es un paso acertado del Presidente”.

G.C. Difiero de esa opinión.

G.C. La respeto pero creo que dados los resultados económicos de la banca nacionalizada, debieron conservarla. Cabe agregar que esa nacionalización fue una de las demandas de la izquierda histórica de México y que, al decretarla López Portillo, salvo una o dos opiniones con el inevitable servilismo organizado por la CTM, la CNC y la burocracia se le consideró despojo. Al vender los bancos, todos a una lo aprobaron, lo que indica la política de esas organizaciones. Predomina el poder absoluto para nacionalizar o desnacionalizar. Partidos y sindicatos, organizaciones patronales o cívicas, forman el coro de la sumisión a ese poder; la crítica de algunos de ellos se advierte como lamentación. Nuestros gobiernos son reinados sexenales.

G.C. Fue desordenada la nacionalización y hubo especulación alrededor de eso.

G.G.C. Los datos bancarios fueron de grandes utilidades, de lo contrario no los habría comprado la iniciativa privada.

G.C. *El gobierno los salvó porque estaban quebrados.*

G.G.C. No los salvó, no podría haber salvado a toda la banca. No, las cosas como son; hay otros aspectos que pueden discutirse de la gestión oficial en empresas varias, pero no en la banca. El día 3 de septiembre publiqué mi primer artículo en defensa de esa nacionalización. En agosto de 1983, el día 16 —el 15 es aniversario de la muerte de Javier Barros Sierra— terminé mi curso porque el día 22 salimos hacia España para vivir un año en Madrid. Martha, en su año sabático. Podíamos vivir en aquel entonces en España con los mismos ingresos que en México y decidimos irnos a Madrid. Ahí estudié la historia de México en la Biblioteca Central, en el Archivo de Cortes —la etapa de la diputación mexicana de 1808— y algunos otros aspectos en el Archivo Nacional de España. Al día siguiente de nuestro regreso a México me hablaban de *Excelsior* para que diera una opinión de la Asamblea del PRI; la publicó Díaz Redondo en el espacio reservado al director. Al agradecerse, me dijo: “¿Se reintegra usted a *Excelsior*?”. “Sí, desde la semana entrante”. “Pero esta vez pasa usted a la primera plana”. Hasta entonces no había colaboraciones en esa plana fuera de las columnas de Manuel Buendía y de Djuka Julius. Cuando regresé en 1982 a la séptima plana en las páginas editoriales, nadie me ofendió en periódico alguno; al publicar mis artículos a fines de agosto de 1984 en la primera, empezaron los insultos. He pensado a veces que no les importaba mi regreso a *Excelsior* sino que fuera en la primera plana. Regresaron, con artículos esporádicos, Octavio Paz y Marcos Moshinky; de manera irregular don Manuel Hinojosa; periodistas como Bambi y María Idalia; reporteros, no pocos. A ninguno de ellos han ofendido. Jamás responderé a ese orfeón de desdichados.

Regresé a *Excelsior* porque un escritor elige su fuente de trabajo, lo que es un acto de autonomía moral.

Revisado lo que hace Scherer en su *Proceso* y los resultados de Díaz Redondo en *Excelsior*, el periodista está en ese periódico. Scherer no ha creado un semanario sino un sudario en el que cree envolver el cadáver de México cada semana. La causa es

explicable. En nuestro país dominan la hipocresía y la demagogia, lo que produce en algunos seres la extravagante creencia de ser jueces con la norma maniquea de dividir la realidad entre el Bien y el Mal, en cuyo combate no ocurre la aniquilación del Mal sino — conforme a la doctrina maniquea — su relegación al reino que le es propio, el de los adversarios perpetuos. Ni San Agustín pudo convencer de su error a los maniqueos de su tiempo, porque la soberbia era el soporte de su conciencia.

G.C. *¿Oposición política?*

G.G.C. Ésta la hacen los partidos, no los periodistas; sí, la crítica, pero lo asombroso es el negocio con el rencor de la clase media en forma esperpéntica. La causa es obvia: la crisis económica confina a esa clase en el desquite cotidiano de su murmuración.

G.C. *Rencor surgido de su temor, por demás histórico.*

G.G.C. Temor que lleva a nuestra clase a atribuir al gobierno la circunstancia; no procuran entenderla sino simplificarla. De ese territorio proviene el anarquismo, advertido por Engels en los enfurecidos jóvenes españoles de su tiempo, y el chisme político, que Juan Bosch reconociera como producto de Latinoamérica.

El chisme contiene la política que pasa de largo frente al poder que gobierna. Es, a la postre, el mejor aliado del presidencialismo. Debe inventarse cada semana para atizar el rencor. Es obra de un sísifo clasemediero; cuando imagina que ha demolido al poder, vuelve, soberbio y olvidadizo, a empezar de nuevo.

Frente al gobierno, pasa o lo dejan pasar como un aire a domicilio. Lo dramático ocurre a los intelectuales en un país dominado por los chismes. Hay escritores destruidos moralmente por los efectos de la murmuración. La crítica es por ello deslegitimada; es el juego terrible que desemboca en el antiintelectualismo.

LOS INTELLECTUALES Y SUS FANTASÍAS DE PODER A TRAVÉS DEL ESTALINISMO

G.C. Replanteando la teoría de los intelectuales y el poder, el liberalismo dio lugar a la idea del progreso y al socialismo y de éste, en nuestro siglo al marxismo. La crisis más significativa de la teoría del progreso se ha expresado en hechos históricos irrefutables de que la siguiente etapa de la sociedad, después del capitalismo salvaje, sería el socialismo científico. Fue una exaltación de lo colectivo y lo social donde sucumbiría el egoísmo y la irracionalidad. Bertold Brecht escribió que el individuo tiene dos ojos y el partido tiene mil; el partido contempla siete naciones y el individuo sólo ve una ciudad; el individuo cuenta con una hora pero el partido dispone de muchas. En México, los intelectuales se adhieren en estos términos al socialismo y formularon el estalinismo a un grado de dogmatismo y manipulación que cualquier crítica a la realidad, al pensamiento de Marx o a la teoría sociológica provocaba la furia de sus críticos. ¿Cuáles son las raíces de esta actitud?

G.G.C. La ignorancia. El marxismo es una síntesis cultural. No puede entenderse en resúmenes, prontuarios o manuales, salvo que se pretenda la simplificación en lemas para las provocaciones.

El Partido Comunista no educó a los jóvenes que se afiliaron con la esperanza socialista de hacer la revolución. Hemos recordado las expulsiones autoritarias de 1943. Veinte años más tarde la situación era tan deplorable como entonces; las *Memorias de un comunista* por René Avilés Fabila lo comprueba. Excepto la aclaración innecesaria del subtítulo y el prólogo, es un testimonio dramático de cómo la generación de Avilés Fabila fue engañada en el Partido Comunista. Lo que René escribe con humor, indigna: improvisación y estupidez de profesores que por los resultados

de su enseñanza no leyeron a Marx; militantes que eran espías y censores; afiliados en busca de cargos oficiales. Ruindad y desolación moral. ¿Qué hicieron de tantos jóvenes movidos por un afán de justicia? ¿Cómo fue posible tener por serio a un partido que propició la lucha honrada de unos cuantos y el desengaño de los jóvenes? Con razón al primer desafío: responder con una organización cultivada, ese partido se desvaneció.

Falta, sin embargo, un capítulo: aclarar el empleo de los fondos que el Partido Comunista Soviético destinó al mexicano en distintas épocas. Se conoce, por la copia de un cheque a nombre de Arnoldo Martínez Verdugo, la que pudo ser la última cantidad; en España, por ejemplo, existen copias de los recibos de tres dirigentes. Los subsidios se distribuían entre 90 organizaciones en el mundo, lo que explica la fuerza que aquel Estado organizara para sus fines de expansión que nada tuvieron de socialistas.

Años y años de enrostrar a quienes trabajaban en el gobierno de corrupción por “servir a la burguesía”, y depender de las partidas de miles de dólares de un gobierno extranjero que en su colapso ha demostrado que jamás, en país alguno, fomentó la organización de los trabajadores sino los baluartes, mayores o menores, de la Unión Soviética frente a los Estados Unidos. La manera de ver la realidad en el Partido Comunista fue unilateral por las consignas del Politburó de la Unión Soviética y lamentable ver cómo algunas de sus definiciones políticas o de los Congresos se convertían en juicios sumarios, fielmente aplicados por los latinoamericanos.

G.C. Ya en los años sesenta, Raymond Arón escribió que “el verdadero comunista es el que acepta toda la realidad soviética en el lenguaje que se le dicta”.

G.G.C. Lo ocurrido desde 1989 es el descubrimiento más vergonzoso de la historia contemporánea: el engaño de veinte generaciones de socialistas. En lo personal, desde los procesos de Moscú y la persecución de Trotski, me aparté de las organizaciones de izquierda, conservando cierta emoción por la utopía socialista,

que a pesar de las defecciones que se han sucedido, la mantengo viva en mis convicciones. Por eso creí, en 1959, en la Revolución cubana. Podía verse como señal histórica.

El socialismo llegó a Cuba con evidentes contradicciones insalvables, asediado ese pueblo por el bloqueo de los Estados Unidos.

G.C. En la Unión Soviética se pretendió hacer una sociedad nueva en la historia, pero fatalmente derivó en el estalinismo, no la dictadura del proletariado sino la del Partido, no la del partido sino la de Stalin.

¿Cómo lograron encubrir el atraso y la pobreza que hoy estalla en la antigua Unión y en las democracias que fueran populares?

G.G.C. Por distintos medios se supo lo que en verdad era el sistema soviético. Después de la acusación de Jruschov, en los Estados Unidos ocurrió la renuncia de Howard Fast.

G.C. De esa experiencia escribió El Dios desnudo.

G.G.C. Fast continuó el sentido crítico de Ignacio Silone en su *Salida de urgencia*, uno de los primeros testimonios del estalinismo contra Trotski.

El juicio sordo y sumario contra Fast influyó en la persecución contra los críticos del estalinismo hasta la época de Bresnev.

El antiintelectualismo tuvo dos vías, la de la tradición de la derecha y la de la izquierda impulsada por el Partido Comunista Mexicano. La primera, obstinada, capitalista y clerical, al ver la violencia verbal de los comunistas —la izquierda generalizada—, les cedió el móvil de los anatemas. El antiintelectualismo pasó de los estigmas de la derecha a la fraseología izquierdista. Años atrás ser liberal era incurrir en masonería, ateísmo; después, en los sesenta, serlo representaba el comunismo. En realidad fue una batalla de la crítica contra el estalinismo, no oposición al socialismo. Los críticos de Stalin eran marxistas o socialistas bersenianos, social-demócratas que impugnaban el sistema soviético.

Así, en México, apartados de los grandes debates, el antiintelectualismo de izquierda no advirtió el servicio impagable que hacía a la derecha histórica, a la burguesía, que repudia la cultura, al gobierno y arrincona a los críticos.

G.C. *¿Esa transposición, tuvo sacudidas en el juicio común sobre los intelectuales?*

G.G.C. No de manera amplia. Como es frecuente en países educados en la complicidad, como el nuestro, y proclives a la murmuración, la embestida fue de voz en voz, si bien la izquierda ha tenido sus agujones que pican a la señal anticomunista. Es asombroso cómo se prestigian mediocridades, se enaltecen obras menores y se desprecia una crítica concreta; lo que ha consolidado la situación que dicen combatir. Sus afiliados son aptos en generalizar sin comprometerse. La propensión teórica es una forma de eludir el análisis de los hechos con el método de la teoría.

G.C. *¿Pero, y el traslado de la derecha a la izquierda contra los intelectuales sin partido?*

G.G.C. No fuimos caso único. En el admirable libro de Richard Hofstadter, *El antiintelectualismo en la vida norteamericana* — premio Pulitzer, por cierto —, advirtió que el código del Partido Comunista de los Estados Unidos, en los años treinta, era similar al de los hombres de negocios. Hofstadter enumera las categorías coincidentes. Si hiciéramos algo semejante al revisar las coincidencias en los años sesenta, descubriríamos las analogías. Una conclusión primera es necesaria: el antiintelectualismo de los años cincuenta, con sus listas de la demonización de quienes viajaban a la Unión Soviética o eran partidarios de la paz — recordemos la pintura de Diego Rivera pidiendo firmas con Efraín Huerta y Enrique González Martínez entre otros — desaparecieron en los sesenta.

G.C. *Por la revolución cubana. El socialismo a las puertas de América.*

G.G.C. La revolución cubana tuvo un ascenso emocional que derivó en entusiasmo — por las características de los líderes cubanos — y en voluntarismo político. Si los universitarios con audacia y valor se lo proponían, podían cambiar el rumbo de sus países como en apariencia lo habían hecho los cubanos.

G.C. *Esa revolución encendió la imaginación hacia el socialismo. Vendría la declaración de Castro de su marxismoleninismo para que los partidos comunistas levantaran su protagonismo. Fue el momento del paso de algunos intelectuales a la revolución socialista.*

G.G.C. En dos tiempos: asombro y entusiasmo ante el descenso de los combatientes en Sierra Maestra para dirigir su país, y el de la declaración de Fidel Castro, que fuera el paso de Cuba al orden soviético. Momento, el primero, de proximidad de intelectuales y después de un obvio mutis hasta el rompimiento de Vargas Llosa.

G.C. *¿Tuvo el boom cierto apego a la Revolución cubana?*

G.G.C. Sin duda; formaba parte de ese grupo Alejo Carpentier, fiel al curso de esa revolución. El antiintelectualismo desaparece del temario de los murmuradores de la izquierda para volcarse en la ponderación de los escritores revolucionarios. Fue el tiempo en que el *boom* amplió su clientela con la radical de América Latina. La hora del entusiasmo desapareció en nuestros países; quedó un sentimiento de frustración y de nostalgia por lo que pudo ser la primera nación socialista.

G.C. *Los críticos del estalinismo se retrajeron en ese tiempo. No había ocasión ante el desbordamiento por la causa de Cuba. ¿Pero cómo, en un principio, empezó la crítica a ese sistema?*

G.G.C. Octavio Paz fue el crítico más alerta ante el estalinismo. Durante los años que Paz vivió en París tuvo amistad con los surrealistas quienes denunciarían las deformaciones de Stalin.

Paz, que había pasado por la experiencia de la guerra de España, vio en Europa lo que ningún otro escritor mexicano, de allí su deslinde crítico sobre el socialismo y su perversión estalinista. Su crítica no fue reaccionaria sino reveladora, si bien incurrió en extremos en sus juicios sobre el muralismo, el de Rivera y el de Siqueiros.

El tiempo no da razón a nadie, lo que sucede es que el crítico independientemente indica o reprueba un aspecto de la realidad y éste resulta acertado al estallar el conjunto del problema. La edad de los vaticinios ha pasado. La demoledora crítica de Popper ha demostrado la imposibilidad de predecir el curso futuro de la historia humana por métodos racionales o científicos.

La crítica de Paz al estalinismo no fue profecía sino conclusión.

G.C. ¿Cuáles serían las diferencias latinoamericanas entre comunismo y socialismo?

G.G.C. Los socialistas mexicanos en el siglo pasado calificaron a los comunistas de autoritarios. Infortunadamente esa tradición crítica fue truncada por la dictadura durante treinta años. La Casa del Obrero Mundial inició sus impugnaciones por la situación concreta de los obreros y la influencia teórica de anarquistas catalanes; después, en los principios del Partido Comunista — antes de 1919 — por la iniciativa de Pablo Zierold. Lombardo, de su aprendizaje de las condiciones de los obreros en la CROM llegó al descubrimiento de Marx en 1933. El marxismo, por esas causas, tuvo la deformación de la emoción revolucionaria anarquista en los trabajadores más alertas, y la estricta visión académica de Lombardo Toledano y Víctor Manuel Villaseñor, principalmente; las dos corrientes desvinculadas de la tradición de las luchas obreras y sus tentativas teóricas.

Esa realidad determinó que los obreros, en mayoría, estuvieran al margen del Partido Comunista — además por la ignorancia y la improvisación de sus dirigentes — y distantes del marxismo académico que no podían entender.

G.C. *Sin embargo, Lombardo fue el líder fundador de la CTM.*

G.G.C. Sí, porque su experiencia en la CROM — desamparo de los obreros y corrupción de sus dirigentes — le llevó a emprender una lucha sostenida por la aplicación del Artículo 123 y su ley reglamentaria, lo cual terminó en la formulación del contrato colectivo; sus explicaciones teóricas de distintos problemas nacionales e internacionales contienen las dos vertientes de la teoría marxista y de la lucha concreta de los obreros frente a una clase patronal intransigente.

Lombardo expresó sus ideales socialistas en dos formas: en lo internacional reconoció en la Unión Soviética al primer estado socialista que había comprobado la teoría histórica de Marx; en lo interno, el deber de luchar por los trabajadores en sus sindicatos y frente a los empresarios; las dos formas sustentaron su antiimperialismo. Su conocimiento de la historia de México dio bases seguras a su interpretación de las luchas nacionales, excepto el papel de las ligas de los artesanos en el siglo pasado.

G.C. *Lo que se conocería un año después de la muerte de Lombardo en El socialismo en México, que publicaste en 1969.*

G.G.C. Hablamos de la dicotomía de Lombardo como expresión personal de la más vasta y compleja del movimiento obrero ante el Partido Comunista. La generación de 1915 — excepto Manuel Gómez Morín — admiró a Stalin.

G.C. *Eran los inicios del marxismo. No se veían las contradicciones y los errores del estalinismo que después algunos teóricos explicaron. La concentración de todas las relaciones del poder, políticas y culturales, encarnadas en un solo hombre que configura el culto a la personalidad es el estalinismo; de allí surge la obediencia dogmática, el terror despiadado y la legitimación de la burocracia que, para no perder derechos y prebendas, se convierte en mecanismo de presión. El monopolio de la información y de la comunicación da como resultado el sectarismo y la soledad en el*

poder. La ideología y el sentido místico los transformó en antiintelectuales al abolir la crítica. Este antiintelectualismo apareció en las facultades y en escuelas de la Universidad como Economía, Ciencias Políticas y Ciencias. En Guerrero, en Sinaloa, en Puebla, donde con la apariencia de intelectuales hacían apologías esquizofrénicas del pensamiento marxista. El proyecto de estudio que presentaban sobre Marx era absolutamente irracional. Dividían a Marx en dos: el Marx científico de El capital y el de los Escritos filosóficos, repitiendo las tesis dramáticas de Louis Althusser de quien ahora sabemos era esquizofrénico y sólo había leído parcialmente a Marx. Él pasó del fanatismo católico al fanatismo comunista, como sus numerosos discípulos en México.

G.G.C. El marxista tiene antecedentes en el catolicismo y más aún en países como el nuestro; el catolicismo despojado de cristianismo es clericalismo de orígenes coloniales. El clericalismo que se opuso a la Constitución de 1917, que se reaviva de 1926 a 1929 y que, a partir de entonces, pasan al socialismo en grado emocional. Engels, ante los anarquistas de Barcelona advirtió que la simplificación de la realidad producía estados de rechazo de la autoridad, personificada en los funcionarios del Estado. El odio a la autoridad se entrelaza con el odio al padre y al profesor con la abstracción de las instituciones.

G.C. *Más que teorías de Marx debía ser explicada con el psicoanálisis freudiano.*

G.G.C. Entendían el marxismo como liberación de las ataduras familiares y sociales. Donde parecía que eran grupos resueltos para conquistar ciertas libertades, coincidían con la derecha histórica en su odio al Estado.

G.C. *Era el rencor ante el mundo burgués, decadente y sin porvenir.*

Recuerdo que en mi inicio como ayudante de profesor, en 1966, Arturo González Cosío, excelente maestro de Teoría Social, pro-

puso el estudio amplio de la sociedad, con la teoría de las clases por Ralph Dahrendorf y un libro deslumbrante, La miseria del historicismo de Karl R. Popper; además de Ortega y Gasset. Numerosos estudiantes se opusieron a lecturas que calificaron de reaccionarias. Creo que la crisis del marxismo y la crítica a los intelectuales se centra, principalmente, en el mundo imaginario de héroes y antihéroes de un marxismo como fatalidad en una metafísica de la certeza. El capitalismo, reiteraban, vive su decadencia; nosotros somos sus críticos y seremos los héroes del porvenir, luego triunfaremos. Era la idea de una fe que empezara con Platón, que retomara San Agustín y después Santo Tomás; que Hegel explica como un fundamento cristiano y que Marx reinventa en el materialismo dialéctico.

G.G.C. Los intereses de los intelectuales, ya lo dijo Alvin W. Gouldner, son primordialmente críticos, emancipadores, intérpretes de textos y, a menudo, políticos; es verdad, a condición de no afiliarse a un partido. La crítica en un partido es imposible y fuera de él, frente a sus adversarios. No se trata de la crítica en estado de pureza teórica, sino de la exclusión que la perverte, el llamado compromiso; la docilidad de los que fueran “compañeros de viaje” del Partido Comunista y que ahora, sin partido, forman la hidra de mil voces que nada tiene que ver con la crítica y sí con los prejuicios de las mafias.

G.C. Sartre —no olvidemos que él iba de un lado a otro en sus confusiones— expuso la idea de que sólo estaba comprometido el estalinista, lo que sonaba ridículo en los años de Las manos sucias. Sartre, en esta obra, dijo que el problema de los comunistas era el dogmatismo que los llevaba no a querer transformar el mundo sino a destruirlo; su afecto-amor al Hombre era falso ya que detestaban a la humanidad.

El odio político llevó a diversos grupos de la izquierda al linchamiento simbólico.

G.G.C. Si de símbolos se trata, el episodio de la manifestación frente a la embajada de los Estados Unidos, al quemar en efígie

a Octavio Paz fue un linchamiento simbólico. Escribí un artículo en que señalaba que por vez primera se había ajusticiado en las calles de México a un escritor. Disentí de algunos juicios de Octavio respecto de la revolución de Nicaragua, porque esa revolución fue necesaria para destruir algo de lo que Vasconcelos viera como el neovirreinato de los Estados Unidos en América Latina. La revolución nicaragüense, en el momento del desalojo de Somoza, dio un paso hacia la independencia social de ese país; si bien el gobierno de los sandinistas fue torpe, simulador y corrupto. Una fue aquella toma del poder en sus inicios y otra la administración de la rebeldía. Los Estados Unidos jamás tuvieron razón contra Nicaragua. La dirigencia sandinista no logró desarrollarse en libertad. El neocolonialismo es un hecho histórico, los ejemplos de Granada y Panamá lo demuestran, pero eso no excluye los desmanes de apropiarse casas para la habitación personal de aquellos dirigentes. Fue, con otros despojos, un retorno a Somoza, no inicio de un gobierno inspirado en Sandino.

Aquel discurso de Paz en Frankfurt no fue exposición de los juicios de la derecha sino continuación de sus argumentos sobre las revoluciones alineadas a la Unión Soviética. La izquierda pudo refutarlo pero prefirió quemar su efigie. Atroz signo de su renuncia a la crítica. Pasado el tiempo esos grupos se lanzaron, denodados, a la conquista del poder. No rectificaron su política, lo que revela sus fines de gobierno. La intolerancia termina siempre en el reino de la persecución donde "cada cabeza es un tribunal", como dice una antigua sentencia; este fue el peligro histórico del estalinismo: dotar a cada partidario de poder persecutorio.

TROTSKI EN COYOACÁN

G.C. *El año de 1919 surge en forma abierta la pugna de Stalin en contra de Trotski, quien había organizado el Ejército Rojo. Era junto con Lenin el bolchevique más admirado. Stalin no podía tolerar tal situación. El odio político tenía su origen en un hecho trivial: la envidia de Stalin a los que sobresalían más que él. Poco a poco y debido a la enfermedad de Lenin, Stalin empezó a usurpar funciones de todos los demás miembros del comité central y aún las militares como las de Trotski. Pero éste, seguro de su poder y su inteligencia, casi no lo tomaba en cuenta, más bien lo despreciaba, error de conducta que lo condujo al fracaso político.*

La acumulación y centralización del poder que hizo Stalin en su propia persona ya nada ni nadie podía detener. Para ello utilizó una mezcla de paciencia, firmeza patriarcal, austeridad, fe fanática en sus proyectos, que consideraba indiscutibles, intriga y simulación como ningún miembro del politburó. Su fuerza era tal que aun miembros del partido que se le oponían, al final de las votaciones lo confirmaban en el poder. Stalin, hábilmente, inventó el culto del marxismo-leninismo. Y él aparecía como un descendiente directo de Marx y Lenin.

Por otra parte, Trotski rechazaba toda esa ideología y culto a la personalidad y todas las teorías sobre el socialismo en un solo país. Pero Stalin acusó a Trotski de pesimista, de provocador por hablar de la revolución mundial permanente y de intelectual pequeño burgués.

La tesis de Stalin de que la revolución soviética era autosuficiente y que el socialismo en un solo país era fundamental para extender la revolución a otras sociedades fue un lema que se repitió por todas partes. Stalin no solamente era el organizador, el administrador, el que impartía justicia y legitimaba el terror

político y policiaco en contra de los reaccionarios (generalmente lo eran los que no estaban de acuerdo con sus ideas) sino, además, el teórico de los nuevos lineamientos del partido. Ya para 1925 Stalin tenía muy claro que la revolución tendría que industrializar lo más rápidamente a Rusia. Y se tenía que obligar a más de cien millones de campesinos a liquidar su mentalidad pequeño burguesa, proclive a la propiedad y aceptar la socialización del campo.

Era una empresa titánica y por eso debía tener en sus manos las riendas de todo el poder. Stalin logró en 1925 expulsar del partido a Trotski acusándolo de revisionista, oportunista, etcétera, etcétera. En el año de 1929 Trotski salió al exilio. Stalin, solo, haría la historia y pronto consiguió que en los recuentos de los participantes de la revolución, Trotski no apareciera. Se les empezaba a olvidar que las ideas sobre la política, la historia y la revolución y las perspectivas del socialismo democrático se plasman en cientos de brillantes páginas de los libros que Trotski escribió con ironía, erudición, humanismo, penetración psicológica y moral.

Stalin se encargó de borrar de la historia política soviética que Trotski fuera el creador del Ejército Rojo sin el cual no hubiera sido posible consolidar la revolución, e inventor de la teoría de la revolución permanente, donde insistía que la revolución socialista sólo podía crear un orden democrático en Rusia sin revoluciones similares en países más avanzados. Stalin jamás le perdonó su brillantez y su inteligencia. Trotski fue perseguido, acosado, no solamente él sino también su familia. Ya en el exilio denunciaría la corrupción del estalinismo burocrático. Trotski tenía interés por la literatura, el arte y la educación en función de un nuevo hombre. Trataba de llegar en sus escritos a descubrir las raíces del atraso espiritual de Rusia. Hablaba de la necesidad de una acumulación cultural primitiva que era por lo menos tan urgente como la necesidad de una acumulación industrial. Se opuso siempre a todo dogmatismo artístico englobado en la torpe idea del realismo proletario. Trotski decía que es fundamentalmente erróneo oponer una cultura y un arte proletario a la cultura

y el arte burgués. Es cultura nada más. Si Trotski no solamente hubiera sido el jefe del Ejército Rojo, tan sólo con haber escrito la Historia de la Revolución Rusa, Mi vida y La revolución traicionada, que son algunas de sus más extraordinarias narraciones, habría pasado a la historia de la cultura política más significativa del siglo XX. Pero todo lo borró Stalin. Trotski fue asesinado por un agente estalinista en el barrio mexicano de Coyoacán, en 1940.

Podrías explicar las causas del acoso a Trotski por el Partido Comunista Mexicano, por Diego Rivera, por Lombardo Toledano y la hoy célebre Frida Kahlo. Y el combate contra él de los comunistas; unos lo acusaban de peligroso bolchevique; otros, de contrarrevolucionario y fascista. Siqueiros, además, pretendió asesinarlo en el asalto a su casa. ¿A qué se debió ese insólito odio contra un exiliado político?

G.G.C. Se trata del mayor ejemplo de intolerancia que ha ocurrido en el México contemporáneo. La vida de Trotski en nuestro país revela dos aspectos del odio político; uno el de la persecución de un hombre por defección o agravios a un poder extranjero, que por identificación ideológica de algunos mexicanos con él se convierten en sus agentes aun en contra de los principios e instituciones de su propia patria y, otro aspecto, que esa conversión arrastrara a hombres inteligentes como Lombardo Toledano.

En el primer aspecto se omitió el derecho de asilo, antigua tradición mexicana vuelta principio diplomático en este siglo; en el segundo, el cumplimiento de fines ajenos a los de la nación hizo de no pocos mexicanos agentes extranjeros para cometer, auspiciar o justificar el asesinato de un opositor a Stalin.

Esa segunda forma fue moral y políticamente una contradicción insalvable al perseguir a un opositor político como Trotski un partido, como el Comunista Mexicano, opositor él mismo a las instituciones del Estado Mexicano.

Uno y otro aspectos sólo pueden explicarse por el fanatismo, resultado de la ideología de un poder que hizo del internacionalismo de su causa el fin de sus "asaltos a la razón" y a las

instituciones, condenadas de antemano por corresponder a regímenes capitalistas.

El estalinismo no fue una ideología marxista, acaso leninista, que llevó a miles de hombres a quebrantar principios y normas de la moral y la cultura para un fin: el dominio dictatorial por el terror y la guerra; la exclusión y el *Gulag*, sigla de la Dirección General de Campos de Concentración. En la antigua Unión Soviética el horror en esos campos, el exterminio de los disidentes políticos o de los marinos en Kronstadt, ordenada por Kamenev y aprobada por Trotski, anteceden al de los miles de campesinos de Bielorrusia y los asesinatos individuales por los agentes de la NKVD —Departamento Político Secreto del Pueblo para Asuntos Interiores— encargado de combatir al trotskismo fuera de Rusia, constituyeron el sistema de Stalin. El socialismo no puede confundirse con esa dictadura.

G.C. *¿Fueron agentes de ese Departamento quienes condujeron el asesinato de Trotski?*

G.G.C. Antes de indicar el origen de las pruebas que así lo demuestran, debemos recordar los actos previos de ese crimen: la campaña para destruir la personalidad de Trotski y el asalto de Siqueiros y los Arenal a su casa en Coyoacán.

La campaña se condujo en *Futuro*, revista de la Universidad Obrera; artículos y caricaturas, y las crónicas en *El Día*. Fueron implacables; lanzaron cuanto infundio pudieron contra Trotski hasta culminar, con obreros de la CTM, en la manifestación previa a su asesinato. Coincidente o no, indica el estado emocional que anteciedera al crimen.

El asalto dirigido por Siqueiros ocurrió el 23 de mayo de 1940. En el último capítulo del libro de Victor Serge sobre la vida y la muerte de Trotski, consta el desgarrador testimonio de Natalia Sedova. No más de cinco minutos de terror. Los recuerdos de Natalia tuvieron otro ángulo, el de Esteban Sedov, su nieto, relatado en noviembre de 1970. El asalto de Siqueiros se vio como hazaña fallida; acto desorbitado, propio de su ánimo endemo-

niado contra el enemigo mayor del jefe del comunismo; eso explica que en torno de su prisión y exilio a Chile no hubiera la condena que merecía. Lo de Siqueiros y sus secuaces antecedió al asesinato por Ramón Mercader, como se llamó quien pasó por Jackson o Jacques Monard, su triple identificación de agente del NKVD.

Hasta la publicación de *Ramón Mercader, mi hermano*, por Luis Mercader y Germán Sánchez, en 1990, se conoce por fin la historia de Mercader, sus vínculos familiares con el estalinismo y la dirección del atentado por el general mayor del NKVD, Leonid Alexandrovich Eytingón y de Caridad Mercader, su madre, quien estuvo en México años antes del asesinato de Trotski, como enviada por la República española para conseguir ayuda en armas. Una fotografía comprueba la importancia de su misión en México: vestida de miliciana, desfiló en el zócalo junto a Lombardo Toledano y Miguel Ángel Velasco, una mañana de 1936.

Cuando Ramón entró a la casa de Trotski, el 24 de mayo de 1940, le esperaban a cien metros de la puerta, en un automóvil, Caridad y Eytingón. Los gritos mortales de Trotski impidieron su fuga. Todo estaba cuidadosamente planeado. Caridad y Eytingón salieron de México; Ramón, de la cárcel —por “buena conducta”— en junio de 1960; el 23 de marzo le dirigió a Gustavo Díaz Ordaz, entonces secretario de Gobernación, una carta manuscrita diciéndole que no tenía “ningún inconveniente en ser entregado a las autoridades diplomáticas de Checoslovaquia”, firmada como Jacques Monard. Su verdadera identidad se descubrió después de otorgársele la cruz de “Héroe de la Unión Soviética”.

Mejor prueba de que el asesinato de Trotski fue ordenado por Stalin, no podría darse. El propio Trotski definió cual ninguno el estalinismo: “. . . en un momento dado de la historia, Stalin. . . ha deducido la potestad invasora de la violencia en general. Sin darse cuenta siquiera, ha hecho pasar la violencia revolucionaria ejercida contra los explotadores a la violencia contrarrevolucionaria contra los trabajadores. Así, degenerando las fórmulas, es como se cumple la liquidación de la Revolución de Octubre”. Lo advertido por Trotski es la historia del ciclo revolución-

contrarrevolución. A Robespierre no le fue dado observar el tránsito de ese ciclo, cayó en la misma vorágine que desatara; a Trotski, sí. Su verdadero testamento, guiado por esa idea, *Los crímenes de Stalin*, escrito en la misma mesa donde fuera asesinado, lo terminó en el verano de 1937 en Coyoacán. Ante la desaparición del estalinismo gobernante es todavía un análisis actual para entender sus derivaciones políticas. No poco de Stalin revive en Yeltsin, lo que es inquietante. ¿Habrá en ese país un concepto histórico del autoritarismo por sobre leyes y costumbres, de Iván el Terrible a Stalin, o de Bresnev a Yeltsin, que desvíe las reformas de Gorbachov?

G.C. *El odio a Trotski fue resultado de la rivalidad de Stalin, del afán de que ninguno de los antiguos bolcheviques hicieran sombra a su poder y, por delegación ideológica, de los comunistas de muchos países, incluyendo a los mexicanos; pero Cárdenas, que lo asiló, qué dijo ante su asesinato.*

G.G.C. El odio de Stalin a Trotski fue, además, el de quien se consideraba el crítico sagrado de la Revolución. Roy A. Medvedev, en su admirable denuncia: *Que la historia juzgue*, consignó el terror literario. Entre 1946 y 1952 se editaron, entre libros y folletos, seiscientos títulos con un tiraje de 20 millones de ejemplares dedicados a difundir los discursos y artículos de Stalin para deificarlo como el teórico infalible del socialismo, lo que significó que las últimas generaciones soviéticas vieran en él la omnisciencia en el Kremlin.

Stalin no podía soportar que Trotski refutara sus ideas y demostrara el alcance de su dictadura. El libro que Trotski escribiera en Coyoacán pudo ser una de las causas para que Stalin ordenara su ejecución.

El dogmatismo que difundieron los comunistas de todos los países produjo el culto extremo al poder asociado a una emoción religiosa, lo que explica el fanatismo que ha sido el signo de esta época.

No olvidemos el verdadero reverso de los "poemas" a Stalin por Neruda o Nicolás Guillén, la persecución, el destierro, el fusila-

miento o el asedio para escapar por el suicidio en el desfile de los perseguidos: Ajmátova, Mandelstam, Esenin, Gumiliev, Koltov, cronista de la guerra española. . .

En sus *Apuntes*, Cárdenas escribió el 21 de agosto: “La sangre de Trotski será un fertilizante en los corazones de su patria.” No lo ha sido. Trotski es aún la memoria proscrita.

Queda; no obstante, el servilismo de los comunistas mexicanos — con algunas, pocas excepciones — ante la Unión Soviética y sus “compañeros de viaje”. Su ofensiva contra Trotski es una de las páginas vergonzosas de su política. En Coyoacán se conservan sus cenizas con las de Natalia Sedova, quien pusiera la intensidad de su propia vida para acompañarlo en su desigual lucha. En esa casa propuse a Fausto Zapata, entonces Delegado de Coyoacán, el centro dedicado a la historia del derecho de asilo, con el fin de que las izquierdas no omitieran, en el futuro, los episodios de la persecución y la intolerancia.

LOS INTELLECTUALES, UN TRAZO HISTÓRICO

G.C. Es necesario reconocer que el marxismo fue no solamente una visión ideológica, con frecuencia confusa y dogmática de los intelectuales, sino esperanza racional para luchar en contra de otra certeza, también histórica y política, de que la política se ha transformado a partir de la modernidad con la aparición de lo irracional, de la violencia que se expresó en el nazismo, en el fascismo, en el estalinismo, en el macartismo, en las guerras locales que produjeron tanto el socialismo como el capitalismo y ahora con la crisis ecológica. Es un hecho que el intelectual, a partir de esa circunstancia, se ha visto relegado y sumido en su mayor crisis como figura histórica y política. Su sueño de volver racional la política se transformó en utopía o en demagogia. Se podría decir que la actividad del intelectual frente al diálogo de sordos que ha habido entre los escritores y el poder va a continuar ¿O crees que se pueda superar esa situación del asalto a la razón?

G.G.C. No creo que la relación entre los escritores y los gobernantes se modifique en el futuro inmediato, quizá no viviremos para ver si ocurriera algún cambio en ese sentido. Ser intelectual supone ser crítico y serlo representa una actitud moral ante el poder que se argumenta conforme a los problemas concretos. Esta conducta, sin la cual no sería posible entender quién es y quien no es intelectual, excluye la relación de las diversas especialidades: novelista, poeta, cuentista, con el poder. ¿Qué podría entenderse por esto? El intelectual asociado al poder justifica los actos de gobierno. Decía Lord Acton que el poder absoluto corrompe absolutamente. Si nosotros sustituimos poder absoluto por presidencialismo, la sentencia de Acton es aplicable a nuestro país. El presidencialismo ha tenido, en la historia de México, variantes distintas y un mismo sello absolutista. Imposible que un intelectual

del siglo pasado, en las distintas etapas de los asaltos al poder, por Santa Anna, principalmente, estableciera una relación política con él. José Fernando Ramírez, un nostálgico del poder virreinal, le advirtió de un problema nacional sin ser oído. La realidad fue perseguir a los escritores.

G.C. *En el periodismo, singularmente combativo.*

G.G.C. Singularmente contra los poderes que impedían la consolidación del estado republicano: el ejército, el clero y los nostálgicos del trono de España; el de quienes, al decir de Guillermo Prieto, se educaron a la sombra del altar y de la corona.

En las crisis políticas los escritores liberales fueron la avanzada de la ruptura contra las instituciones coloniales. José María Luis Mora es en verdad la mente política más aguda de la prerreforma; seguirían Juan Bautista Morales, *El Payo del Rosario* —Pablo de Villavicencio— Mariano Otero, el desigual Carlos María de Bustamante, Guillermo Prieto, hasta Ignacio Ramírez, que divide con su crítica al país de la Colonia del que propondrían los reformadores en los debates constitucionales de 1856. El país que propusieran fue impedido o deformado. Algo lograron al expedirse tres años después las Leyes de Reforma. No era proposición para la utopía mexicana sino un proyecto para descolonizar el país. Zarco, en uno de sus últimos discursos en el Congreso, dijo a nombre del pequeño grupo de la Reforma: “. . . no podemos aceptar esta Constitución que será, no el símbolo del partido progresista, sino la transacción con las circunstancias. Así se comprenderá que guarde silencio sobre la cuestión religiosa, que no establezca el sufragio universal, que no introduzca el juicio por jurados, que mantenga la pena de muerte, los grillos, las alcabalas. . .” y además, dejaba en voto personal el problema fundamental de la gran propiedad agraria.

Los reformadores fueron, antes y después del Congreso, los críticos de la sociedad colonizada a la que trataron de desaparecer. Ellos, y nadie más, son los modernizadores de México; los críticos salieron de la prensa —principalmente de *El siglo XIX*—, al Congreso y al gobierno itinerante de Juárez para volver a los

periódicos. La ideología de la Reforma fue la crítica del estado colonial, aún no desaparecido, por ejemplo, en la aceptación del presidencialismo que es un poder que viene de siglos en cuanto suma de facultades legales y políticas. A los reformadores debe México las libertades fundamentales, incluyendo la idea de la democracia como participación en los asuntos del Estado. Su empeño fue difícil, arduo, sostenido. La crítica intelectual tiene en ellos —Ramírez, Arriaga, Zarco, Prieto, Ocampo, Olvera, Castillo Velazco— el grado mayor: frente a la dictadura de los conservadores con Santa Anna, para impedir el proyecto de Lucas Alamán a quien, sólo por ignorancia, enaltecen; contra la guerra de conquista del 47 y la intervención francesa; la desesperanza de México, el odio de la Iglesia. . . en fin, fue el grupo sin grupo —necesitamos, dijo Zarco, del peligro para unirnos— que descoloniza al país en todos los frentes. Algo de lo suyo, después de más de 150 años, se compila ahora. Será la biblioteca de la crítica nacional.

G.C. ¿Sólo fueron críticos en sus artículos?

G.G.C. No del todo. Prieto en sus *Memorias* y en sus *Viajes de orden suprema*; Iglesias en sus *Revistas*, y con otros escritores, el libro sobre Santa Anna en la guerra contra los Estados Unidos. El “libro de los quince”, como también se le conoce, juicio sobre los episodios de aquella guerra, que Santa Anna ordenó quemar; de los pocos ejemplares preservados, uno de ellos fue propiedad familiar de Javier Rondero; gracias a él se reeditó en este tiempo. Un siglo después Luis Cabrera, en memoria de aquella bárbara invasión, tradujo el *Diario de Polk* relativo a México y los documentos oficiales recopilados por M. Quaife, en uno de los cuales el almirante Slidel, en el Informe confidencial a James Buchanan, Secretario de Estado, relata su plática con Santa Anna, exiliado en La Habana; testimonio cuya lectura indigna al comprobarse su traición. Los quince, sin pruebas, lo infirieron del relato de cada batalla, celosamente organizada la derrota para que los Estados Unidos pudieran apoderarse de más de la mitad del territorio de la República. Sí, somos un pueblo desdichado.

G.C. *Debemos recordar que ese prototipo de intelectual mexicano es un ejemplo histórico. Ellos intervinieron en los asuntos públicos porque fueron escuchados. Hubo entendimiento entre el gobierno y las reformas sociales y también rupturas como la de Ramírez con Juárez. ¿Tuvo parecida influencia política el intelectual del porfiriato y el que surgió en 1910?*

G.G.C. Los reformadores al ser ministros no abandonaron su condición de críticos. Zarco, por ejemplo, Secretario del Interior —equivalente al de Gobernación— al expulsar Juárez a dos o tres embajadores, entre ellos al nuncio apostólico, demandó que en el acuerdo respectivo constara su discrepancia; Prieto manifestó su inconformidad por una reelección de Juárez, y Altamirano, de la generación siguiente, como diputado, hizo una enérgica crítica al gobierno. Esas actitudes constituyen la tradición del intelectual en el servicio del país; el servilismo es cosa que aparece en los gobiernos conservadores y alcanza plenitud durante el porfiriato.

Desde su inicio en 1876, al llegar al poder mediante un cuartelazo, Porfirio Díaz escindió a los últimos reformadores de su participación política. A los más jóvenes como Justo y Santiago Sierra, con Jorge Hammeken Mejía, Telésforo García y Eusebio G. Cosmes, entre otros, los mantuvo en el diario *La Libertad*, de cuya lectura Leopoldo Zea nos hizo ver cómo ese grupo difundió, en su crítica a la Reforma, la ideología spenceriana del porfiriato. No hubo tema que dejaran de lado. La polémica de Justo Sierra con José María Vigil sobre la enseñanza de la lógica, así lo demuestra. Justo Sierra admiraba la Reforma histórica pero impugnó su lección revolucionaria. Sus argumentos prefiguran el mausoleo de Juárez en su hemiciclo.

G.C. *¿Sólo ese grupo dio las bases teóricas del porfiriato?*

G.G.C. A José Ives Limantour se debe la teoría hacendaria de la dictadura; la modernización del país en estricto beneficio de la burguesía, consolidada por la nacionalización de los bienes de la iglesia y la asociación con los empresarios norteamericanos:

construir los ferrocarriles de 1880 a 1888 y exportar cuantos recursos naturales pudieron. Limantour no fue un intelectual porque no ejerció en caso alguno la crítica, pero sí notable abogado. Justo Sierra en Educación y Limantour en Hacienda, movieron la palanca del porfiriato; la parte complementaria la harían el ejército y la distintas policías.

G.C. Los reformadores tuvieron un proyecto para el país, expuesto en el Congreso de 1856. ¿Cuál era el modelo político que proponían?

G.G.C. La democracia que era la respuesta a la dictadura de los conservadores. El partido liberal al dividirse en Veracruz por la nacionalización de los bienes del clero en el grupo en torno de Miguel Lerdo de Tejada y el que transitoriamente encabezara Melchor Ocampo, había sido radical en el Congreso al proponer la democracia agraria en el voto de Arriaga; el trabajo, con Ramírez; las libertades individuales, con Zarco y, entre todos —la gran minoría liberal— el proyecto de la Reforma que sólo en parte aplicara Juárez con las Leyes de 1859, complemento de la Constitución.

G.C. ¿Y el liberalismo social?

G.G.C. Es una inferencia de Jesús Reyes Heróles, al término de su capítulo sobre Ignacio Ramírez, si bien tres años antes Jesús Silva Herzog había acuñado esa definición con el agregado de mexicano. Liberalismo por el librecambismo, social por las limitaciones legales para reducir la explotación de los campesinos y los trabajadores, y mexicano por esas aportaciones a la teoría del liberalismo; esto es, teóricamente, el antecedente de las proposiciones en el Congreso de 1917. A las garantías individuales se agregaron las sociales, como lo indicara don Mario de la Cueva.

G.C. Algunos ensayistas, Gabriel Zaid y Enrique Krauze, han impugnado la Constitución por sus contenidos socialistas; al parecer desearían una ley liberal propia del siglo XIX.

G.G.C. No por desatino sino por coincidencia, principalmente de Zaid, con los conservadores del 56, quienes calificaron a los reformadores de *puros, rojos y socialistas*, por sus proposiciones sobre la tierra y la tolerancia religiosa.

A Enrique Krauze debemos ocho *Biografías del poder*, trazo ágil, bien escrito, entre el documento y la crónica, de Díaz, Madero, Carranza, Villa, Zapata, Obregón, Calles y Cárdenas. Acaso la prisa para atraer lectores a la escena política, recurso legítimo en medios indiferentes como el nuestro, sea su limitación. Krauze ha logrado avivar la curiosidad por la historia, sin duda bajo la influencia bienechora de Plutarco, el escritor del drama individual en y ante el poder.

Otra escritora, Martha Robles, en *La metáfora del poder*, examina las variantes de la autoridad con rigor y excelente prosa. Es el poder mexicano y el de este tiempo, en el sinuoso despliegue de sus acciones y propensión discursiva; el poder visto en sus símbolos, su magia y también en la necesidad de limitarlo para lograr una convivencia civilizada en el derecho.

G.C. *¿Contuvo la Constitución del 57 ideales socialistas que fueran ampliados por los diputados de 1917?*

G.G.C. Acaso socialismo utópico en Melchor Ocampo y en la novela de Nicolás Pizarro Suárez, *El monedero*, de 1861, la teoría del falansterio en nuestro país, mas, sobre todo, precursora del liberalismo que posteriormente limitaría el "capitalismo salvaje" mediante nuevas normas. En el constituyente del 17 las garantías sociales las demandó Héctor Victoria, del Partido Socialista del Sureste; que se anticipan, en meses, a otros derechos sociales en Occidente. Los argumentos de Victoria, incluidos por Múgica y por Rouaix en el Artículo 123, fueron las primeras conquistas de los trabajadores en el orden jurídico internacional. En relación a la tierra y al trabajo los reformadores del 57 se asocian a los radicales de 1917. Las dos constituciones forman el cuadro legal de las dos revoluciones decisivas de nuestro país.

G.C. *Si los reformadores de la Reforma participaron en el gobierno de Juárez ¿Cuál fue la de los de 1917?*

G.G.C. En el constituyente, Pastor Rouaix, Francisco J. Múgica, Alfonso Cravioto, Félix F. Palavicini, Jesús Urueta, José Natividad Macías, quien sería rector de la Universidad. . .

G.C. *Ni Luis Cabrera ni Isidro Fabela.*

G.G.C. A Cabrera se debe, sin duda alguna, la Ley del 6 de enero de 1915, fundamental para el contenido del Artículo 27, y otras reformas en los decretos de 1914, expedidos por Carranza, también, como Juárez en el 59, en Veracruz. Cabrera planteó, el primero, el conflicto de la tierra y la condición de los campesinos en el Congreso de 1912; también Juan Sarabia —del Partido Liberal de los Flores Magón— propuso reformas importantes; estas ideas entraron en la prueba de fuego en los días de la lucha de Zapata contra Carranza, la invasión norteamericana de 1914 y la Convención Revolucionaria, entonces en Aguascalientes. Cabrera, Sarabia y Antonio I. Villarreal, acudieron al campo zapatista para avenir a las fuerzas revolucionarias. Las cartas de Cabrera y de Sarabia a Carranza, informándole de su fracaso, revelan la limitación política de Zapata y su sola voluntad campesina.

G.C. *¿Cabrera fue realmente un intelectual en la Revolución?*

G.G.C. En la realidad del país que demolía a la dictadura, decisivo en los asuntos fundamentales: la tierra, los derechos de la nación frente a los Estados Unidos y la hacienda pública.

Cabrera fue heredero, y a la vez creador, de la obra de los liberales de la Reforma. Intelectualmente, crítico a campo abierto; primero en *El hijo del Ahuizote* de su tío Daniel Cabrera, después, a partir de 1909 con artículos memorables: *El grito de Chapultepec*, *Los cargos concretos* sobre la corrupción en la dictadura y *Los dos patriotismos* de 1910. Su discurso de 1912,

del que ya hablamos, y, al paso del político, el traductor inigualable de *El cantar de los cantares*, versión del latín, del hebreo y del griego antiguo.

Cabrera hizo el más acabado análisis de la obra de la Revolución, de 1913 a 1920, en *La herencia de Carranza*, publicado por entregas en *Excelsior* en 1920; el último capítulo no pudo imprimirse al perseguirlo Obregón, que hizo desaparecer, además, *La política internacional* de Carranza; obra que Isidro Fabela consideraba única para conocer cómo enfrentó Carranza, y con él Cándido Aguilar, Cabrera, y sus agentes confidenciales, el asedio político y militar de los Estados Unidos.

G.C. ¿Fue la única labor de Fabela en ese tiempo?

G.G.C. En 1922, como diputado en la XXX Legislatura, denunció la política de Obregón ante las exigencias norteamericanas. En ese discurso Fabela expuso lo que haría después en el cuerpo diplomático: defender al país y a la Constitución de 17. La obra política exterior de Lázaro Cárdenas tuvo en Fabela un sabio conductor en la Liga de las Naciones; labor que cumpliría en la guerra de España, en el Tribunal de La Haya y en sus libros de doctrina e historia diplomática.

Con Cabrera fue el intelectual de la Revolución en la parte que completa la política interna, la exterior.

Fabela, en la diplomacia, fijó cierta distancia personal ante los gobiernos sucesores después de Cárdenas, no así Cabrera que los criticó sin tregua a partir de 1931, en pleno "maximato", en una excepcional conferencia en la Biblioteca Nacional, *El balance de la Revolución*. Fue un análisis ejemplar del periodo de Carranza y de las consecuencias de la diarquía de Obregón y Calles. La parte final, *Problemas políticos*, es actual. Cabrera, exiliado en Guatemala por Ortiz Rubio, regresó al país en el tiempo de la campaña presidencial de Cárdenas. *La revolución de entonces y la de ahora* no fue refutada en 1936 y contiene una conclusión que parece profecía:

“Decimos querer formar una patria nueva, pero para ello estamos haciendo pedazos la que tenemos. Y mientras la reconstruimos, ensayando métodos asiáticos, acabaremos por ser conquistados económicamente por los Estados Unidos, y continuaremos siendo una colonia, sin quedarnos ni aun los escasos medios de bastarnos a nosotros mismos, de que ahora disponemos”.

Luis Cabrera completó su obra crítica con un pequeño y demoleedor libro: *Los problemas trascendentales de México*, uno de cuyos últimos párrafos es una crítica a los escritores ante el poder:

“En nuestro tiempo, aún siendo Presidente el señor general Díaz, no era aceptada por nosotros esa mansedumbre intelectual que consiste en confiar siempre en la buena fe y en las buenas intenciones de los gobernantes, y en no criticar sus actos hasta que no se vean sus malos resultados. Fue precisamente para emanciparnos de esa esclavitud intelectual que ha sido la maldición de México, para lo que se hizo la revolución de 1910”.

G.C. *Es decir, que habría tres causas de la lucha armada, la agraria, la política y la de la libertad intelectual.*

G.G.C. Así es. Se trata de una interpretación distinta de la Revolución al incluir, además, la crítica que a su ejercicio, valiente, honrado, se refiere Cabrera. Esta idea suya revela el trazo histórico de nuestras conversaciones. El deslinde entre el poder y los escritores está en la libertad de crítica; sin ésta, no habrá cultura perdurable. Cabrera situó el problema: esclavitud o libertad intelectual.

G.C. *Luis Cabrera nació en 1876, exactamente el año del golpe militar de Porfirio Díaz; puede decirse que creció en el porfiriato; en 1910 tenía 34 años y 10 de su recepción de abogado. Fue el mayor crítico de ese régimen y a la vez uno de los que más contribuyeron a construir el de la Revolución. ¿Qué otro escritor, opuesto, contrario al sentido que Cabrera le diera a su vida, podíamos reconocer?*

G.G.C. A José Juan Tablada. No recuerdo otro cuyo talento literario fuera lo opuesto a los valores fundamentales de un hombre.

G.C. *Recuerdo de Tablada una poesía que dice:*

*Con envidia de los coyotes
volando de la serranía,
sobre Tenochtitlán caía
muchedumbre de zopilotes.*

¿Niega su calidad literaria el que fuera jefe del Diario oficial en la breve dictadura de Victoriano Huerta?

¿Cómo se explicarían las contradicciones de un hombre que se decía demócrata y nacionalista?

G.G.C. No hubo contradicción sino coherencia. Tablada fue hombre de dos tiempos políticos, el de la dictadura y el de la Revolución. En el momento de la crisis política, en 1910, previa a la lucha armada, no dudó, con la dictadura a la que había sido fiel. No dudó porque su filiación moral era opuesta a la democracia. Exactamente el caso contrario de Cabrera: de la crítica a la Revolución.

El golpe de estado por Victoriano Huerta se ha visto como tentativa para restablecer el porfiriato, pero, en verdad, Huerta procuró aplastar la Revolución para hacerse del poder. Fue el momento de la venganza de la burguesía porfiriana al verse acosada y discutida. Su temor y su odio lo expresó Tablada en sus *Tiros al blanco* — título revelador de sus propósitos políticos — y principalmente en *Madero Chantecler* de 1910. Procaz y obsesivo, Tablada anticipó el asesinato de Madero. La ironía histórica no fue advertida entonces: Madero y no Huerta garantizaba la sobrevivencia de esa sociedad.

El valiente Tablada, escribió:

*¡Qué paladín vas a ser,
Te lo digo sin inquinas;
Gallo bravo quieres ser
Y te falta, Chantecler,
Lo que ponen las gallinas!*

Tablada publicó en 1928 páginas de su Diario en las que consta su horror auditivo ante la Decena trágica. Su posterior responso en memoria de Madero parecería rectificación de su *Chantecler*, pero en verdad procuró verse, y que se le viera, como profeta solitario entre las ruinas de la *Ciudadela*, porque fueron anotaciones de 1923, es decir, escritas diez años después del asesinato de Madero y del levantamiento de Carranza.

Tablada sólo fue miembro de la “torva y oscura caravana” de los serviles a la figura presidencial. En plena euforia por Huerta, escribiría uno de sus relatos más abyectos: “Hoy que tras de su admirable campaña ha regresado el bravo divisionario a esta metrópoli, ceñido de laureles y aclamado por la gratitud patria, en su rostro austero y viril, que recuerda con sus enérgicas líneas el de Bartolomeo Colleone cincelado en bronce por el maestro de Miguel Ángel. . . Hay que apartar los ojos de los sombríos dramas callejeros, de la venganza innoble y del bajo rencor y levantarlos a lo alto donde brillen glorias como la que he intentado consagrar en estas líneas, genios como el de todos nuestros héroes, como el genio militar del General don Victoriano Huerta. . .” la *Historia de la campaña de la División del Norte* (1913), la de las últimas atrocidades de aquel ejército federal en Cuatro Ciénegas, Rellano, Bachimba. . . contra los primeros grupos armados de la Revolución. No, Tablada no fue el poeta del “entusiasmo estético”, sino un prosista educado en el desprecio al país.

G.C. José Rubén Romero, autor de éxito con *Apuntes de un lugareño*, *La vida inútil de Pito Pérez* y *de Rosenda*, excelente novela que llevó al cine Julio Bracho con Rita Macedo y Fernando Soler, no venció cierto rencor provinciano hacia los intelectuales ¿Conoces la relación de Romero con el poder?

G.G.C. Versificador irregular y novelista anecdótico, logró evocar pueblos de Michoacán con humor y en tono sentimental muy del agrado de Ortiz Rubio y de Lázaro Cárdenas, de quienes fuera representante diplomático.

Sin embargo, fue amigo de Genaro Estrada en cuya tertulia fue asistente mudo ante José Juan Tablada, de quien reconoció su influencia en los jaikús tentativos de *Tacámbaro*, que según Genaro Fernández McGregor los escribió en 24 horas, lo que explica sus audacias:

El cohete de luces, ebrio de libertad,
reta a las estrellas de la inmensidad.

Según él, 16 de septiembre.

No se escribieron páginas como las suyas en memoria de Obregón, tan cursis y serviles; sólo comparables a las de Tablada. Ante el monumento a Obregón, exclamó con más valor que entusiasmo: “. . . y en esos *bajorrelieves* lo rodean, como en vida, los desamparados y los humildes, los peones y las valientes soldaderas, levantándolo en hombros, para que lo nimben y lo besen las auroras de todos los siglos. . .”

G.C. En su aproximación al jaikú y en prosa servil, no hay duda que fue discípulo pueblerino de Tablada. Al asociar a los reformadores con los constituyentes de 1917, pasamos de largo ante el papel de los intelectuales en la dictadura.

G.G.C. En el porfiriato podemos establecer tres tiempos en relación a los intelectuales a partir del golpe de estado de Díaz. El primero comprende a la nueva generación en *La Libertad*, con Justo Sierra, que diera las bases teóricas al gobierno —no dictadura aún— para deslindar los fines de la era que iniciara Díaz, la evolución de la sociedad contraria a la revolución de Reforma; este aspecto coincidió con el asesinato de José Cayetano Valadés en Mazatlán, señal de lo que cinco meses después seguiría en Veracruz con los asesinatos de supuestos conspiradores en los cuarteles del puerto. La prensa, de requerir sólo papel, tinta e ideas, pasó a morder subsidios y desaparecer a los críticos. No se ha estudiado, desde este punto fundamental, la pérdida de la libertad de expresión previa a la dictadura.

G.C. *¿Unos críticos, por muerte natural, como Ramírez y Zarco, pero y otros, como Prieto o el moderado Payno o Altamirano?*

G.G.C. Prieto, quien redujera su vida en su comedia diputación no sin acaudillar protestas por las monedas de níquel o la construcción de los ferrocarriles, se apagó en su Mixcoac; Payno aceptó el consulado en París y Altamirano sobrevivió gracias a su clase de historia en la Escuela Normal, sus colaboraciones ocasionales en *El Federalista* y su magisterio privado a los jóvenes escritores: Sierra, Gutiérrez Nájera, "Micrós"... salió de México hacia Barcelona, como cónsul, en 1889.

Este aspecto puede verse como el otro tiempo de los ya indicados en el principio del porfiriato; el tercero se inicia en 1901 al ocupar Justo Sierra el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Sierra aparece entonces como un protector de escritores al borde de la miseria. Gutiérrez Nájera publicó en *El hijo del trabajo*, periódico de los artesanos, su poema a Melchor Ocampo; sería, al parecer, el último de sus escritos liberales; Angel de Campo, el tímido "Micrós", empleado en Hacienda, eligió la descripción de la vida clasemediera, a él se deben las escenas memorables de la cárcel de Belem, la semblanza de Altamirano... fue el autor de la desesperanza, de la melancolía y de la ruindad de la vida bajo la dictadura.

G.C. *Pero, y Amado Nervo, Icaza, Gamboa, Díaz Dufoo...?*

G.G.C. Ninguno de ellos rozó siquiera la situación del país. Es asombroso cómo el porfiriato dio un golpe de tajo para separar la crítica en la Reforma de tiempos que nada tuvieron de pacíficos. Los escritores sobrevivieron en empleos menores y los más audaces en consulados o embajadas. Nervo, después de colaboraciones en *El Imparcial*, plenamente subsidiado por el gobierno, pasó como segundo secretario de la embajada en España; Francisco A. de Icaza, desde muy joven, de 23 años, fue segundo secretario de la embajada en España, donde vivió hasta su muerte en 1925; Federico Gamboa, como Icaza, a sus 22 años

fue secretario de la Legación en Guatemala y a sus 46 subsecretario de Relaciones. La vida del porfiriato se desliza, casi al natural, en sus novelas y su desencanto de conservador en los cinco tomos de su *Diario: el poder desde dentro*. Entre la vida del burdel en *Santa* (1903) y la política en su *Diario*, el poder aparece como autor del destino. Es el porfiriato absoluto, sin resquicio, sin escapatoria. Murió en el año del descenso presidencial de Lázaro Cárdenas, en 1939. Su *Diario* de las últimas fechas es el del estupor y la condena de lo que veía como un infierno de locura. Gamboa fue la conciencia del antiguo régimen sin contricción alguna.

G.C. Carlos Díaz Dufoo tuvo la misma visión del esplendor de esa época en un reducido espacio de la ciudad de México: el Palacio Nacional, el Paseo de la Reforma, la redacción de la Revista Azul, los teatros. . . , del modernismo como arte y forma de vivir.

G.G.C. Sólo en la parte literaria, porque Díaz Dufoo fue acaso el primero en difundir, como periodista, los problemas económicos. Su *Limantour* no es biografía sino panegírico de la política hacendaria del porfiriato que revela al lector de hoy la insospechada semejanza de la economía de Limantour con la de los gobiernos actuales. Díaz Dufoo hizo un servicio involuntario, su libro — más de 400 páginas — se publicó en 1910 y la segunda edición diez años después. Serían inabarcables las coincidencias: la necesidad de obras hidráulicas, de créditos agrícolas, de “mexicanizar” los ferrocarriles, de agua potable, de electrificar el país, de puertos modernos y de exportar. . . Decía Limantour: “Bastarnos a nosotros mismos en lo que más interesa a la vida material de los habitantes del país y a la vida industrial de la nación, así como también aumentar, perfeccionar y variar lo más posible los productos de exportación, son los dos puntos objetivos más importantes hacia cuya realización debe hacerse todo género de esfuerzos. . .” En mejor sintaxis ¿no es éste el fin ahora perseguido?

Díaz Dufoo fue, con Gamboa, el escritor que en sus encomios al poder hizo el análisis gracias al cual el antiguo régimen se descubre ante nosotros.

G.C. *¿Entre el antiguo y el nuevo régimen, cuál sería la diferencia que explicaría la Revolución?*

G.G.C. La propiedad de la tierra, su extensión indebida en pocas manos y la esclavitud de los peones. No debemos confundirnos, el peón mexicano como lo advirtiera Marx, era esclavo. La Revolución fue democrática en lo político y rebelión de esclavos en lo social.

G.C. *¿Qué escritor entendió ese problema, el fundamental en el país?*

G.G.C. Podría establecerse una ascendencia: primero Hidalgo, el primer crítico del régimen colonial, exrector de San Nicolás; después, Morelos; de ahí a la exposición de Carlos María de Bustamante en el Congreso de 1824; más tarde las disposiciones de Lorenzo de Zavala como gobernador del Estado de México, las de Esteban Ávila en Aguascalientes, el voto de Arriaga en el Congreso de 57 y las proposiciones de Olvera y de Castillo Velasco; de ellos al libro de Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales* y el discurso de Cabrera. . . , pero todo ello tiene un principio: la revolución de Hidalgo y su consecuencia, exactamente un siglo después, en la promesa de Madero en el Plan de San Luis, punto de partida del levantamiento campesino de Zapata y del Plan de Ayala; de esa lucha, abierta, obstinada, y la Ley del 6 de enero hasta el Artículo 27. . . Cien años de lucha por la tierra que aún, socialmente, no termina.

G.C. *¿Cuál sería la relación de esos principios y luchas con la de los escritores?*

G.G.C. Los ya mencionados, a partir de Hidalgo hasta 1917 si bien debemos agregar la obra agraria de la Convención de Aguascalientes en lo jurídico y en la aplicación inmediata por medio de las *Comisiones agrarias*; la obra de ellos, en el sur, con los primeros repartos de tierra se conocen por el relato de Marte R. Gómez; los

del norte, en el campo de guerra del villismo, no; salvo por algunos episodios en las memorias de Villa por Martín Luis Guzmán y escenas dispersas en el *México insurgente* de John Reed, obra que sucede a la de otro escritor norteamericano, John Kenneth Turner, que va del *México bárbaro* y prosigue en más de trescientos artículos. Nadie hizo servicio igual a la causa de la Revolución como Turner.

G.C. El problema de los escritores en el porfiriato nos ha llevado, en un trazo revelador, a vincular algunos nombres al problema esencial del país, la tierra; sin embargo, creo que Federico Gamboa y Carlos Díaz Dufoo ejemplifican al porfiriato en cuanto a sus revelaciones, pero reducen el universo de los escritores ante el poder a dos de ellos y otros más permiten conocer cómo actuó el poder con ellos o en su contra. ¿Cuáles serían estos?

G.G.C. Es verdad. Al hablar de Icaza, Nervo o Gutiérrez Nájera, dejamos a la generación que los precediera, la de Altamirano y Manuel Payno; el radical y el moderado. ¿Qué hicieron ellos en la dictadura de Díaz?

Hasta 1892, Altamirano fue sin duda el maestro de la generación de Gutiérrez Nájera. En ese año se encarga del consulado en Barcelona, y por convenio con Payno, del de París. Ocurren entonces dos hechos significativos: su conciliación con Payno —después de que pidiera para él sentencia de muerte por su complicidad en el golpe de estado del Plan de Tacubaya— y su voto particular por la reelección de Porfirio Díaz.

G.C. Del joven radical a la vejez conciliadora. ¿No es éste un tránsito conocido en nuestro medio?

G.G.C. En Altamirano tuvo una penosa escala. Desaparecidos los reformadores, en el poder los tuxtepecanos del golpe militar contra Lerdo de Tejada, desalojados los antiguos liberales, combatidos los sobrevivientes como José María Vigil, instaurado el positivismo espenceriano, la política de conciliación con la Iglesia y el antiguo

Partido Conservador y el poder de la burguesía asociada con la norteamericana. En la nueva circunstancia del porfiriato un escritor como Altamirano fue estrechado a sobrevivir en la pobreza. Es probable — en esto es válida una conjetura — que Joaquín D. Casasús, su casi yerno y funcionario del gobierno, promoviera su ingreso a la diplomacia; también pudo actuar en tal sentido Justo Sierra.

G.C. *Si Payno lo había precedido, era un camino abierto para algunos escritores. De ese tiempo data la política, digamos cultural, de la dictadura: consulados para los antiguos liberales, y más si eran hombres de letras, y cárcel para los opositores; este camino sería poco después el de los Flores Magón.*

G.G.C. Altamirano, ya en París, escribió en julio de 1892, un artículo titulado *México* en el que da un vuelco a sus tesis históricas. Dice al respecto: “. . . Hidalgo fue el hombre de la emancipación; Morelos fue el hombre de la organización revolucionaria, Juárez ha sido el hombre de la defensa nacional, y ahora Porfirio Díaz es el hombre de la consolidación y de la paz”.

La ironía histórica es inequívoca: el liberal puro de 1861 fue autor de la teoría que hizo de Díaz el continuador de la obra civilizadora.

G.C. *¿Pasó esa interpretación sin objeciones? ¿Cómo fue posible?*

G.G.C. Sí las hubo, pero, además de esa doctrina, Altamirano, en su artículo, dio su complemento: “. . . el general Díaz es el hombre que en este momento encarna todas las seguridades de la paz interior y del crédito exterior”, es decir, de las dos palancas del ascenso de la dictadura: sin paz no hay inversiones; sin éstas es imposible el crédito. ¿Cómo establecer la paz quebrantando los fines de la Reforma? Por el estado represivo, lo que hizo de la paz tigrada un estado de guerra contra las comunidades de los indios.

La crítica a Altamirano fue inmediata, 9 días después de publicarse ese artículo en *El Partido Liberal*, en *El hijo del Ahuizote* de Daniel Cabrera; periódico en que Luis Cabrera se inicia, a sus 16 años, en el periodismo. Si Luis Cabrera puso la mano en esa

crítica, la doctrina porfiriana de Altamirano habría tenido la respuesta de quien sería el crítico de la dictadura, no opositor, que es distinto; ésta sería la obra de Ricardo Flores Magón.

G.C. *¿Cuál fue esa crítica?*

G.G.C. La caricatura donde Altamirano, las piernas en agua sucia, declama ante un busto de Porfirio Díaz; una lira se hunde y todo, en ese cuadro de época, es naufragio. Altamirano, a vuelta de correo, escribió a Casasús: "Ya vi la caricatura del *Hijo del Ahuizote*, no me molesta, al contrario me es útil. Yo tengo empeño en definir mi posición de partidario del general Díaz, a quien debo tantos favores y de quien he sido partidario siempre. Es el presidente que me ha tratado mejor. ¿Por qué no sufrir un poco por él? Me tratan de adulator. Sea. Estoy acompañado por la nación entera en ese caso. Si los partidarios somos adultores todos los prohombres del partido liberal estamos en las filas". La cita es textual. Los prohombres eran: Sierra Limantour, Casasús. . .

G.C. *Increíble del impugnador de Juárez.*

G.G.C. En una de sus cartas a Casasús, le dice: "Publiqué aquí en la *América en París* un artículo sin firmarlo, que envié al Presidente, diciéndole que si le parecía bueno y quería mandarlo, podía hacerlo poniéndole mi firma. Me contestó una carta muy afectuosa calificando mi artículo de *magnífico* y diciéndome que iba a mandar reproducirlo en varios periódicos. . ."

El caso de Altamirano es histórico. Un escritor se expone en nuestro país a ser fulminado por su crítica al poder, pero el adulator tiene abierta la bolsa de los favores.

Altamirano fue reducido a la pobreza y a la soledad por su pasado de reformador. De 1877 a 1889 resistió hasta su propio límite. Salir de México era salir del infierno cotidiano de la pobreza.

En ese aspecto existe un signo, el de José Joaquín Fernández de Lizardi, perseguido por el virrey Venegas por su crítica en el

número 9 del *Pensador Mexicano* el 3 de diciembre de 1812. El famoso inspector Lagarde, con 70 gendarmes lo capturó como si fuera un regimiento. Para llevarlo a la cárcel y abrirle proceso, no obstante que Lizardi estaba amparado por el Artículo 131 de la libertad de imprenta de la Constitución de 1812, que Venegas, de hecho, abrogara. La prisión de Lizardi fue un martirio de fuego lento: someter al hambre a su mujer y a sus hijos, así lo obligaron a pedir clemencia. En sus *Noches tristes* narró esa atroz prisión.

Parece que ese signo, bajo el poder absoluto, pertenece a los críticos. Esto es lo que se advierte en la vida de Altamirano, así puede explicarse su extremo de exaltar a Díaz para justificar su cárcel; en Altamirano, para no volver a México.

G.C. ¿Y Payno?

G.G.C. Cuando Altamirano escribía ese artículo Payno era senador. Tres años antes había publicado *Los bandidos de Río Frío*, el fresco de la vida mexicana durante más de sesenta años. De Payno, bajo la dictadura, poco se sabe. Su huella política culmina en el golpe de Tacubaya. Pero entre Altamirano y Payno, el destino de Guillermo Prieto ennobleció ese tiempo de defecciones. Estuvo junto a Juárez hasta el momento de reelegirse; apoyó a González Ortega y después, a las puertas del poder de Porfirio Díaz, a José María Iglesias. Acosado por la dictadura defendió su curul en nueve periodos y jamás dejó de escribir en periódicos; sus libros son el testimonio más rico y diverso de los tiempos que van del gobierno de Vicente Guerrero a la dictadura. Pobre y casi ciego, en su casita de Mixcoac alentó inconformidades y protestas juveniles. Le redujeron a poeta popular para omitir su pasión republicana. Ni lo quebraron ni se dobló ante poder alguno, y qué poderes: Santa Anna, Juárez, Porfirio Díaz, Manuel González y, al final de su vida, Porfirio Díaz.

El año en que Guillermo Prieto muere, 1897, termina la generación de los reformadores.

G.C. *¿Cuál sería el resumen de su obra como críticos del poder?*

G.G.C. Esa generación, en torno de Juárez, fundaría el Estado y las instituciones republicanas. Su idea del poder fue la de crear leyes e instituciones; la crítica de Juárez, en la que todos, en casos distintos, participaron, deslinda el papel de los intelectuales en el deber de civilizar al país y no declinar sus principios frente a la autoridad de Juárez. No hay en escrito alguno de Ramírez, Zarco, Prieto, Ocampo, Iglesias, Arriaga, Castillo Velazco, Olvera, adulación al Presidente; sólo respeto por el gobernante y juicio en libertad frente a sus errores. Ramírez llegó a la sátira en 1871 a calificar a Juárez de comunista, como argumento de campaña política del porfirismo inicial contra su reelección.

G.C. *¿Se consideraba entonces una herejía política?*

G.G.C. Sí, con otra de las atrocidades de aquel siglo: los asaltos al poder. El desafortunado Ignacio Rodríguez Galván, en una frase, hizo la síntesis de esa época: "Cada año un gobernante, cada mes un motín". La reelección fue contraria a los fines de la democracia, definida por ellos en el Constituyente de 1856. Las ideas de Arriaga, al debatirse el Proyecto de la Comisión, y en plena guerra contra el "imperio" por Zarco, preceden al discurso de Lincoln en Gettysburg; sobre todo los de Zarco, casi la misma definición que la de Lincoln, tres meses antes.

G.C. *Sus ideas fueron irrefutables. Constituyen no pocos de los principios republicanos, pero, ¿y su moral como funcionarios?*

G.G.C. Ramírez, ministro de Fomento, por cuyas manos, dijo Francisco Sosa, pasaron millones de pesos, al salir Juárez de la ciudad de México en 1863, y caer Puebla en poder de los franceses, iba a pie, apoyado en un bastón, rumbo a Toluca. Prieto, ministro de Hacienda, que aplicara la ley de desamortización en el Distrito Federal, murió en la pobreza. . . Las propiedades del clero —como se comprueba en la lista publicada entonces—

fueron adquiridas por los jefes de las familias de la burguesía, Limantour, Torres Adalid, Escandón; los apellidos del porfiriano. No figura ninguno de los “liberales rojos.” Arriaga, como apoderado de una viuda, adquirió una casa de ínfimo valor.

G.C. *¿Qué ocurre posteriormente?*

G.G.C. El paso de la república a la dictadura; es decir, de Juárez a pesar de su reelección, a Lerdo de Tejada y el asalto al poder de Porfirio Díaz, fue también la ruptura de las formas civiles para restablecer en parte la política de Santa Anna con una alternativa: atraer a los intelectuales a cargos representativos al uncir el Poder Legislativo al Ejecutivo, enviarlos al extranjero, reducirlos a empleos miserables para que hicieran en sus ocios “literatura” y someter por las dádivas o el terror a los periódicos.

En el primer caso, los ejemplos de Julio Zárate, historiador y de Juan A. Mateos; después, Artemio de Valle-Arizpe y Manuel José Othón; como embajador, Vicente Riva-Palacio; más tarde, Amado Nervo; secretario de Justo Sierra, Luis G. Urbina, autor, según me dijera Alfonso Reyes, de *El Enchiridión para cabos y sargentos del Ejército mexicano*, notable historia militar, firmada por el general Sóstenes Rocha... La circunstancia del Modernismo — título incoloro, como dijo Pedro Henríquez Ureña —, fue en cada país nuestro, la dictadura. Los escritores abandonaron la crítica al poder, que era la vía del paredón o el exilio, por “una filosofía resignada de la vida”, condensada “en las tiernas cuartetas” de *Pax animae*:

Ama y perdona. Con valor resiste
lo injusto, lo villano, lo cobarde. . .
¡Hermosamente pensativa y triste
está al caer la silenciosa tarde!

G.C. *El mismo tono melancólico de la “vieja lágrima” de Urbina.*

G.G.C. Gutiérrez Nájera no abandonó su pasión liberal; de sus prosas, *Benito Juárez*, en quien “se compenetran la idea de patria y la idea de República”; dicho en pleno porfiriato fue un acto de valor, semejante al de sus personajes porfirianos como *El diputado* que es una leve anticipación del esperpento de Valle Inclán.

Los prejuicios críticos establecieron el afrancesamiento de Gutiérrez Nájera, velando su ascendencia en los clásicos de nuestro idioma. El rescate que hiciera E. K. Mapes de sus cuentos y narraciones, con el estudio de Francisco González Guerrero, sitúan a Gutiérrez Nájera como uno de nuestros escritores, si bien ha sido difícil conocer su obra dispersa. Se refugió en sus letras. El registro del poder en la desdicha de su vida, por la claridad de su prosa, es singular como obra de arte.

G.C. *Quedaría Díaz Mirón...*

G.G.C. Un caso de envilecimiento personal. No es posible, en buen sentido, afirmar que mantuvo los valores liberales frente a Gutiérrez Nájera. Su proclividad por Victoriano Huerta, en torno de cuya figura percibió “un perfume de gloria”, sólo es comparable con la cursilería de Tablada si no fueran las prosas de uno y otro residuos de la vileza porfiriana. Liberales frente a las estatuas y serviles ante los gobernantes. Pero ciertamente, a pesar de que en sus versos repudia su ambiente y cae en metáforas deplorables “con suspiros de luz musical”, fue en sus momentos verídicos un poeta que pidió “nuevo poder al idioma”.

Lo cursi ha perseguido a algunos de nuestros escritores al pretender hacer “literatura”; es Zarco escribiendo sobre las “bellas señoritas” o Luis Cabrera sus epístolas amorosas. Díaz Mirón descendió al reprimir su admirable ira por una bondad falsificada.

Otro ejemplo fue el de Antonio Caso en sus inefables versos *Po-líptico de los días del mar*, en su discurso al sepultar a Díaz Mirón en la no menos cursi rotonda de los ilustres y evocarlo como al

Benvenuto Cellini de la estrofa. No sabemos qué atavismo de pueblo inacabado persiste en escritores cuyas emociones ficticias se vuelven, naturalmente, cursis.

DOS PODERES

G.C. *Ha sido un caso histórico el de los escritores sumisos ante el poder de la violencia, pero en nuestros días las formas son distintas aunque no el servilismo, más privado que público.*

G.G.C. Los presidentes desean que los intelectuales justifiquen sus actos de gobierno y cuando algún escritor dice lo que piensa el disgusto es inevitable, aunque ahora no explícito. El escritor es incómodo para el sistema establecido: los empresarios, el clero, la sociedad misma, si bien en esta generalización no hay absolutos. La circunstancia, en cuanto a opiniones políticas, es contradictoria, de ahí que existan espacios para la libertad de expresión. ¿Qué se entiende por un escritor independiente? Un hombre que difícilmente sobrevive impartiendo clases y escribiendo; a veces, publicando; si tiene una profesión la lleva adelante y si no, su oficio no es requerido.

Al decir no hay absolutos, recuerdo tres casos excepcionales, el del Doctor Atl, el de Valle-Inclán y el de Ricardo Garibay. Atl, según lo narra Antonio Luna Arroyo, escribió dos cartas críticas a Lázaro Cárdenas, no siempre justas porque vinculaba a ese gobierno con “un régimen extranjero”; sin embargo Atl, aún en sus equivocaciones, fue valiente. Era 1938 y a sus 63 años de edad, admirable pintor, vivía en extrema pobreza. Un día Antonio Luna Arroyo, abogado consultor del Presidente, a una pregunta de él sobre Atl, le responde: “. . . no tiene clientes para sus cuadros y oficialmente no podemos ayudarlo ¿verdad?” Cárdenas le respondió: “. . . Sugíerale usted a mi compadre, el ingeniero Marte R. Gómez — Secretario de Agricultura — que le compre y le pague bien un cuadro y lo coloque en algún lugar *no muy visible*”.

Atl, dice Luna Arroyo, pagó un año de comidas, la renta de su estudio y algunos pesos más para comprar sus pinturas. . .

Fue una manera digna de proveer a un artista sin saber él, acaso nunca, de quién había partido la orden.

El gesto privado de Cárdenas tenía un antecedente.

Obregón y Calles, para quienes los escritores mexicanos no existían, se conmovieron ante el drama cotidiano de Valle-Inclán. En 1924, Obregón ordenó a Relaciones exteriores entregar a Valle cinco mil pesetas — en aquel entonces mucho dinero — por medio de Alfonso Reyes, y Calles, en 1932, ya “jefe máximo”, a Genaro Estrada dar a Valle otras cantidades para remediar su pobreza, sin ofenderlo. Con el dinero, las instrucciones precisas.

¡Obregón y Calles, nuestros mayores esperpentos, protectores de la soberbia pobreza de Valle-Inclán!

Sin embargo Calles, en la era de su “maximato”, creó situaciones distintas. Uno de los primeros acuerdos de Emilio Portes Gil, Presidente interino, fue ordenar al secretario de Educación, Ezequiel Padilla, el cese de Federico Gamboa como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras para Graduados y de la Escuela Nacional de Maestros por ser contrario “a las tesis que sustenta el Gobierno de la República de que los maestros que el Gobierno sostiene con los dineros del pueblo deben desenvolver en la cátedra una ideología revolucionaria, que es la que informa los movimientos políticos y sociales de las grandes mayorías nacionales.”

El inefable oficio de Padilla lo publicó Alfonso Taracena en su historia periodística de la Revolución.

La orden de Portes Gil revela la condición moral del inicio del presidencialismo en la era de Calles.

El cese a Gamboa fue una estupidez política. Lo común ha sido que los gobernantes evitaran el descenso social de escritores o artistas y que éstos guardaran ante ellos una discreta distancia. Realidad nuestra muy distinta a la de la fascinación por el Estado que Vargas Llosa ha visto como vocación rentista alimentada por el remoto mecenazgo al amparo de la iglesia o del príncipe, lo que acontece en algunos países, entre ellos Perú.

De otro episodio insólito fue protagonista Ricardo Garibay. Así lo contó él en *Cómo se gana la vida*. Fueron sus años desespera-

dos entre sobrevivir y alentar su vocación de escritor, a pesar de todo y frente a todos, hasta el día que aparece, como traído por el aire, Norberto Aguirre Palancares, secretario de la Reforma Agraria, y lo deja en el umbral de la presidencia de la República.

Después de oír durante horas el lenguaje tabernario de Díaz Ordaz, éste le dice con la recóndita cortesía del poseído de ira:

— A propósito, don Ricardo, quiero pedirle que me haga el favor de pasar a ver un momento al señor licenciado Cisneros, tenga la bondad, don Ricardo.

Cisneros, “eficiente y pequeñito” secretario del Presidente, le entrega a Ricardo un sobre sellado y firmado. A partir de hoy, le dice Cisneros, “le ruego que nos haga favor de pasar por esta oficina cada mes, o de mandar a alguna persona, para que podamos cumplir con las disposiciones del señor Presidente de la República”.

Al abrir el sobre, contenía diez mil pesos.

Desde ese momento, escribió Ricardo, cambió mi vida. Se aquietó el ritmo cardiaco. Pude entregarme enteramente a leer y escribir.

G.C. ¿Qué nos ocurre que para cumplir nuestro oficio tengamos que sobrevivir en un magisterio mal pagado, empeñados en labores diversas? ¿Qué ocurre en nuestro país?

G.G.C. Es el drama de los países pobres donde la cultura es supernumeraria, prescindible, ajena a la conciencia nacional; donde la literatura no es parte del entendimiento de la vida. La realidad se infiere por tradición oral en proverbios cada vez más ruines. El analfabetismo reduce al mínimo a los lectores quienes, entre el desecho literario de autores extranjeros leen, si acaso, uno o dos libros de escritores nacionales. La burguesía, como el proletariado, rehuye el saber, de ahí que las editoriales no constituyan una industria; en mayoría son pequeñas empresas. El pueblo mexicano, como pueblo lector, no existe. Esta circunstancia hace que el mundo de los escritores se reduzca a unos cuantos lectores de la clase media, no más de dos o tres mil. En casos excepciona-

les, diez o quince mil; es decir, nadie en relación a 60 millones de probables lectores.

Sin embargo, el gobierno vigila a sus críticos porque las ideas, desprendidas de libros y periódicos, pueden despertar la imaginación adormecida por la publicidad política. Esto explica que dos cartas públicas de Atl condujeran a Cárdenas a inquirir por sus condiciones de vida y que Garibay, bajo la vigilante protección de Aguirre Palancares, obtuviera un estipendio para vivir y escribir. Atl pudo pintar otros admirables cuadros y Ricardo escribir *La casa que arde de noche* y *Par de reyes*, entre otras obras. Casos distintos a los de quienes buscan vender sus desechos al gobierno para halagarlo o impugnar a sus críticos. Ni Atl ni Garibay habrían necesitado auxilio alguno si un pintor recibiera lo necesario por su obra, adquirida por una burguesía instruida, o un escritor, como Garibay, pudiera vivir de la venta regular de sus libros.

De 1938 en el caso de Atl y de 1968 en el de Garibay, algo, muy poco, se ha logrado. Somos un país infortunado. En el momento en que la pintura mexicana se ha apreciado en el extranjero — Nueva York o Londres —, la mayor parte de nuestros grandes pintores están muertos y los aún vivos — pienso en Gironella y en Ricardo Martínez — son ignorados. Las subastas en Nueva York indican que la burguesía mexicana ha sido incapaz de valorar lo que se disputan los extranjeros.

Caso parecido al de los escritores. Quienes han logrado que sus obras sean traducidas pueden sobrevivir con las regalías de los lectores de otras lenguas; en la suya son extraños o casi desconocidos.

G.C. Sin embargo, es un hecho que existe una tradición apegada a la francesa, donde el intelectual en México sí importa. Las polémicas, los conflictos y a veces los insultos tienen un significado ante una opinión pública. El intelectual, desde la Revolución a nuestros días, ha tenido una significación construyendo instituciones; ha proyectado una cultura crítica a partir de su obra ensayística. En cambio, en la cultura norteamericana el intelectual se ha encerrado en las universidades, nunca es noticia en los

periódicos, a diferencia de México, que aunque a veces lo es en la nota roja por conflictos personales, tiene significación histórica y cultural al hacer ver que en la tradición mexicana los intelectuales han participado en proyectos sociales y culturales. ¿Pero qué dirías sobre el papel del intelectual en los próximos años?

G.G.C. Sin predecirlo, no será distinto de lo que ha sido en nuestra historia. Nuestra sociedad no cambiará porque todo parece indicar que la era del capitalismo se ha plantado definitivamente con sus desigualdades y sus libertades condicionadas. No será un capitalismo de primer mundo, sino en desarrollo prolongado con los ciclos trágicos de las crisis económicas. Recorreremos un tránsito conocido en otros países.

G.C. *A pesar de todo debemos reconocer que el Estado ha instituido premios y fomentado la investigación y la cultura desde 1943 en que se funda el Colegio Nacional a instancias de Manuel Ávila Camacho y de escritores como Jaime Torres Bodet y científicos como Ignacio Chávez. Algunos premios son importantes como el Alfonso Reyes.*

G.G.C. El premio Alfonso Reyes, otorgado a hombres excepcionales como Malraux, Borges, Octavio Paz, ha venido a menos. Cada año es más difícil encontrar estudiosos de la obra de Reyes. Precisamente al provenir los ingresos del gobierno es inequívoco que los jurados sean designados a indicación de algunas autoridades; en este caso, según sabemos, por la Secretaría de Gobernación. Tampoco conocemos el método para discernir los premios nacionales de periodismo y la Secretaría de Educación los de Ciencias y Artes, ahora con la participación del Consejo que es, aunque con diferente denominación, la antigua Subsecretaría de Cultura, de todo lo cual proviene la exclusión de los escritores incómodos.

G.C. *Sin embargo, para citar un caso, Pablo González Casanova ha sido un crítico del gobierno después de la rectoría y es premio nacional. A la iniciativa privada nunca le ha interesado la cultura.*

Los dramaturgos ponen las obras más críticas al gobierno y las financia el propio gobierno. Las editoriales son más abiertas, pero, en general, la cultura mexicana está subsidiada. José Revueltas tenía un pequeño empleo en Educación Pública, que le permitía sobrevivir. Todos nosotros, tú, todos, hemos trabajado, como funcionarios muy menores en el sector público. Las becas han aumentado, también los premios. Ha aumentado la población a pesar de la crisis, pero no ha crecido el número de lectores ni de espectadores. Ha sido una batalla que prácticamente desde el siglo pasado han dado los intelectuales. Es incómoda, en función de que en la cultura de las masas la imagen que priva es la del intelectual visto pero no leído. El público que es ajeno a las ideas y a la cultura escrita a menos que se convierta en nota roja.

G.G.C. La desventaja de la letra ante la radio y la televisión es inequívoca porque la mente es naturalmente perezosa. La lectura requiere de soledad y recogimiento en uno mismo. El mexicano de hoy está dominado por las voces, los reclamos, no tiene tiempo para pensar en su circunstancia, de allí que sea presa del oportunismo, la política apoyada en la demagogia, y del propósito de satisfacer los intereses primarios de la mayoría. Condición que explica la indiferencia ante los problemas del país y que la democracia —la conciencia política de la situación— sea proposición utópica de minorías. No olvidemos que en el Constituyente del 57 sólo ocho diputados liberales la demandaron como fin de la Reforma. Esa relación ha cambiado proporcionalmente, pero es aún la inmensa minoría que no puede mover del país al poder piramidal.

EL INVIERNO DE LOS COLOQUIOS

G.C. *Para terminar estas reflexiones es necesario decir que es un hecho irrefutable el que a pesar de la crisis económica, social y política o precisamente por eso, han proliferado las revistas y suplementos culturales, como una forma de explicar y entender la realidad. A tal grado que, a veces, hay más revistas, novelistas, ensayistas y poetas que lectores. Por desgracia muchas de estas revistas y autores son efímeros, las primeras porque son financiadas por instituciones gubernamentales que al cambio de funcionarios terminan, los segundos porque no consiguen lectores. Hay dos revistas de crítica literaria y política que han tenido permanencia como son Vuelta, que dirige Octavio Paz, y Nexos, dirigida por Héctor Aguilar Camín que acaba de cumplir quince años de fundada. Estas revistas, con frecuencia, son objeto de calumnias; a Nexos se le acusa de "gobiernista"; a Vuelta, de "agencia de Televisa" y anticomunista. La polémica se agravó cuando Vuelta organizó un ciclo de conferencias que denominó El siglo XX: la experiencia de la libertad, en 1990 y, en 1992, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, la UNAM y Nexos, el Coloquio de Invierno de Los grandes cambios de nuestro tiempo, la situación internacional, América Latina y México. A la reunión de Vuelta no fue invitado Carlos Fuentes y al Coloquio de Invierno quince días antes no fue invitado Octavio Paz, el cual protestó y reveló las torpezas administrativas de Flores Olea en el Consejo. Finalmente se magnificaron las diferencias por los periodistas que detestan a todos los grupos culturales. ¿Cómo explicas estos conflictos, en los que en vez de privar la racionalidad, reina el sentimentalismo? ¿Es resultado de la envidia, de la vanidad?*

G.G.C. *Vuelta es consecuencia de haber renunciado Paz a la dirección de Plural, que continúa publicando Excelsior dirigida por*

Jaime Labastida. *Vuelta* no pertenece a Televisa; los desplegados demuestran la diversidad de sus anunciantes y *Nexos* cuenta con fuentes comerciales privadas en los avisos que publican. No distingue a esas revistas la factura de supuestos patrocinadores sino su distinta orientación editorial. En *Vuelta* exposición de temas universales; en *Nexos* un propósito periodístico. No se completan, son dos versiones contemporáneas de este tiempo. *Vuelta* tiene mayor significación por esa preferencia y por la limpieza de sus correctores, lo que al parecer determinó, al revisarse los diecisiete años de publicarla, que otorgaran a quienes la dirigen el premio Príncipe de Asturias.

La formación de grupos, en un medio limitado y estrecho como el nuestro, produce siempre rivalidades ociosas, si bien en la crítica de Paz a la convocatoria del Coloquio de Invierno no influyeron las impugnaciones precedentes, por ejemplo, las de Héctor Aguilar Camín a Paz en 1978, reiteradas al periodista brasileño, Wladir Dupont para el suplemento *O Estado de Sao Paulo* en febrero de este año, sino su oposición razonada a la convocatoria del Coloquio por la UNAM, el Consejo de Cultura y *Nexos*; lo que representaba la abierta participación del gobierno en un acto desproporcionado. Las cosas habrían sido inobjectables de haberlo convocado la *Revista de la Universidad*, *Tierra adentro* y *Nexos*.

La crítica de Octavio Paz evitó que el valimiento de un grupo se convirtiera en espejo cóncavo del gobierno.

Pasada la guerra de papel, Paz aclaró la causa de su abierta protesta: "Es fuerte la tentación de imitar a Jorge Luis Borges, abandonar el país con sus querellas e irse a morir en cualquier tierra amiga. O encerrarme en mi casa, entre mis libròs, papeles y cavilaciones, como Alfonso Reyes o Javier Villaurrutia y tantos escritores mexicanos que escogieron el exilio en su propio país."

El exilio interior, el atroz refugio de quienes no reconocen en ningún conflicto la causa necesaria de su crítica. Contra esa cómoda actitud, Paz eligió la de oponerse.

G.C. Los intelectuales han sido, con frecuencia, sólo figuras literarias y personajes del mundo social. Parece olvidarse su papel de teóricos y creadores de la cultura.

¿Cómo explicarías su papel en la sociedad posmoderna?

G.G.C. Son figuras literarias porque la minoría lectora los admira. En cuanto personajes del mundo social unos pocos, por afán de notoriedad entran en la vaga escena de los actores; en verdad, unos y otros están cada vez más distantes de la sociedad regida por los empresarios, lo que sitúa a los intelectuales en el pequeño universo de la clase media, la cual, por sus aficiones privadas recrea el conjunto posmoderno de los filmes de Almodóvar.

Los escritores han vuelto a situarse entre dos abismos sociales: el de la inalcanzable burguesía y el de los pobres. Imposible prever las obras que surgirán de esa trama de lo real con las neurosis del temor y la violencia de la vida cotidiana.

Estamos en una situación parecida a la de los años ochenta del siglo pasado, cuando las exportaciones agrícolas hacia los Estados Unidos desataran la codicia de los latifundistas protegidos por la dictadura de Díaz. Después de un siglo volvemos a constituir, Canadá incluida y Cuba excluida, el Mediterráneo Americano.

Podría ocurrir que la burguesía pretendiera resguardarse en otra dictadura, lo que comprobaría el ciclo de Vico. No sería una maldición sino vuelta de la historia.

Con tal hipótesis es probable que el extremo de la miseria empiece, en el tiempo del Tratado de Libre Comercio, la revolución del siglo XXI.

La fuerza social de una clase nunca ha estado separada de las condiciones creadas sobre otra. Ante el desprestigio de las leyes históricas del marxismo, veamos ese futuro como la consecuencia inevitable que el extremo de la riqueza provoca en su opuesto.

En ese camino la función del intelectual sólo podrá ser, dados los antecedentes durante dos siglos, la crítica y la reinención de la existencia. La crítica para crear la conciencia de la situación; la imaginación como ejercicio de la libertad.

Empieza el Tratado y principia la revolución del futuro. Reducidos como estamos a tribu acaso seamos, para entonces, otra vez pueblo.

Si leemos lo sucedido en nuestro país después de la muerte de Juárez, el breve gobierno de Lerdo de Tejada, el asalto al poder por Díaz y sus tuxtepecanos, la proposición de los Estados Unidos para suscribir un tratado como el que lograron del pequeño reino de Hawai y su rechazo por el informe del joven José Ives Limantour más la final aprobación de las condiciones de la "conquista pacífica", que constituyeran las bases económicas del porfiriato, admitiremos que la semejanza de aquel tiempo con el nuestro sobrecoge por nuestra conciencia de la historia.

Podríamos estar en el principio del verdadero papel de los intelectuales ante el poder, el poder de la burguesía nacional y extranjera, asociadas en un propósito continental, como lo estuvieron los últimos escritores de la Reforma. Años de lucha abierta, de incontables y olvidados sacrificios hasta la aparición de la generación de 1906, la del Manifiesto del Partido Liberal, la de las huelgas y los primeros clubes de la democracia propuesta por Madero.

Nuestra circunstancia es convergente con la de los años ochenta; no semejante. Se trata de una confluencia. Los errores y los aciertos se repiten. Los mexicanos, en lo fundamental, somos los mismos. La tradición política de Occidente no ha logrado vencer nuestra idea mágica del poder de ahí que la crítica posea en nuestra realidad un papel como el del coro en la tragedia griega.

El intelectual mexicano nunca se convierte en protagonista ante el gobernante.

Algunos, los mejores, han sido conciencia moral de su tiempo. Señalaron, advirtieron, las consecuencias de los desaciertos; denunciaron los despojos. Jamás fueron oídos por los gobernantes; por lo contrario, excluidos o demonizados. El pueblo no lee. Nada sabe. Si conociera las razones de sus críticos acaso nuestro destino fuera distinto.

Mas lo importante es el fin de nuestro siglo porque han vuelto las formas criminales del racismo y las bajas pasiones nacionales lo que tiende hacia el XXI el puente de la desdicha histórica.

Ante ese previsible porvenir, el intelectual sólo puede aportar su crítica al poder. Si a algunos les pareciera que sus ideas no corresponden a la realidad, estarán en lo cierto. Ya lo dijo Irving Howe: ser poco realista — conforme al juicio de que serlo es la aceptación plena de lo que sucede — es la función intelectual. Lo que hoy parece irreal será lo real del mañana.

Esa ha sido la obra de los intelectuales en todas las épocas.

ÍNDICE DE NOMBRES

- Abreu Gómez, Manuel, 18
Acton, Lord, 162
Aguilar, Alonso, 111, 116, 119
Aguilar Camín, Héctor, 191-192
Aguilar, Cándido, 169
Aguilar y Quevedo, Adolfo, 133
Aguirre Palancares, Norberto, 187-188
Ajmátoma, 161
Alamán, Lucas, 164
Alatorre, Antonio, 113
Alemán, Miguel, 35, 68, 97, 100, 116
Alessio Robles, Vito, 52
Alighieri, Dante, 25
Almodóvar, Pedro, 193
Altamirano, Ignacio Manuel, 88, 93, 165, 174, 177-180
Althusser, Louis, 152
Alvar González, 103
Alvarado, José, 82, 90-92, 115
Andreiev, Leonidas, 117
Aramoni, Aniceto, 76
Aranguren, 101, 127
Arbenz, Jacobo, 115
Arenal, 158
Arguedas, Alcides, 93
Aridjis, Homero, 128
Arón, Raymond, 146
Arriaga, 164, 166, 176, 181, 182
Arriaga, Ponciano, 10
Ávila Camacho, Manuel, 33, 40, 52, 62, 68
Ávila, Esteban, 176
Avilés, Fabila, René, 145
Azaña, Manuel, 18
Azuela, Mariano, 52
Bambi, 143
Baroja, Pío, 85
Barreda, Gabino, 16
Barros Sierra, Javier. 33, 43, 58-59, 139, 143
Bassols, Narciso, 111
Basurto, Luis G., 45
Bautista Morales, Juan, 131, 163
Becerra Acosta, Manuel, 133, 135, 137
Benítez, Fernando, 135-136
Bermúdez, Antonio J., 80
Borges, Jorge Luis, 189
Bosch, Juan, 144
Bracho, Julio, 172
Brecht, Bertold, 145
Bresnev, 147, 160
Brito Foucher, Rodolfo, 33
Buchanan, 164
Buendía, Manuel, 143
Bustamante, Carlos María de, 163, 176
Cabrera, Daniel, 168-169, 176, 178
Cabrera, Enrique, 111, 123
Cabrera, Luis, 50, 70, 97, 164, 168, 170-171, 178, 183
Calles, Plutarco Elías, 17, 20, 23-24, 26, 32, 35, 37, 57, 63, 103, 167, 169, 186
Camp, Roderic, 104-105
Campillo Sainz, José, 104
Capistrán, Miguel, 68
Carballo, Emmanuel, 26
Cárdenas, Lázaro, 21, 24, 32, 35, 38-40, 49-50, 57, 63, 69, 97, 103, 109, 114-116, 160-161, 167, 169, 172, 175, 185-186, 188

- Carlos II, 9
 Carmona, Fernando, 111, 116
 Carpentier, Alejo, 149
 Carranza, Venustiano, 19, 23, 57, 97,
 167-169, 172
 Carrillo Flores, Antonio, 87
 Carrión, Jorge, 116
 Casasús, Joaquín D., 178-179
 Caso, Alfonso, 23, 31-33, 35-36, 51,
 59, 115
 Caso, Antonio, 10, 16, 39, 42, 183
 Castañeda Batres, Oscar, 60
 Castellanos, Julio, 66
 Castillo Velasco, 164, 176, 181
 Castro, Fidel, 93, 117, 119, 125, 149
 Castro Leal, Antonio, 21
 Cellini, Benvenuto, 184
 Cervantes del Río, Hugo, 120
César Rubio, 65, 79, 102-103
 Cienfuegos, Ixca, 100
 Colleone, Bartolomeo, 172
 Comonfort, Ignacio, 54
 Conti, Hugo, 100
 Corona del Rosal, Alfonso, 124
 Cortés Obregón, Jorge, 129
 Cosío Villegas, Antonio, 22, 58
 Cosío Villegas, Daniel, 21-22, 49-53,
 59-60, 87, 111, 113, 124
 Cosmes, Eusebio G., 165
 Cravioto, Alfonso, 168
 Cromwell, 9
 Cuesta, Jorge, 62-64, 67, 69, 75

 Chávez, Carlos, 50
 Chávez, Ignacio, 189
 Che Guevara, 117-118
 Chevalier, Francois, 111
 Chumacero, Alí, 28

 Dahrendorf, Ralph, 153
 De Gortari, Eli, 60
 De Icaza, Francisco A., 174, 177
 De Villavicencio, Pablo, 163
 De Valle Arizpe, Artemio, 182

 De la Cueva, Mario, 101-102, 104, 166
 De la Fuente, Fernando, 51
 De la Huerta, Adolfo, 32
 De la Peña y Reyes, Antonio, 59
 Del Llano, Rodrigo, 138
 Del Paso, Fernando, 140
 Del Río, Dolores, 49
 Del Villar, Samuel I., 135
 Descartes, René, 76
 Díaz Mirón, Salvador, 122, 183
 Díaz Soto y Gama, Antonio, 34
 Díaz Ruanova, Oswaldo, 46, 79
 Díaz, Porfirio, 12, 17, 19-20, 49,
 53-58, 96, 165, 167, 170, 173,
 177-180, 182, 193-194
 Díaz Dufoe, Carlos, 174-175, 177
 Díaz Redondo, Regino, 133, 137-138,
 141-143
 Díaz Ordaz, Gustavo, 17-18, 28, 33,
 44, 74, 76, 96, 118, 121, 123-125,
 128, 159, 187
 Díez-Canedo, Joaquín, 28
 Dr. Atl, 185, 188
 Dupont, Wladir, 192

 Echeverría Álvarez, Luis, 76-77, 96,
 120, 125, 130-131, 135-136
 Elizondo, Salvador, 104
 Encina, Dionisio, 90
 Engels, 144, 152
 Erro, Luis Enrique, 50-51
 Escandón, 182
 Esenin, 161
 Estrada, Genaro, 26-27, 172, 186
 Eurípides, 15
 Eyttingón, Leonid Alexandrovich, 159

 Fabela, Isidro, 168-169
 Fast, Howard, 147
 Félix, María, 49, 98
 Fell, Claude, 85
 Fernández de Lizardi, José Joaquín,
 85, 179-180
 Fernández, Emilio, 49

- Fernández McGregor, Genaro, 173
 Figueroa, Gabriel, 49
 Figueroa, Rubén, 120
 Flores de la Peña, Horacio, 131
 Flores Magón, Ricardo, 168, 178-179
 Flores Olea, Víctor, 104, 106, 108
 120, 129, 191
 Foucault, Michel, 42
 Franco, 107, 129
 Freud, Sigmund, 74
 Fuentes, Carlos, 26, 98-100, 104,
 116-117, 140, 191
- Galeana, Benita, 42
 Galván, Rafael, 122
 Gamboa, Federico, 174-175, 177, 186
 Gaos, José, 74-75
 Garaudy, Roger, 118
 García Cantú, Gastón, 134
 García Lorca, Federico, 107
 García Morente, Manuel, 101
 García, Telésforo, 165
 García Terres, Jaime, 28, 104
 Garibay, Ángel María, 94
 Garibay, Ricardo, 75-78, 124,
 133-134, 141, 185-186, 188
 Gastelum, Bernardo G., 23
 Gaya, Ramón, 13
 Gide, André, 69
 Gironella, Alberto, 188
 Gómez Morín, Manuel, 31-33, 35-57,
 51, 151
 Gómez, Marte R., 176, 185
 Gómez Villanueva, Augusto, 124
 Góngora, 104
 González, Axcaná, 100
 González Casanova, Enrique, 28,
 129, 139
 González Casanova, Pablo, 109-110,
 119-121, 189
 González Cosío, Arturo, 104, 106,
 109, 152
 González Guerrero, Francisco, 183
 González Guzmán, Ignacio, 115
 González, Manuel, 180
- González Martínez, Enrique, 23, 148
 González Pedrero, Enrique, 104-106,
 108, 112, 122-123
 González Ortega, 180
 González Rojo, Enrique, 91, 104, 109
 Gorbachov, Mijail, 160
 Gorostiza, José, 27, 63, 69, 71-72, 85
 Gorz, André, 127
 Gouldner, Alvin W., 153
 Granados Chapa, Miguel Ángel, 135,
 138
 Grant, Ulises S., 112
 Gringoire, Pedro, 58
 Guerra, Donato, 134
 Guerra, Ricardo, 74-75
 Guerrero, Vicente, 180
 Guillén, Nicolás, 160
 Guillermo II, 9
 Gumiliev, 161
 Gutiérrez Nájera, Manuel, 88, 174,
 177, 183
 Guzmán, Martín Luis, 14-18, 52, 123,
 177
- Hammeken Mejía, Jorge, 165
 Hansen, Roger, 54
 Haro, Guillermo, 115
 Hegel, 46, 74, 79, 153
 Heine, 9
 Henestrosa, Andrés, 93
 Henríquez Ureña, Pedro, 10-18,
 36-37, 50-51, 182
 Hidalgo, Miguel, 176, 178
 Hill, Benjamín, 32
 Hinojosa, Manuel, 143
 Hobbes, 9
 Hofstader, Richard, 148
 Howe, Irving, 195
 Hoyos, José Luis, 58
 Huerta, Efraín, 82, 90, 92, 148
 Huerta, Victoriano, 11, 19-20,
 171-172, 183

- Iduarte, Andrés, 117
 Iglesias, José María, 164, 180-181
 Infante, Pedro, 49
 Iturriaga, José, 59
 Iván "El terrible", 160
- Jesucristo Pérez*, 47
 Jruschov, Nikita, 147
 Juárez, Benito, 10, 54, 57, 96, 163, 165-166, 168, 178-183, 194
 Julius, Djuka, 143
 Junco, Alfonso, 51
- Kahlo, Frida, 157
 Kamenev, 158
 Kennedy, John F., 9, 135-136
 Kenneth Turner, John, 113, 177
 Keynes, Maynard, 69
 Kolstov, 161
 Krauze, Enrique, 19, 35, 166-167
- Labastida, Horacio, 129
 Labastida, Jaime, 91, 142, 192
 Lafaye, Jacques, 85
 Lagarde, 180
 Lavín, José Domingo, 115
 Lawrence, D. H., 108
 Lazo, Agustín, 62, 71
 Lenin, 40, 117, 154
 Leñero, Vicente, 47, 128, 130, 133, 140
 León Portilla, Miguel, 56-57
 Lerdo de Tejada, Sebastián, 177, 182, 194
 Lerdo de Tejada, Miguel, 166
 Limantour, José Ives, 165-166, 175, 182, 194
 Limantour Sierra, 179
 Lincoln, 181
 Lizalde, Eduardo, 91, 104, 109
 Loera y Chávez, Agustín, 66, 70
 Lombardo Toledano, Vicente, 16, 23, 31-32, 35-40, 43-45, 51, 92, 97, 111, 150-151, 156, 159
 López Cámara, Francisco, 104, 106, 108, 115, 129
 López Mateos, Adolfo, 27, 63, 69, 76, 114, 119, 121, 125-126
 López Miarnau, Rafael, 103
 López Portillo, José, 139, 141-142
 López Velarde, Ramón, 74
 Luna Arroyo, Antonio, 185
- MacCarthy, 9
 Macedo, Rita, 172
 Macías, José Natividad, 168
 Machado, Antonio, 103
 Madero, Francisco I., 15, 16, 167, 171-172, 194
 Madrazo, Carlos, 96
 Magaña, Sergio, 45, 47
 Magno, Alejandro, 9
 Malraux, André, 189
 Mandelstam, 161
 Mantilla Molina, Roberto, 120
 Mao Tse-Tung, 30, 42
 Mapes, E. K., 183
 Marcué Pardiñas, Manuel, 74, 108, 110-111, 121
 Marcuse, Herbert, 44, 108
 Marfa Idalia, 143
 Mariátegui, José Carlos, 90
 Marsal, Juan, 58
 Martí, José, 51, 94
 Martínez Báez, Antonio, 59-60
 Martínez, Ifigenia, 139
 Martínez, José Luis, 28
 Martínez Manautou, Emilio, 129, 139
 Martínez, Ricardo, 188
 Martínez Verdugo, Arnoldo, 120, 146
 Marx, 54, 108, 145, 150-155, 176
 Mateos, Juan A., 182
 Medvedev, Roy A., 160
 Mejía Sánchez, Ernesto, 13
 Mendoza, María Luisa, 100, 128
 Menéndez Pidal, 20
 Mercader, Caridad, 159

- Mercader, Luis, 159
 Mercader, Ramón, 159
 Miguel Ángel, 172
 Milton, 9
 Miller, Arthur, 60
 Mills, C. Wright, 9
 Moctezuma, Julio Rodolfo, 139
 Molina Enriquez, Andrés, 110
 Monard, Jacques, 159
 Monsiváis, Carlos, 104
 Montenegro, Roberto, 66
 Montes de Oca, Marco Antonio, 104,
 109
 Mora, José María Luis, 10, 110, 163
 Morelos y Pavón, José María, 55, 176,
 178
 Moreno, Jesús, 31
 Moreno Villa, José, 85
 Moshinky, Marcos, 143
 Moya Palencia, Mario, 120
 Múgica, Francisco J., 167-168
 Mújica, Emilio, 139
 Muñoz Ledo, Porfirio, 120, 138
- Neruda, Pablo, 82, 113, 160
 Nervo, Amado, 174, 177, 182
 Nervo, Claudia, 98
 Nietzsche, 74
 Noriega, 104
 Novo, Salvador, 28, 62, 66, 68-70,
 72-73, 113
- O'Neill, 66
 Obregón, Álvaro, 17, 23, 27, 32,
 35-36, 51-52, 57, 63, 103, 167,
 169, 173, 186
 Obregón, Claudio, 76
 Ocampo, Melchor, 10, 164, 166, 167,
 174, 181
 Olea, Teófilo, 31
 Olvera, 164, 176, 181
 Ortega y Gasset, José, 30, 75, 92-93,
 129, 153
 Ortiz de Montellano, Bernardo, 64
- Ortiz Mena, Antonio, 111
 Ortiz Rubio, Pascual, 20, 25, 26, 169,
 172
 Otero, Mariano, 163
 Othón, Manuel José, 13, 182
 Owen, Gilberto, 62, 67
- Pacheco, José Emilio, 29, 72, 128
 Padilla, Ezequiel, 186
 Pagés Llergo, José, 141
 Palacios Macedo, Miguel, 35
 Palavicini, Félix F., 168
 Palma, Ricardo, 24
 Pallares, Eduardo, 51
 Pani, Arturo J., 14
 Parra, Manuel Germán, 112
 Parra, Porfirio, 16
 Payno, Manuel, 174, 177-178, 180
 Paz, Octavio, 20, 27-28, 46, 66, 68,
 76, 82-87, 93, 130, 140, 143, 149,
 154, 189, 191-192
 Pedroso, Manuel, 104, 109
 Pellicer, Carlos, 66, 82
 Peralta, Elda, 94
 Pérez Arreola, Evaristo, 120
 Pérez Galdós, Benito, 85
 Pérez Martínez, Héctor, 28-29
 Philips, Graciela, 109
 Philips, Rosa María, 10
 Piazza, Guillermo, 128
 Pitol, Sergio, 104
 Pizarro Suárez, Nicolás, 167
 Platón, 9, 88, 153
 Poniatowska, Elena, 128
 Popper, Karl R., 153
 Porrúa y Obregón, 78
 Portes Gil, Emilio, 26, 32-33, 186
 Portilla, Jorge, 46, 74-75, 79-81
 Portilla Livingston, Jorge, 80
 Portilla Livingston, Segundo, 80
 Prieto, Guillermo, 163-164, 174,
 180-181
 Prieto, Miguel, 128

- Quaife, M., 164
 Quezada, Abel, 134
 Quintero Álvarez, Alberto, 82
- Ramírez, Ignacio, 10, 163-166, 174, 181
 Ramírez, José Fernando, 163
 Ramírez y Ramírez, Enrique, 42
 Ramos, Samuel, 65-66, 74, 92
 Reed, John, 177
 Retes, Ignacio, 47
 Revueltas, José, 42-47, 60-61, 82, 90-91, 140, 190
 Reyes, Alfonso, 10-15, 19-22, 26, 29, 33, 37, 51, 58, 67, 68, 77, 85-86, 113, 128, 182, 186, 189, 192
 Reyes, Bernardo, 11-14
 Reyes Heróles, Jesús, 95-97, 141, 166
 Reyes Nevares, Salvador, 74
 Reyes, Rodolfo, 12, 20
 Reyes Vaysade, Martín, 104
 Rico Galán, Víctor, 111, 116
 Riding, Alan, 134, 141
 Riva Palacio, Vicente, 182
 Rivas Mercado, Antonieta, 25, 66
 Rivera, Diego, 46, 139, 148-149, 156
 Robespierre, 160
 Robles, Martha, 25, 167
 Rocha, Sóstenes, 182
 Rodríguez Galván, Ignacio, 181
 Rodríguez, Hero, 133-135
 Rodríguez Lozano, Manuel, 66
 Rodríguez, Luis I., 72
 Rojo, Vicente, 22
 Romero Kolbeck, Gustavo, 129
 Romero, José Rubén, 22, 172
 Rondero, Javier, 164
 Roosevelt, 9
 Rousseau, 76
 Rossi, Alejandro, 79
 Rouaix, Pastor, 167-168
 Ruiz Cortines, Adolfo, 87, 126
 Ruiz Harrel, Rafael, 104
 Rulfo, Juan, 34
- Sabines, Jaime, 93
 Sáenz, Aarón, 20
 Sainz, Gustavo, 29
 Saldaña, Jorge, 141
 San Agustín, 153
 Sánchez Cárdenas, Carlos, 120
 Sánchez, Germán, 159
 Sánchez McGregor, Joaquín, 74-75
 Sánchez Navarro, Juan, 131
 Sandino, César Augusto 154
 Santa Anna, 95, 131, 164, 180, 182
 Santo Tomás, 153
 Sarabia, Juan, 168
 Sartre, Jean Paul, 74, 118, 153
 Sciascia, Leonardo, 88, 128
 Scherer, Julio, 130-138, 140-141, 143
 Schneider, Luis Mario, 68
 Schwob, Marcel, 50
 Sedov, Esteban, 158
 Sedova, Natalia, 158, 161
 Serge, Victor, 117, 158
 Serrano, Francisco, 32
Shaska Yegulev, 117
 Sierra, Catalina, 60
 Sierra, Justo, 12, 16, 26, 55, 123, 165-166, 173-174, 178, 182
 Sierra, Santiago, 165
 Silone, Ignacio, 147
 Silva Herzog, Jesús, 52, 59, 115, 166
 Siqueiros, David Alfaro, 157-159
 Slidel, 164
 Solana, Rafael, 82, 92
 Solares, Ignacio, 130, 132
 Soler, Fernando, 172
 Somoza, Anastasio, 154
 Sosa, Francisco, 181
 Spota, Luis, 93, 100, 128
 Stalin, José D., 30, 62, 90, 147, 149, 151, 155-158
 Suárez Torres, 60
- Tablada, Juan José, 63, 170-173
 Tannenbaum, Frank, 111-112
 Taracena, Alfonso, 186
 Tello, Carlos, 139

- Tello, Manuel, 115
 Toledano, Antonio, 31
 Torres Adalid, 182
 Torres Bodet, Jaime, 24, 27, 62,
 66-67, 70, 189
 Torri, Julio, 28, 50
 Toussaint, Manuel, 32
 Trotsky, León, 30, 38, 117, 146-147,
 155-161

 Unamuno, Miguel de, 82, 93
 Uranga, Emilio, 46, 74-76, 78-80
 Urbina, Luis G., 182
 Uruchurtu, Ernesto P., 111
 Urueta, Jesús, 22, 168
 Usigli, Rodolfo, 64-66, 78, 82,
 102-103

 Valadés, José Cayetano, 173
 Valle-Inclán, Ramón del, 183,
 185-186
 Vanegas Arroyo, 72
 Vargas Llosa, Mario, 149, 186
 Vargas, 135-136
 Vasconcelos, José, 10, 12, 18-19,
 22-27, 32, 35, 55, 63, 92
 Vázquez Colmenares, Pedro, 104
 Vega, Fausto, 74
 Velasco, Miguel Ángel, 120, 159
 Velázquez, Fidel, 41, 122
 Venegas, 180

 Victoria, Héctor, 167
 Vigil, José María, 165, 177
 Villa, Francisco, 17, 167, 177
 Villarreal, Antonio I., 168
 Villaseñor, Eduardo, 50-51
 Villaseñor, Víctor Manuel, 51, 150
 Villaurrutia, Javier, 28, 62, 66-70, 72,
 82, 192
 Villoro, Luis, 74-75, 79, 104
 Virgilio, 20

 Wilde, Oscar, 67

 Yáñez, Agustín, 27, 33, 67-68,
 123-125, 140
 Yeltsin, Boris, 160

 Zaid, Gabriel, 166-167
 Zamora, Francisco, 51
 Zapata, Emiliano, 97, 121, 167-168,
 176
 Zapata, Fausto, 161
 Zárate, Julio, 182
 Zarco, 59-60, 163-166, 174, 181, 183
 Zavala, Lorenzo de, 176
 Zavala, Silvio, 52
 Zea, Leopoldo, 74-76, 165
 Zendejas, Francisco, 134
 Zierold, Pablo, 150

ÍNDICE

- Introducción, 9
- La generación de 1910, 11
- La pasión del poder, 23
- El tema de nuestro tiempo, 30
- Los errores, 42
- Daniel Cosío Villegas, 49
- Raíces del presidencialismo, 56
- Contemporáneos, 62
- El poder enmascarado, 65
- Crónica del poder, 72
- Existencialistas mexicanos, 74
- Octavio Paz en el laberinto mexicano, 82
- Estalinismo en México, 90
- La novela del poder, 94
- Carlos Fuentes: El poder como petrificación, 98
- Los de medio siglo, 100
- Los espectadores, 106
- Liberación y política, 114
- Excélsior* y el poder, 130
- Los intelectuales y sus fantasías de poder
a través del estalinismo, 145
- Trotsky en Coyoacán, 155
- Los intelectuales, un trazo histórico, 162
- Dos poderes, 185
- El invierno de los coloquios, 191
- Índice de nombres, 197

LOS INTELLECTUALES Y EL PODER
SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLERES DE
TIPOGRÁFICA BARSA, S. A.
PINO 343-71
COL. SANTA MARÍA LA RIBERA
MÉXICO., D. F.
SE TIRARON 3 000 EJEMPLARES
Y SOBANTES PARA REPOSICIÓN

IMPRESO Y HECHO EN MÉXICO
PRINTED AND MADE IN MEXICO

La añeja cuestión de los vínculos entre el Estado y los hombres de letras, entre la inteligencia pragmática y la inteligencia crítica, es el núcleo de este libro. Gastón García Cantú, profundo conocedor de la historia patria, y Gabriel Careaga, perspicaz analista de las dinámicas sociales mexicanas, repasan los momentos claves de esta siempre inestable relación a partir de los escritores liberales de fines del siglo pasado.

Al contrario de lo que podría resultar en un análisis frío, cuantitativo, neutro, esta modalidad de discurso informal pero bien informado expone con mayor contraste y definición los aspectos más interesantes del tema, sus brillos y sombras. Anécdotas, ejemplos y otros apuntes enriquecen estas conversaciones siempre con detalles ignorados por el lector, siempre acompañados por un contexto que los ubica, una opinión que los valora.

Ignacio Manuel Altamirano, Guillermo Prieto, Gutiérrez Nájera, Tablada, Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Revueltas, Usigli, Paz, Fuentes, Garibay, Leñero, los ateneístas, los Siete Sabios, los Contemporáneos, Hiperión, *El Espectador*, *Vuelta*, *Nexos* —hombres, cenáculos, grupos— figuran en este libro que aborda con visión polémica esta faceta poco conocida de la vida cultural mexicana contemporánea.

Historiador, politólogo y periodista, Gastón García Cantú es autor de más de una docena de libros, entre los que cabe destacar los seis tomos de su *Idea de México* (FCE, 1991). En Joaquín Mortiz ha publicado *Universidad y antiuniversidad* (1973), *El desafío de la derecha* (1987), *Historia en voz alta: la Universidad* (1988).

Gabriel Careaga es profesor de la facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. En Joaquín Mortiz ha publicado: *Mitos y fantasías de la clase media en México* (1974), *Biografía de un joven de la clase media* (1977), *Erotismo, violencia y política en el cine* (1981).

40-406-022



9 789682 705793

Joaquín Mortiz

UL-597-251